
3 1761 09546642 1





LA RAZÓN DE LA SINRAZÓN

B. PÉREZ GALDÓS

LA RAZÓN DE LA SINRAZÓN

FÁBULA TEATRAL ABSOLUTAMENTE INVEROSÍMIL

(Divídese en cuatro jornadas.)

2.000



MADRID
SUCESORES DE HERNANDO
Arenal, 11.
1915



EST. TIP. DE LOS HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4.

PERSONAJES



ATENAIDA.
ALEJANDRO.
DIÓSCORO.
PÁNFILO.
HIPERBOLOS.
CUCÚRBITAS.
CYLANDROS.
HELENA, esposa de Alejandro.
PROTASIA. . . . }
CALIXTA. . . . } Hijas de Dióscoro.
TEÓFILA. . . . }
BASILIO, criado de Dióscoro.
CURIAS, procurador.
ARIMÁN. . . . }
NADIR. . . . . . } Diablos.
ZAFRANIO. . . }
CELESTE. . . . }
REBECA. . . . } Brujas.
EL SANTO PAJÓN, santero.
MALCARADO, buñolero.
DON HILARIO, cura.
DOMINGA, su ama.
SECRETARIO DE DIOSCORO.—CRIADOS.
POSADERO Y SU MUJER.

Arrieros, Guardias civiles, gitanas, campesinos, etc., etc.

La acción en Ursaria, y en el largo trayecto desde Ursaria al Campo de la Vera.

JORNADA PRIMERA

CUADRO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

País desolado y frío. Es de noche. Entra en escena ATENAIDA, presurosa, y tras ella viene ARIMÁN.

ATENAIDA es una joven agraciada, esbelta, vestida con modesta corrección provinciana; lleva en su mano una maletita de viaje. El DOCTOR ARIMÁN es un diablo con apariencias inequívocas de personalidad humana: alto, escueto, ojos muy vivos, nariz de caballete, boca risueña. Componen su atavío un balandrán obscuro que le cubre hasta los pies, y un gorro de piel redondo sin visera. Bastonea con un deforme paraguas verdinegro.

ARIMÁN

Atenaida, oiga usted, acorte el paso.

ATENAIDA

(Mirándole sin detenerse.) ¡Ah! El doctor Arimán. Dispénseme; tengo mucha prisa. Voy á tomar el tren mixto en la estación de Valflorido. (Óyese el silbato del tren, que se aproxima.)

ARIMÁN

Allá voy yo también; tenemos tiempo.

ATENAIDA

Prefiero esperar al tren á que él me espere á mí. (Siguen andando juntos.)

ARIMÁN

¿Va usted á Ursaria?

ATENAIDA

Allá voy.

ARIMÁN

Ya sé que le ha salido á usted una buena colocación.

ATENAIDA

Sí; un señor de los más acaudalados de Ursaria me ha confiado la educación de sus niñas.

ARIMÁN

Ya lo sé.

ATENAIDA

Usted lo sabe todo. (Llegan á la estación. El tren no está lejos.)

ARIMÁN

Ursaria es una capital deliciosa, metrópoli de esta Farsalia-Nova, país de cucaña. Como aquí no se conoce la justicia, los aventureros y desahogados están en grande.

ATENAIDA

Ya llega el tren; voy á buscar sitio.

ARIMÁN

Y yo á buscar á unos amigos que vienen aquí para reunirme con ellos.

ESCENA II

En el tren.

ATENAIDA, que ocupa un asiento en coche de segunda junto á la ventanilla, se adormece arrullada por el traqueteo del tren. De pronto abre los ojos, y ve que en el asiento frontero está sentado ARIMÁN con dos amigos. Estos son NADIR y ZAFRANIO, diablejos que se presentan ante el mundo con apariencia de mozalbetes casquivanos.

ARIMÁN

(Afectuoso.) En su nueva colocación, Atenaida, no le faltará trabajo. Domar señoritas huérfanas de madre; pulimentar sus entendimientos bravíos; prepararlas para el matrimonio... Estará usted en sus glorias. Es usted la criatura más laboriosa que se ha conocido, pues para usted el descanso es... algo como un estado morboso.

ATENAIDA

(Secamente.) Trabajo de continuo, más que por virtud, por horror á la ociosidad.

ARIMÁN

(A sus amigos.) Aprended, juventud frívola.

NADIR

Ya aprendemos, maestro, y admiramos á la señorita Atenaida.

ZAFRANIO

La hemos conocido en Toledo, regentando una escuela de ochenta niñas. (Atenaida, queriendo esquivar la conversación con aquellos hombres, les da las gracias con leve movimiento de cabeza; saca de su maletita un libro, y lee.)

ARIMÁN

(Lisonjero, con exquisita amabilidad.) Esta ejemplar criatura no pierde ripio; hasta los momentos soporíferos del tren los aprovecha para instruirse.

NADIR

Eso no es instruirse, es rezar.

ARIMÁN

¿Qué sabéis vosotros, tontainas? Lo que lee nuestra linda compañera de viaje es el Tratado de la Conciencia. Atenaida practica el principio de subordinar sus acciones al fuero interno. Es el mejor sistema para ponerse á tono con la armonía universal.

ATENAIDA

(Burlona.) Doctor, déjeme en paz; usted me abruma con sus lisonjas. Yo no soy más que una mujer vulgar...

ARIMÁN

No se me oculta que usted es una mujer extraordinaria.

ATENAIDA

Qué risa.

ARIMÁN

El culto de la conciencia y el trabajo nunca interrumpido, conducen á la sabiduría del bien y del mal.

ATENAIDA

Esa sabiduría no la tengo yo.

ARIMÁN

La tiene usted aunque no lo diga. (Atenaida sigue leyendo.) Noto que rehuye usted el hablar conmigo; pero soy algo machacón, y aunque usted sostiene que yo lo sé todo, no es verdad, amiga mía: ignoro muchas cosas, y si usted me lo permite le haré una pregunta.

ATENAIDA

(Con cierto hastío.) Pregunte lo que quiera.

ARIMÁN

¿Qué sabe usted de Alejandro, el buen Marqués de Rodas?

ATENAIDA

Tiempo ha que no le veo; según tengo entendido, hoy padece más que nunca la fiebre de los negocios, y éstos le van bastante mal.

ARIMÁN

Yo pensé que al enviudar se casaría con usted. Me consta que usted le amaba y era tiernamente correspondida. Por su desvío, ¿no le guarda usted rencor?

ATENAIDA

No soy rencorosa; Alejandro es bueno, es honrado, y observa las leyes morales y sociales con un rigor absoluto.

ARIMÁN

Por eso le salen torcidos todos los negocios. ¿Vive en Ursaria?

ATENAIDA

Tal vez; pero no puedo asegurarlo.

ARIMÁN

Pues si reside en la capital, allí encontrará medios para enderezar sus negocios y recuperar los caudales perdidos.

ATENAIDA

No lo sé. Lo que sí aseguro es que Alejandro no se apartará jamás de la Razón y la Verdad.

ARIMÁN

Yo conozco bien la sociedad de Ursaria. En otro tiempo Alejandro fué muy amigo del caballero cuyas niñas va usted á educar. Es probable que los que antes fueron amigos lo sean ahora también. Y á propósito: en aquella casa hallará usted buena ocasión de labrarse un sólido porvenir.

ATENAIDA

(Sorprendida.) ¿Yo? ¿Cómo?

ARIMÁN

Don Dióscoro de la Garfia es viudo... y viudo aburrido de su soledad. Si usted tiene arte y sutileza, podrá pasar de institutriz á señora de la casa.

ATENAIDA

Usted bromea, doctor.

ARIMÁN

Y don Dióscoro tiene un hermano llamado Pánfilo, que también es viudo y cansado de su soledad. Usted, Atenaida, está dotada de encantos físicos y espirituales, y si á esta fuerza na-

tiva añade usted un poco de estrategia coquetil, podrá conquistar el tálamo de cualquiera de los dos hermanos.

ATENAIDA

¡Qué cosas se le ocurren á este doctor!

ARIMÁN

Ambos hermanos son ricos, ó lo parecen. Ursaria es en estos tiempos terreno fecundo para los hambrientos y sedientos de fáciles provechos.

ATENAIDA

Por lo que usted dice, en Ursaria domina la mentira, y yo...

ARIMÁN

Usted tiene su entendimiento empapado en ese libro que hace un rato leía. Pero fíjese bien en lo que le digo, amiga mía. En ese libro falta un capítulo, que se titula: *De la Elasticidad de la Conciencia.*

ATENAIDA

¡Oh! no. (Acorta el tren su marcha. Arimán y sus amigos se levantan.)

ARIMÁN

Si el capítulo no existe, invéntelo usted y no se arrepentirá de ello.

ATENAIDA

¿Se quedan ustedes en esta estación?

ARIMÁN

Sí; es la estación de Yeserías. Como profesor de Química, tengo que dar un informe sobre la salubridad de las excavaciones.

ATENAIDA

Bueno. Adiós.

ARIMÁN

Es fácil que nos veamos en Ursaria. Agur.

(Al parar el tren, Arimán y sus amigos desaparecen. Atenaida cae en profunda meditación.)

Sin detenerse en la estación de Yeserías, Arimán, Nadir y Zafranio, se escabullen por angosto sendero, y después de recorrer silenciosos distancia no inferior á cuatro kilómetros, llegan á un cerro calvo, desnudo de toda vegetación. La noche, sin luna, es de una serenidad majestuosa; brillan en el cielo los planetas y las constelaciones con fulgor espléndido. A poco de vagar con paso lento por aquella soledad, los tres seres diabólicos divisaron bultos negros, sin duda mujeres acurrucadas; entre ellas fugaces llamaradas de fuegos fatuos. Oyese lejano graznido de cuervos.

ESCENA III

ARIMÁN, CELESTE, bruja.

ARIMÁN

Ya están aquí esas idiotas; seguid vosotros hacia las excavaciones y entretened á las comadres con algunas ceremonias que den regocijo á sus corazones amojamados; yo busco á esa que

adereza sus enredos con parrafadas de una filosofía hueca... esa que responde por Celeste, aunque su verdadero nombre es Celestina. Ya me ha visto, y brincando como una cabra loca viene hacia mí. Seguid vosotros, y dejadme solo con ella. (Vanse los amigos.) Ya te veo, Celestina...

CELESTE

Perdona, ¡oh Príncipe!, si por centésima vez te suplico que no me des ese nombre; pues si es cierto que con el crisma me lo aplicaron, yo reniego de él, porque el vano vulgo lo usa para designar á las que practican el vil oficio proxenético, sin elevarse á los filosóficos principios que yo empleo para conquistar almas y llevárselas al señor tuyo y mío. Llámame Celeste, nombre suave y peregrino, que me da calidad y metimiento en mi trato con los mortales.

ARIMÁN

Pues te llamo Celeste, y añado que esta noche no vengo más que á platicar contigo.

CELESTE

(Avanza, y desenvolviendo su manto negro muestra su cuerpo larguirucho cubierto de un luengo camisón. Su rostro es escuálido; boca desdentada, nariz corva y ojos de buho.) Noches ha, Señor, que he venido á buscarte á este campo de nuestros sagrados ritos.

En vano te esperé, y mi desconsuelo fué tan grande como es esta noche mi alegría. Déjame que te adore...

ARIMÁN

(Echándose al suelo, apoyado el codo en tierra y la cabeza en la mano.) No vengo á que me adores; apártate.

CELESTE

Adorarte quiero. Déjame que te bese el tafanario.

ARIMÁN

Suprime esta noche el ósculo de acatamiento. (Apártala con suavidad. Celeste se acurruca junto á ël; el cuervo familiar de la bruja se le sube al hombro y grazna como tomando parte en la conversación.) Suprimamos el rito y hablemos de cosas del mundo.

CELESTE

¡Oh, el mundo! Por un lado, los tiólogos, atrapando á la gente rica con el cebo de la bienaventuranza eterna; por otro, los filósofos, con su jerigonza materialista, han puesto á la humanidad en tal estado de corrumpición, que poco tendrá que discurrir nuestro Señor Satán para hacerla suya. (Lanza el cuervo un fuerte graznido.)

ARIMÁN

No estás en lo cierto. Tu mucho saber de filosofías marchitas y de místicas zarandajas te ha-

cen desvariar. Vuelve en ti, hermana Celeste, y reconoce que la familia del antes poderoso Baal está en innegable decadencia. Mi tía la Serpiente duerme enroscada en sí misma un sueño secular. Pasaron los tiempos en que eran nuestras, grandes extensiones de humanidad en este y otros planetas. Con sutiles artes ha conseguido arrebatárnoslas el Padre Universal que nos echó del Paraíso. Ya no nos queda más que esta faja de terreno donde hemos podido establecer, aunque de una manera transitoria, el imperio de la deliciosa Sinrazón, ley de la mentira provechosa, holganza de las inteligencias, triunfo de las travesuras, terreno en que medran los tontos, se enriquecen los audaces, y todo va al revés de lo que ordenan las antiguas pragmáticas del Padre Universal. Para sostener este tinglado nos bastan hechizos y sortilegios de poca monta, en los que has demostrado tu capacidad para volver lo blanco negro y turbar las almas candorosas.

CELESTE

Me dejas atónita y turulata con eso que me dices de nuestra decadencia. Pues tú piensas que vamos á menos, yo me someto al rigor peripatético de tu disciplina, y aquí estoy para lo que me mandes. ¡Oh Príncipe mío! (Pausa. Arimán, extático, fija sus ojos en el cielo.) La hermosura del cielo en estas noches me hizo creer que ten-

dríamos gran solemnidad en nuestro rito. Fíjate, Señor: nuestra divina Reina Astarté me hacía guiños hace un rato..., y ahora otra vez.

ARIMÁN

Yo no puedo apartar mis ojos del planeta Marte.

CELESTE

De allí sale la ira que viene á encender la discordia en este mundillo nuestro.

ARIMÁN

No es ira lo que nos viene de allí, sino la onda potente que engendra en el suelo de la Farsalia-Nova la desorganización ética, fundamento de nuestro poder. Esa onda es como un tumulto de carnaval, que nos trae la burla disfrazada de lógica y la mentira con careta de verdad. (El cuervo articula lastimosos graznidos.)

CELESTE

Ya te entiendo, Príncipe mío.

ARIMÁN

(Levantándose.) Ahora, Celeste, á todas las comadres y comadrejas que han venido esta noche, diles que monten en sus escobas y se vayan cantando bajito.

CELESTE

(Puesta en pie, envuelve su cuerpo rígido en el manto negro. El cuervo levanta el vuelo y se aleja; dijérase que va á comunicar á las brujas la orden de partida.) ¿Te acompaño, Príncipe?

ARIMÁN

No. Antes de separarnos, oye un momento: ¿Conoces tú á una tal Atenaida, bien parecida y afable, antaño educadora de niñas pobres, hogaño de niñas ricas, y tan activa que no conoce la ociosidad?

CELESTE

La conozco. Sin presumir de sabia, lo es; se acuesta con los libros, y dormida se sube á zancajear por lo que llamamos el éter de la cosmogonía sublime. Hablando en plata: la tal Atenaida es una remilgada, que con la profilaxis y otros arrumacos de la conciencia, quiere labrarse la opinión de honestidad.

ARIMÁN

¿Te atreverías tú á tentarla?

CELESTE

Ya lo intenté hace un año. Le propuse con discretos halagos que aceptara la plaza de ama de un canónigo que estaba prendado de ella, pero nada conseguí. Es muy tozuda.

ARIMÁN

¿Te atreverías ahora?

CELESTE

¿Pues no he de atreverme? Es guapa moza, y gusta del buen vestir y de las alhajas de ley. Torres más altas han venido al suelo. ¿Tienes algo más que ordenarme, Príncipe?

ARIMÁN

No... (Caviloso.) Sí; espera un poco. Fíjate bien en lo que voy á decirte, que es cosa muy delicada: A estos dos Príncipes que andan conmigo...

CELESTE

No están aquí; han ido con las otras compañeras á las excavaciones.

ARIMÁN

Quiero decirte que no prestes gran atención á Nadir y Zafranio, que, como sabes, gobiernan conmigo esta región; mas el Padre Satán dispuso que yo fuera el jefe y ellos mis subalternos.

CELESTE

Ya lo sé; pero sospecho, querido Príncipe, que los tres andáis desacordes ó, como si dijéramos, inarmónicos.

ARIMÁN

Tú lo has dicho. Zafranio y Nadir disponen algunas cosas sin contar conmigo, y esto no puede continuar.

CELESTE

Eleva tus quejas al Padre Satán.

ARIMÁN

¡Ay, Celeste! De algún tiempo acá, el Padre dormita con letargo profundo en los brazos ardientes de Astarté. La relajación de la disciplina infernal se manifiesta ya en todas las esferas de la humanidad sidérea y terrestre.

CELESTE

(Estremeciéndose.) Me haces temblar, Príncipe; pero, en fin, ¿qué me mandas?

ARIMÁN

Que cuando esos te den alguna orden, antes de cumplirla vengas á contármelo. (Aparece volando el cuervo, se pone en el hombro de Celeste y le grazna al oído.)

CELESTE

Después de celebrar el rito, se han ido con las brujas á Ursaria.

ARIMÁN

Por esta otra parte, también nosotros nos iremos allá.

CELESTE

Pues vámonos.

ARIMÁN

Tú por delante. ¡Agur! Yo tengo que dar un gran rodeo.

CELESTE

¿Dónde nos veremos?

ARIMAN

No te cuides de eso. Ya te encontraré yo cuando te necesite.

ESCENA IV

Buñolería de MALCARADO en las inmediaciones de Ursaria. ARIMÁN, ZAFRANIO y NADIR, vestidos de obreros, están junto á una mesa, desayunándose con café y churros; MALCARADO despacha en el mostrador. Entran sucesivamente el SANTO PAJÓN, DOÑA REBECA y BASILIO. Primeras horas de la mañana.

ARIMÁN

Sírvenos pronto, Malcarado, que tenemos prisa.

MALCARADO

(Sirviéndoles.) Allá va. ¿Pa qué tanta priesa, si vus pasáis el día ganduleando en las calles de Ursaria?

NADIR

No ganduleamos, tío Malcarado. ¿Qué sabes tú?

ZAFRANIO

Para nosotros el día es noche, y vivimos soterrados.

ARIMÁN

Trabajamos en el alcantarillado de la Gran Vía.

MALCARADO

Buen alcantarillado tenéis vosotros, vagos de día y danzantes de noche. En fin, ahí tenéis el café, y despavilad pronto. (Entra el Santo Pajón, que es un vejete, de oficio santero; lleva una urna-cepillo con la imagen del Niño Jesús, bien vestidito y con zapatos de tisú de plata. Pide limosna en nombre del Niño, para una Comunidad de monjas. El verdadero nombre de este personaje es Pío José, pero en los pueblos que recorre es más conocido con el apodo de Santo Pajón.)

SANTO PAJÓN

(Desde la puerta.) La paz de Dios... (Dirígese al mostrador. Como parroquiano asiduo, no necesita pedir la mañana. Malcarado le sirve una copa de aguardiente. Mientras el santero empina el codo, entra doña Rebeca; dirígese á saludar á Zafranio, de quien es amiga.)

ZAFRANIO

¡Hola, señá Rebeca! ¿Viene usted á tomar la mañana?

REBECA

(Que es una bruja muy apersonada, alta y huesuda, con velo de ala de mosca.) Hijo, tomo mi copita !ay! para matar el maldito histérico, esta fatiguilla del estómago...

MALCARADO

Venga acá, seña Rebeca.

REBECA

(Cogiendo la copa.) Buenos días, Pajón. ¿Y tu Niño? ¡Ay, qué mono! Le daré un besito en el cristal. (Bebe.) Hoy me sobra un cinquito, y se lo voy á dar á tu Niño para que me dé un buen día. (Echa una moneda en el cepillo.)

ARIMÁN

(Acercándose.) Y yo, que también soy devoto del Niño, le voy á dar otros cinquito.

SANTO PAJÓN

Pues mi Niño, que es muy agradecido, os dará ciento por uno.

BASILIO

(Viejo criado y jardinero de un palacio próximo.) Se saluda al tío Malcarado, al tío Pajón y á toda la parroquia.

MALCARADO

Adelante, Basilio.

BASILIO

Mi churro, mi café con gotas. (Adelantándose al mostrador.) Eche usted y no se derrame, tío Malcarado.

ARIMÁN

¿Qué tal, Basilio? ¿Está usted contento en esa casa donde sirve?

BASILIO

¿Cómo no he de estar contento? Llevo más de cincuenta años con don Dióscoro de la Garfia; soy como de la familia.

NADIR

Dicen que eso de La Filantrópica va muy bien.

BASILIO

Sí; con esa máquina que ha inventado mi amo, entra mucho dinero en casa.

ARIMÁN

Yo tengo unos ahorrillos de lo que heredé de mi tío el alcalde de Tembleque, y los pondré en ese Montepío.

REBECA

Pues si yo heredara, como dicen, de un pariente mío lejano, que desciende de los Virreyes del Perú, también impondría en ese Tesoro de los pobres.

SANTO PAJÓN

Buena, muy buena, es la casa de don Dióscoro. Siempre que voy allí, las tres señoritas me obsequian y me dan limosna.

ARIMÁN

Diga usted, Basilio: ¿es verdad que las tres niñas de la casa son bobas?

BASILIO

¡Qué disparate! ¿Bobas mis niñas? No, señor. La mayorcita, señorita Protasia, es un poco alelada de su natural; pero yo digo que bajo aquella capita manzurrona se esconde un talento muy pícaro... Ea, señores, yo me voy á mi obligación. (Vase Basilio.)

SANTO PAJÓN

(Cogiendo la urna.) Conque... tomada la mañanita, vamos á trabajar.

REBECA

(Ceremoniosa.) Trabajar es nuestro destino ¡ay! Hoy es sábado y tengo que recorrer catorce casas. Zafranio, ¿nos veremos luego?

ZAFRANIO

Comadre Rebeca, yo iré esta tarde á casa de la *Moñotriste*. (Van desfilando. Arimán y los otros diablos salen los últimos.)

ARIMÁN

(Avanzando hacia la encrucijada próxima.) Separémonos aquí. Confío en que os ajustaréis estrictamente al plan convenido. Vosotros ya sabéis...

NADIR

Descuida. No discreparemos de lo pactado.

ARIMÁN

Visitad los lugares en que hierven el vicio y el libertinaje. Introducíos con palabra falaz en los cerebros dañados y revolved en ellos hasta que no quede una chispa de razón.

ZAFRANIO

Muy bien.

ARIMÁN

Soplad con todo vuestro aliento infernal en los corazones corrompidos, para que lleguen á la completa insensibilidad.

NADIR

Se hará. Y tú...

ARIMÁN

Yo trabajaré en esfera más alta. Desde hace unos días olfateo una res de mayor cuantía, y os juro, por las barbas del Padre Satán, que no he de parar hasta cobrarla.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

DECORACIÓN

Jardín en el lujoso hotel de Dióscoro, inmediaciones de Ursaria. A la derecha, la fachada del edificio con puerta y ventanas practicables. El ingreso á la puerta, por una escalinata. La entrada al jardín se supone por el foro izquierda. A la izquierda del proscenio un cenador bastante capaz, en el cual hay mesa donde estarán todos los objetos que se indican en el curso de la obra. Dentro y fuera del cenador, sillas rústicas. Es pleno día.

ESCENA PRIMERA

PROTASIA, CALIXTA, TEÓFILA y BASILIO

Calixta y Teófila son dos muchachas de diez y siete y diez y ocho años, lindas, pizpiretas y juguetonas. Protasia, la hija mayor, es desgarbada, sin ninguna gracia, y demuestra corta inteligencia. Al comenzar la escena las niñas menores corretean gozosas, y Basilio arregla las sillas rústicas y la mesa del cenador y recoge los papeles rotos y otros objetos que hay en el suelo. Protasia permanece en el foro inclinada sobre la tierra.

BASILIO

Niñas, tengan juicio y déjenme trabajar; bonito habéis dejado esto; papeles rotos, recortes de trapos...

CALIXTA

(Tirándole de una oreja.) Pero tonto, ¿no has visto que aquí damos con Atenaida las lecciones de escritura, de costura...?

TEÓFILA

Aquí damos las clases cuando el tiempo está bueno. (Le da un papirotazo en la calva.)

BASILIO

¡Ay, ay! No sé cómo os aguanta vuestra maestra, la dulce Aténaida, la gran filósofa, astróloga, nigromántica, no sé; yo no entiendo de eso.

CALIXTA

Ni de eso ni de nada. Esos disparates los has aprendido en la buñolería de Malcarado, adonde vas tempranito á tomar la mañana, borrachín.

TEÓFILA

Hortelano, á tus lechugas; jardinero, á tus flores.

BASILIO

(Con zalamería.) Flores sois vosotras y os cuido; os quiero mucho.

TEÓFILA

Nos quieres mucho, viejecillo de nuestra casa.

CALIXTA

Tú nos viste nacer.

BASILIO

¡Uy, uy, que os vi nacer! Yo servía ya en esta casa cuando nació vuestro padre, don Dióscoro, y vuestro tío, don Pánfilo.

TEÓFILA

El tío Pánfilo, el hombre de la previsión.

CALIXTA

El que jamás hace cosa alguna sin medir los pasos y contar los minutos.

BASILIO

Por eso todo le sale bien. Aprended de él, casquivanas.

TEÓFILA

Nosotras no tenemos por qué quebrarnos la cabeza pensando esas cosas.

CALIXTA

Lo que tenemos que aprender, la vida nos lo irá enseñando.

BASILIO

Bonita vida os aguarda si no sentáis la cabeza. Vuestra hermanita Protasia, á quien todos

tienen por boba, antójaseme que va á resultar la más lista de las tres.

TEÓFILA

¡Pobre Protasia! (Mirando á su hermana.) Pero, ¿qué hace esa chica?

CALIXTA

Está buscando el grillo que se le ha perdido.

PROTASIA

(Con habla dengosa, levantándose.) Ya lo encontré; aquí está el muy pillo. (Adelántase, mostrando el grillo que acaba de recoger.)

BASILIO

Ven, alma mía; aquí tengo las lechuguitas para dar de comer á tu ganado.

PROTASIA

(Cogiendo las lechugas.) Dame acá, Basilio. Este, que es el que yo llamaba Roqui-Roqui, tiene voz de barítono, y cuando él canta los demás hacen ríqui-ríqui y ráqui-ráqui, resultando una orquesta preciosa. Ya la habéis oído.

CALIXTA

Sí, la hemos oído.

TEÓFILA

Menuda escandalera arman todas las noches.

PROTASIA

Voy á darles de comer. (Entra en el palacio.)

CALIXTA

Es feliz en su idiotez.

TEÓFILA

¡Qué inocencia! Vive en el limbo... No ha podido aprender ni siquiera el abecedario.

BASILIO

Compadecedla. Yo también la compadezco, pero la quiero tanto como os quiero á vosotras; y cuando vosotras os caséis...

TEÓFILA

¿Tú qué sabes?, simplón.

BASILIO

¿Pues no he de saberlo, con cincuenta años que llevo en esta casa?

CALIXTA

Ya eres como de la familia, y nuestras penas y alegrías son también tuyas, viejecillo sandunguero.

BASILIO

(Risueño, embobado.) Sí, sí, niñas de mi alma, lo sé todo. Tú, Calixta, te casarás con el primogénito del Marqués de Casatrolas, senador él, exministro él, y no sé qué más... Y tu boda, Teófila, ajustada está con Leandrito Hiperbolos. Ya veis que todo lo sé.

CALIXTA

Eres muy listo y nada se te escapa.

TEÓFILA

Seremos felices, viejecillo. ¿Querrás venir á vivir con nosotras?

BASILIO

¡Ah, eso no! En esta casa pienso acabar mis días. Aquí estaré cuidando á la pobre Protasia.

CALIXTA

Que no se casará.

BASILIO

¡Ah! Yo no aseguraría que vuestro padre, que es muy allegador, no coloque también á Protasita.

TEÓFILA

Imposible. ¿Quién podría cargar con una idiota?

CALIXTA

Sería absurdo.

BASILIO

Queridas niñas, vosotras empezáis á vivir. Yo soy perro viejo; he visto mucho mundo, y en mi larga existencia he podido comprobar...

CALIXTA

¿Qué?

BASILIO

Que la máquina del mundo está algo trastornada, y lo que parece disparatado suele prevalecer sobre lo que... (Suena la campanilla del jardín.)

TEÓFILA

¿Quién llama?

BASILIO

(Mirando desde el foro.) Es el Santo Pajón.

CALIXTA

Si ayer le dimos; ¡vaya con el moscón!

TEÓFILA

Que vuelva otro día.

BASILIO

(Gritando desde el foro.) Tío Pajón, que otro día será... Ya se ha ido. (Al volver al proscenio ve aparecer á Dióscoro por el palacio.) Vuestro padre viene; basta de palique. (Vase por el jardín.)

ESCENA II

CALIXTA y TEÓFILA; DIOSCORO, PÁNFILO, HIPERBOLOS

Dióscoro es correcto, frío y reservón; Pánfilo regordete y muy pelma; Hiperbolos enfático y campanudo en su lenguaje.

DIÓSCORO

Chiquillas, ¿qué hacéis aquí?

TEÓFILA

Salimos á respirar el aire libre antes de empezar nuestras lecciones.

PÁNFILO

¿No ha venido Atenaida?

CALIXTA

Ya no tardará.

DIÓSCORO

Adentro, niñas.

TEÓFILA

Sí; vamos á repasar la Filosofía. (Entran en el palacio las dos niñas.)

PÁNFILO

Yo me voy á casa.

DIÓSCORO

¿Volverás?

PÁNFILO

Sí. Tú, Hiperbolos, tráete ultimado el asunto de la *Filantrópica*.

HIPERBÓLOS

(Mostrando un lío de papeles.) Aquí llevo los nuevos estatutos para que me los firme el ministro.

DIÓSCORO

Bien; adelante.

PÁNFILO

Y ahora, hermano mío, te repito mis advertencias. Como yo soy la previsión, ya lo sabes, y quiero ponerte en guardia contra los acontecimientos imprevistos... Alejandro...

DIÓSCORO

Ya sé, está arruinado.

HIPERBOLOS

Hállase en las angustias de la muerte crematística.

DIÓSCORO

¿Y crees tú que vendrá...?

PÁNFILO

Preveo que ha de venir á pedirte auxilio para prolongar su existencia por algunas horas.

HIPERBOLOS

(Enfático y picaresco.) Como ya no puede respirar, viene á que le demos balones de oxígeno.

PÁNFILO

Eso es. Pues bien, Dióscoro: ten entereza y no le des nada. El hombre arruinado por su mala administración debe perecer.

DIÓSCORO

Ya estoy prevenido. A buena parte viene. (Oyese la campanilla de la puerta del jardín.)

BASILIO

(Por el foro, anunciando.) El señor Marqués de Rodas.

DIÓSCORO

Que pase al momento. (Vase Basilio.)

PÁNFILO

(Cogiendo del brazo á Hiperbolos.) Ven, ven; vámonos á lo nuestro. (Al salir, Pánfilo se encuentra con Alejandro, que entra y le abraza efusivamente.)

ESCENA III

LOS MISMOS.—ALEJANDRO, caballero simpático y elegante, de formas exquisitas.

ALEJANDRO

¡Oh! querido amigo...

PÁNFILO

Tu semblante revela salud, alegría.

ALEJANDRO

Sí, sí, estoy muy contento; muy contento.

HIPERBOLOS

(Dándole palmaditas en el hombro.) Alejandro, adiós; felicidades.

PÁNFILO

Ahí tienes á Dióscoro, que te espera...

HIPERBOLOS

Dióscoro, el bueno, el generoso amigo. (Vanse Pánfilo é Hiperbolos por el jardín.)

ESCENA IV

DIÓSCORO, ALEJANDRO

ALEJANDRO

Dióscoro, amigo del alma, vengo á...

DIÓSCORO

Ya sé; lo de siempre. Vienes á contarme tus cuitas, tus quebrantos.

ALEJANDRO

Las penas mías ya las conoces. He llegado á la extrema perdición. Estoy en las últimas ansias, harto de sufrir golpes y reveses; ya no puedo más. Tú sabes que he consagrado lo mejor de mi vida á negocios lícitos; he sido guardador escrupuloso de los deberes sociales y esclavo de la verdad.

DIÓSCORO

Con la verdad pura, querido Alejandro, con la verdad neta, no siempre obtenemos el éxito en nuestros negocios.

ALEJANDRO

Tú lo has dicho. Yo he venido á comprender que es error grave en los hombres de negocios el ajustarnos ciegamente á las leyes divinas y humanas. En mis tristes insomnios he visto claro que, hallándose nuestra sociedad fundada en la mentira ó en las ficciones inveteradas, es locura mantenerse dentro de la razón y de lo que llamamos deberes; otros tantos artificios inventados por la turbamulta humana...; más claro: el que se ajusta estrictamente á la verdad y á

la razón, tropieza, cae y se precipita en los profundos abismos.

DIÓSCORO

Donosa es tu idea, pero no absolutamente desatinada. Siéntate y hablemos. (En sillas rústicas se sientan.)

ALEJANDRO

Pues si esto no te parece desatinado, dame tu opinión sobre lo que ahora voy á decirte. Estoy decidido á cambiar de conducta, adoptando desde hoy el criterio de los procedimientos mentirosos.

DIÓSCORO

(Con humorismo.) Amigo, no tanto; cierto que la verdad y la mentira son términos elásticos y convencionales; sin embargo, conviene guardar ciertas formas y no proclamar el imperio de la Sinrazón.

ALEJANDRO

Pues yo te aseguro, querido Dióscoro, que la gran mayoría de los seres humanos en esta diminuta región del mundo, no merecen la verdad; démosle lo suyo: la mentira.

DIÓSCORO

¿Y crees tú que con ese nuevo sistema han de cambiar tus infortunios en prosperidades?

ALEJANDRO

Así lo creo. Una voz misteriosa susurra en mi oído que seré dichoso cambiando de sistema.

DIÓSCORO

En buena lógica, de la mentira sistemática, según nos han enseñado, no puede salir nada bueno. Lo mismo te dirá mi hermano Pánfilo, el hombre esencialmente práctico y previsor. Lo mismo te dirá la profesora de mis hijas, tu amiga Atenaida, que es mujer de claro sentido.

ALEJANDRO

No hagas caso de Atenaida ni de Pánfilo. Harto de la dichosa lógica, me entrego desde hoy á lo absurdo, el gran resorte, créeme á mí, de la existencia humana; y no me hables tampoco de previsión. Yo me he pasado la vida previendo las cosas, adelantándome con mi pensamiento al suceso favorable, al suceso adverso, lo mismo cuando se trataba de un negocio que de asuntos de familia. Pues siempre que hice alarde de previsión he salido mal, muy mal; prever mucho y equivocarme siempre. Nada, nada; ya para mí no hay más divinidad que lo imprevisto, la Fatalidad.

DIÓSCORO

Aunque lo imprevisto está fuera de toda ley, no debemos despreciarlo; y en cuanto á la Fa-

talidad, no se puede desconocer que en muchos casos engendra las situaciones fundamentales de nuestra existencia.

ALEJANDRO

¡Ay, amigo! ¡Cuánto me agrada oirte! Soy el ejemplo vivo del imperio de la Fatalidad. Nací, como sabes, en un hogar campesino y apacible. Mi padre, rico labrador de Jarandilla, en la feracísima Vera de Plasencia, me crió y me educó para que yo le sucediera en las faenas agrícolas; pero mi ambición juvenil apetecía horizontes más amplios. En desavenencia con mi buen padre, viví de los quince á los diez y ocho años; él quería sujetarme á la tierra fecunda; yo quería desprenderme de ella... En fin, mi anhelo de la vida urbana venció la terquedad de mi padre, y éste me mandó á Madrid á estudiar Derecho, Filosofía y Letras; ya sabes lo demás; juntos estudiamos en la Universidad.

DIÓSCORO

De aquellos alegres días data nuestra entrañable amistad.

ALEJANDRO

Tú y yo, estudiantes distinguidos, bien dotados por nuestros padres, frecuentábamos la sociedad aristocrática. Recordarás que apenas terminada mi carrera, me enamoré de la sin

par Helenita, hija única de los Marqueses de Rodas.

DIÓSCORO

Y aquí viene ahora la Fatalidad; te casaste.

ALEJANDRO

Me casé, fui dichoso. Como la fortuna de mi esposa no era grande, y mi padre, en su testamento, mejoró considerablemente á mi hermano Demetrio, que se fué á la Argentina, tuve que dedicarme á negocios para equilibrar nuestro peculio, pues tanto Helena como yo nos habíamos adaptado á una vida de grandezas y elegancia dispendiosa.

DIÓSCORO

El lujo ¡ay! En nuestra clase, caer en el lujo equivale á caer en las garras de la Fatalidad más cruel.

ALEJANDRO

(Suspirando.) Sí; en tal situación tuve la desdicha de perder á mi esposa, mujer incomparable, carácter dulce, toda ternura y abnegación.

DIÓSCORO

¿Por qué la dejaste emprender aquel desatinado viaje á Cuba?

ALEJANDRO

Pues tú me aconsejaste que fuera.

DIÓSCORO

Sí, pero...

ALEJANDRO

Su tía y madrina, doña Sofía, la llamó para darle posesión de una parte de sus cuantiosos bienes. Nos veíamos tan mal, que consentí en aquel viaje. El vapor en que iba naufragó, ¡ay, qué dolor! Mi Helena, mi ángel, pereció en las aguas del mar antillano. En los mismos días de esta catástrofe, doña Sofía murió en Cienfuegos, y su inmenso caudal pasó á los parientes más próximos, sobrinos, primos, no sé... Desde entonces la fortuna, que ya venía mostrándoseme muy esquiva, se puso bárbaramente adversa, y de golpe en golpe, de caída en caida, he llegado á esta situación deplorable, angustiosa, mortal de necesidad.

DIÓSCORO

¡Ay, mi querido Alejandro! Dudo que por el momento pueda yo sacarte de ese pantano; pero si quieres un buen consejo, oye... Debes encastillarte en la resignación, en el estoicismo; dar largas á esos endiablados atrancos económicos; ir tirando hasta...

ALEJANDRO

¡Tirando!... ¡tirando! He llegado á este cataclismo por mi acendrada rectitud; por ser escla-

vo del deber, de la verdad. (Con exaltada emoción.) Ya no más. Me acojo á la farsa, á la mentira.

DIÓSCORO

Serénate, amigo. (Viendo entrar á Hiperbolos.) Aquí viene el amigo Hiperbolos.

ESCENA V

LOS MISMOS.—HIPERBOLOS, que entra por el jardín; UN SECRETARIO, que aparece por el palacio.

DIÓSCORO

(A Hiperbolos.) ¿Traes todo firmado?

HIPERBOLOS

Sí; firmó el ministro, y han firmado los señores del Consejo. Los amigos Cucúrbitas y Cylandros, interventores de la Sociedad, vendrán luego por aquí.

ALEJANDRO

¿Y qué tal, Hiperbolos? Esa Filantrópica va muy bien, á lo que parece.

DIÓSCORO

Aprobados por el Gobierno los nuevos estatutos, esperamos valiosas imposiciones.

ALEJANDRO

(Irónicamente jactancioso.) Cuando yo sea rico os entregaré parte de mi capital.

DIÓSCORO

Tendrás en nuestra Filantrópica pingües rendimientos.

ALEJANDRO

¡Oh! sí, sí; con ello cuento. Las operaciones fiduciarias son mi fuerte.

HIPERBOLOS

(Enfático.) ¡Oh, Marqués de Rodas! ¡El hombre de las ideas luminosas, el pensador conspicuo! Usted siempre discurriendo especulaciones atrevidas.

ALEJANDRO

Sí, me paso la vida discurriendo; mejor será decir rabiando.

DIÓSCORO

Rabia de originalidad, de arrebato mental.

HIPERBOLOS

Para dar alivio á la hiperemia cerebral, querido Alejandro, debe usted venir á la política.

DIÓSCORO

Tal creo yo. No nos sería difícil hacerte ministro.

ALEJANDRO

(Con afectada hinchazón.) Pues á ello. Tendré mucho gusto, querido Hiperbolos, en compartir con usted las tareas ministeriales.

HIPERBOLOS

Ya no soy ministro.

ALEJANDRO

Es verdad. No me acordaba. Tengo la cabeza...

HIPERBOLOS

Dejé la cartera por atender á mis asuntos particulares.

ALEJANDRO

¡Oh, muy bien! Jugada redonda.

SECRETARIO

(Que sale del palacio con un rimero de cartas.) Señor, ¿quiere firmar las cartas en el jardín?

DIÓSCORO

No; vamos adentro. Ven conmigo, Hiperbolos. Alejandro, quédate en el jardín, que estarás más distraído. (Entran en el palacio.)

ESCENA VI

ALEJANDRO, ATENAIDA

ALEJANDRO

(Paseando por el jardín.) Lucido estaría yo si esperara mi salvación de este maldito Dióscoro, que es la personificación del egoísmo. Allá está con Hiperbolos practicando el sistema del apla-

zamiento de todas las cosas y de echar el anzuelo en las aguas turbias de esta sociedad para pescar incautos... Yo me salvaré solo; me entrego en cuerpo y alma á lo imprevisto, á lo desconocido. (Queda suspenso, meditabundo.)

ATENAIDA

(Que entra por el jardín; viste con sencilla elegancia traje hechura sastre y toca redonda.) ¡Oh! Alejandro, ¿estás aquí? Solito y aburrido, según parece.

ALEJANDRO

(Estrechándole ambas manos.) ¡Ay, Atenaida! ¡Cuántos días sin verte!

ATENAIDA

Sí me has visto, y no una sola vez; pero no me has hecho caso, ingrato, desmemoriado, desvanecido por las grandezas. (Se quita la toca y se pone un delantal elegante que tiene colgado en el cenador.)

ALEJANDRO

No digas tal. Ya sabes que siempre has sido y eres para mí la persona que más estimo en el mundo.

ATENAIDA

¡Zalamero! ¡Farsante! Me has acostumbrado á oir con alborozo tus palabras, y á no creer en ellas; sigue, sigue regalándome el oído.

ALEJANDRO

¡Amiga del alma! No puedo olvidar los días placenteros en que te conocí, cuando yo era labrador rico y tú una mozuela gentil que aprendía para maestra y dabas lección á los chiquillos de aquel lugar rústico, de aquella feliz Arcadia en que nos criamos.

ATENAIDA

Luego nos vimos en Toledo y en Madrid, y me repetías sin cesar tus demostraciones cariñosas.

ALEJANDRO

De cariño y admiración, porque entonces ya eras tú una sabia que asombrabas al mundo por tu conocimiento de lo humano y lo divino.

ATENAIDA

No tanto; sé un poquito de lo de acá y de lo de allá.

ALEJANDRO

Del más allá quieres decir; por eso creo yo que tu ser es un conjunto misterioso de tierra y cielo, de mujer y ángel.

ATENAIDA

Adulón. Cuantas veces me has llamado ángel has huído de mí para correr á tu perdición.

ALEJANDRO

Al año de enviudar di algunos pasos para encontrarte.

ATENAIDA

Si tus pasos hubieran sido rectos y decididos, me habrías encontrado. Pero no hablemos de eso.

ALEJANDRO

Sí, hablemos de eso. (Le coge las manos.) Dame tus manos otra vez; ¡ay!, el contacto de tus manos parece que me comunica tu conocimiento de la vida espiritual.

ATENAIDA

Suéltame. (Desprende sus manos de las de Alejandro.)

ALEJANDRO

Al desprenderme de ti, ya me siento otra vez solo, triste, desesperado.

ATENAIDA

¿Qué te pasa? He oído que estás en situación angustiosa.

ALEJANDRO

Sí; en mis ansias de muerte civil, abomino de la verdad y me acojo á la mentira. ¿Tú, qué me aconsejas?

ATENAIDA

Yo profeso la verdad. Lo único que puedo aconsejarte ahora es que te dejes llevar por el Destino y que te acomodes á los hechos humanos, cualesquiera que sean. (**Oyese ruido de fuerte ventarrón; la fronda de los corpulentos árboles se agita visiblemente.**)

ALEJANDRO

(**Asustado.**) ¿Qué es esto? ¿Tenemos tormenta?

ATENAIDA

No te asustes. Son los espíritus burlones que pasan, que revolotean por aquí; muy á menudo se les siente en este lugar y en los inmediatos.

ALEJANDRO

(**Alelado, mirando al cielo.**) Ya pasan.

ATENAIDA

Han pasado, pero no están lejos; volverán.

ALEJANDRO

Extraño fenómeno es este: ¿los espíritus burlones...? (**A una ventana del palacio se asoman Calixta y Teófila.**)

ESCENA VII

LOS MISMOS.—CALIXTA, TEÓFILA

CALIXTA

Maestra, ¿vienes á darnos la lección, ó bajamos nosotras al jardín?

ATENAIDA

Bajad, que aquí está más fresco. (Desaparecen de la ventana las dos niñas.)

ALEJANDRO

Ya sé que enseñas la Filosofía á las niñas de Dióscoro; me lo ha dicho él.

ATENAIDA

Yo les enseño la Filosofía, pero ellas no quieren aprenderla. También les doy lección de Arte culinario, de Corte y costura, Dibujo, Aritmética, Historia, Física, Economía Política, Música y Coreografía.

ALEJANDRO

De tu saber enciclopédico, esas frívolas muchachas no aprenderán más que la culinaria y el baile. (Salen las niñas de la casa.)

TEÓFILA

Hoy toca la Filosofía, ¡qué fastidio!

CALIXTA

Más quisiéramos dar hoy la culinaria; vamos á la cocina.

ATENAIDA

No; vuestro padre ha dicho que hoy Filosofía á todo pasto. Vamos. (Dirígese al cenador; se sientan junto á la mesa. Alejandro permanece fuera.) Niñas: trataremos hoy de la Ética, doctrina de las costumbres encaminada á que la voluntad produzca el bien. (Coge uno de los libros que están en la mesa, y lo abre.)

TEÓFILA

No entendemos ni una palabra.

ALEJANDRO

Ni yo tampoco.

ATENAIDA

(A Alejandro.) Chitón. (A las niñas.) La voluntad, el querer ó el no querer, es una facultad del alma en la cual está siempre presente el Yo.

CALIXTA

El Yo ó el Tú, porque tú tienes tu Yo y yo tengo el mío.

TEÓFILA

No; nosotras somos el no yo.

ALEJANDRO

Tiene razón: el no yo somos los demás.

CALIXTA

Y el Yo de Alejandro es el Usted.

ATENAIDA

Silencio, y déjenme seguir. Decía que la Ética es la ciencia de las costumbres encaminada siempre á producir el bien y evitar el mal.

ALEJANDRO

De eso protesta mi Yo. Bien y mal son conceptos relativos. Yo sostengo que el mal produce el bien y viceversa.

CALIXTA

Viceversa quiere decir que todo es al revés.

TEÓFILA

Esta monserga de la Ética, del yo, del tú, de aquél y del qué se yo qué, es una lata horrible. Vámonos á la cocina para que nos enseñes el pastel de foie-gras con trufas.

CALIXTA

O la sopa de cangrejos á la provenzal.

ATENAIDA

¡Ay, qué niñas! No puedo con ellas. Si viene vuestro padre, os reñirá á vosotras y á mí.

TEÓFILA

Ya viene. (Sale del palacio Dióscoro.)

ESCENA VIII

LOS MISMOS.—DIÓSCORO

DIÓSCORO

Chiquillas, ya estoy enterado de vuestro deseo. Basta por hoy de Filosofía. Atenaida, llévalas á la cocina y dales una leccioncita de Culinaria.

ALEJANDRO

La Culinaria es la Filosofía del estómago y la Ética del paladar.

ATENAIDA

Niñas, á la cocina; vuestro padre lo manda. (Atenaida y las niñas entran en el palacio.)

ESCENA IX

ALEJANDRO, DIÓSCORO; después CURIAS

DIÓSCORO

Ya estamos solos otra vez, Alejandro. Decías antes que el desastre de tus negocios te mueve á volver la espalda á la Razón.

ALEJANDRO

Tengo pruebas clarísimas de que mi perdición emana de mi apego á la estricta verdad y al insano influjo de los artificios llamados legales.

DIÓSCORO

Francamente, no te entiendo.

ALEJANDRO

(Aparte, retirándose á la izquierda y elevando sus brazos al cielo.) Misteriosa ley de la Sinrazón, sálvame. (Entra Curias por el jardín.)

CURIAS

¿Se puede?

DIÓSCORO

Adelante, amigo Curias.

ALEJANDRO

(Aparte.) Ya está aquí mi verdugo.

CURIAS

Llego á usted, señor don Alejandro, con una misión desagradable. Es para mí muy sensible ser portador de tal desdicha. (Mostrando un papel.)

ALEJANDRO

Ya sé lo que me trae usted, amigo Curias. Está usted medroso; diga lo que quiera, que soy hombre fuerte y por nada me arredro.

DIÓSCORO

Viene á notificarte... Es muy triste que en mi presencia y en mi casa anuncien la muerte civil á un amigo tan querido.

ALEJANDRO

No te aflijas, Dióscoro. Ya ves con qué tranquilidad oigo mi sentencia. El amigo Curias viene á notificarme el embargo inmediato de los bienes que me quedan, dejándome, como si dijéramos, en camisa. Ya ves que recibo la noticia con frialdad y entereza.

CURIAS

La ley es inexorable, señor Marqués de Rodas.

DIÓSCORO

Pero ¿no podrías aplazar, tomar largas...?

CURIAS

Imposible; todo lo más podría concederse un aplazamiento de pocos días.

DIÓSCORO

Siquiera un mes.

ALEJANDRO

No es preciso; me sobrarán recursos para evitar el embargo.

DIÓSCORO

Yo, con gran sentimiento mío, no puedo auxiliarte. ¿Con qué cuentas tú?

ALEJANDRO

(Con arrogancia.) Cuento con la herencia de mi hermano Demetrio, que ha fallecido en Buenos Aires legándome parte de su cuantioso capital.

DIÓSCORO

(Estupefacto.) ¡Ah! No sabía...

ALEJANDRO

Lo supe por un cablegrama que recibí el mes pasado; mas no quise decírtelo, por probar si tu amistad confirmaba tus generosos ofrecimientos.

DIÓSCORO

La verdad, Alejandro: yo no me encontraba con medios para sacarte á flote; pero en fin, si heredas á tu hermano, yo me felicito de ello. ¿Y esa herencia se hará pronto efectiva?

ALEJANDRO

Creo que sí. De Buenos Aires me anunciaron que... (Salen rápidamente del palacio Calixta y Teófila, con delantales de cocina. Curias hace reverencia, y se retira.)

ESCENA X

LOS MISMOS.—TEÓFILA, CALIXTA; poco después ATENAIDA

CALIXTA

Papá, papá.

DIÓSCORO

¿Qué queréis ahora?

CALIXTA

Hemos aprendido el pastel de liebre sin liebre; es cosa deliciosa.

TEÓFILA

Ya lo probarás.

DIÓSCORO

(Contrariado.) No importunéis ahora, niñas; y Atenaida ¿qué hace?

TEÓFILA

Aquí viene. (Sale Atenaida del palacio.)

DIÓSCORO

Atenaida: si habéis concluído la lección de Culinaria, empieza otra para que nunca estén ociosas.

ATENAIDA

(Dirígese al cenador. Alejandro se le acerca, mientras las niñas siguen hablando con su padre.) Alejandro, entrañable amigo, ¿qué te ocurre? En tu rostro advierto sobresalto, emoción...

ALEJANDRO

Lo que adviertes es mi deserción súbita y resuelta del campo de la verdad.

ATENAIDA

(Severa.) Alejandro, pobrecito mío, ¿qué dices?

ALEJANDRO

He inventado una tremenda paparrucha para confundir á Curias y á Dióscoro.

ATENAIDA

Te entregas en cuerpo y alma á los espíritus burlones. Me lo había figurado.

ALEJANDRO

(Muy nervioso.) He supuesto una herencia. Tú, naturalmente, creerás que quedaré chasqueado.

ATENAIDA

No me atrevo á creerlo así. En esta desdichada región impera lo absurdo, lo inverosímil...

ALEJANDRO

Tú conoces bien mis anhelos. ¿Conocerás también la fuerza hermética que me los satisface ó me los niega? (Oyese de nuevo el rumor del viento en la fronda, más suave que antes y en sentido inverso.)

ATENAIDA

(Suspensa; atenta al ruido.) No sé, no sé; espera un poco.

CALIXTA

(En el grupo de la derecha.) El pastel de liebre, riquísimo.

TEÓFILA

Te chuparás los dedos cuando lo comas. Yo tengo ahumada la cara.

CALIXTA

Y yo me he quemado las manos en las malditas cacerolas. Vamos á lavarnos. (Vanse por el palacio.)

ESCENA XI

LOS MISMOS.—BASILIO, ARIMÁN

BASILIO

Señor: Ahí está un caballero que pregunta por don Alejandro. Aunque al entrar me dijo que venía de América, yo me malicié que sería de esos que vienen á pedir, á marear..., y le dije: no sé si está, voy á ver; y al oirme esto, me dijo: «Vengo á traer dinero.»

ALEJANDRO y DIÓSCORO

(Vivamente.) Que pase, que pase al momento. (Vase Basilio.)

ARIMÁN

(Entra y saluda cortésmente.) ¿El señor Marqués de Rodas?

ATENAIDA

(Aparte; con espanto al ver al mensajero.) ¡El doctor Arimán!

ARIMÁN

(Disfrazado de caballero elegante en traje de viaje.) Telesforo Corrientes, agente de la Banca de Buenos Aires. Entre otras misiones, traigo la de hacer efectiva la herencia de su hermano de usted don Demetrio.

ALEJANDRO

Sí, ya sabíamos... Mil y mil gracias, señor mío.

ARIMÁN

De nada. Al llegar del tren estuve en casa de usted, y un señor gordo y amable me dijo que aquí le encontraría.

DIÓSCORO

¿Un señor gordo? Mi hermano Pánfilo, que vive en el piso bajo... ¿Y trae usted el efectivo de la herencia?...

ARIMÁN

¿Cómo no? (Atenaida, que observa desde el cenador, se persigna.)

ALEJANDRO

¡Ah, mi pobre hermano! ¡Cuánto le amaba yo! Y él ¡qué bueno fué siempre para mí!

ARIMÁN

El bondadoso don Demetrio me honraba con su amistad. Lo heredado por usted asciende á un millón doscientos mil pesos, moneda corriente. Traigo letras del Banco Español del Río de la Plata. Ahora tendrá usted la bondad de venir conmigo al Consulado de la República Argentina, y cumplida la formalidad de identificar la persona, hoy mismo puede usted quedar en posesión de su dinero.

ALEJANDRO

Estoy á su disposición...; pero antes descansará usted un poco en mi casa.

DIÓSCORO

O en la mía.

ARIMÁN

Muchas gracias, señores; pero la visita al Consulado no debemos aplazarla. Designará usted dos personas que firmen como testigos en el acta notarial.

ALEJANDRO

Firmará mi amigo Dióscoro.

DIÓSCORO

El otro firmante puede ser mi hermano Pánfilo, á quien recogeremos en su casa.

ALEJANDRO

Pues vamos ya.

DIÓSCORO

Adelante. El Consulado no está lejos. (Dispónense á salir. Alejandro, aparte á Atenaida.) ¿Qué dices á esto, Atenaida?

ATENAIDA

Digo... que estoy aterrada.

ALEJANDRO

Aterrada... ¿de qué?

ATENAIDA

De la espantosa verosimilitud de las cosas absurdas.

ALEJANDRO

Pues adelante con lo absurdo. (Con Dióscoro y Arimán, sale por el jardín.)

ESCENA XII

ATENAIDA, CALIXTA, TEÓFILA, que han oído el final de la escena desde la puerta del hotel; después PROTASIA.

CALIXTA

¡Qué sorpresa! Ahora resulta que Alejandro es rico; parece cosa de magia.

TEÓFILA

(A la maestra, que está meditabunda dentro del cenador.) ¿Qué piensas de esto, Atenaida?

ATENAIDA

A lo que llamáis magia debemos dar otro nombre, otro nombre... (Vacilando, sin encontrar la palabra propia.) En la mascarada social la mentira se disfraza de verdad con arte diabólico, y nos engaña á todos y triunfa.

CALIXTA

Ahora que papá se ha ido, dejémonos de estudios y pasemos el rato alegremente.

TEÓFILA

(En actitud de baile.) Lección de Coreografía.

ATENAIDA

No, no; hay que dar la Aritmética.

TEÓFILA

¿Para qué nos vamos á meter en ese enredo de los números? Bailemos un tanguito.

CALIXTA

Tango, no: la jota, la jota. (Sale del palacio Protasia, y alelada contempla la movilidad juguetona de sus hermanas.)

ATENAIDA

Ven acá, Protasia. Ayúdame á enseñar á tus hermanitas la formalidad.

CALIXTA

(Bailando.) ¿Esa boba enseñarnos á nosotras?

ATENAIDA

Bobita y todo, os gana en obediencia y compostura. (A Protasia.) Ven aquí, hija mía; ¿qué hacías?

PROTASIA

(Con acento mimoso, acercándose.) Dar la lechuguita á mis grillos. Cuando sopla el viento fuerte cantan que se las pelan. ¿No los oisteis?

TEÓFILA

(Bailando.) Sí, ahora mismo los estamos oyendo. (Oyese lejano el canto de los grillos.)

CALIXTA

Riqui, riqui; raqui, raqui. (Adaptando estas sílabas al ritmo musical de la jota y al movimiento del baile.)

ATENAIDA

(Con autoridad.) Ea, niñas, se acabaron las bromas; os mando que tengáis juicio y que vengáis á mi lado.

CALIXTA

(Corriendo junto á Atenaida.) Maestra, tú nos has dicho que el canto de los grillos es el eco de los espíritus burlones.

PROTASIA

Los grillos, digo yo, con su canto gracioso, nos anuncian la felicidad.

TEÓFILA

¡Ay, qué tontería!

ATENAIDA

Mirándolo bien, en la opinión de Protasia hay un vislumbre de verdad. Todos los ruidos de la Naturaleza son notas de la armonía universal. Pero de esta armonía no llega á nosotros sino lo muy próximo, que es lo más sonoro y lo más gárrulo. El gallo, que con su kikirikí os cuenta las horas de la noche; los perros, que ladran ante sombras invisibles para nosotros; el trinar de los pajarillos, el rurú de las palomas; vuestras risotadas alegres cuando jugáis ó bailáis, son notas del concierto inmenso de los mundos que nunca están callados.

PROTASIA

Pues yo también soy nota. Cuando papá me riñe y me pongo á patalear y á dar chillidos, toco un instrumento, tururú, en esa orquesta de los mundos. (A Atenaida.) ¿Verdad, maestrita, que yo también toco?

CALIXTA

Sí, sí; tocas y desafinas.

PROTASIA

Vaya, que tú también... Buenas pitadas dais vosotras.

TEÓFILA

Cállate, simplona. ¿Tú qué sabes?

CALIXTA

Afinados ó no, los murmullos de la Naturaleza corresponden, según tú nos has dicho, á la suprema inteligencia que gobierna los mundos.

ATENAIDA

(Risueña.) La suprema inteligencia, chiquillas, está lejos, ¡ay!, muy lejos, y no se deja sentir en este mundillo miserable y desquiciado en que vivimos.

TEÓFILA

Según eso, ¿en este mundillo nuestro no gobierna la inteligencia?

ATENAIDA

No. Vivimos bajo el imperio de la superchería descarada. (**Oyese muy intenso el canto de los grillos en el interior de la casa.**)

PROTASIA

Y mis grillitos, ¿qué cantan ahora?

ATENAIDA

(Con **gracioso humorismo.**) Tus grillos cantan, sin saberlo, el himno de la Sinrazón triunfante.

ESCENA XIII

LAS MISMAS.—PÁNFILO, que entra por el jardín.

PÁNFILO

(Muy excitado, gesticulando como si hablase consigo mismo.) El hecho es cierto; lo he comprobado, ¡qué diantre! Estoy contento; digo, no, no.

ATENAIDA

¿Qué le pasa, don Pánfilo?

PÁNFILO

Decía que estoy contento, pero contrariado, muy contrariado. Sabrás que Alejandro ha tenido una herencia, una cuantiosa herencia.

ATENAIDA

¿Y eso le enfada?

PÁNFILO

Lo que me contraría no es la herencia, sino el no haber previsto yo suceso tan extraordinario. Créeme, Atenaida: todos los hechos que se escapan á nuestra previsión pueden resultar fallidos á la postre... ¡Si es increíble! ¡Si parece milagro!

ATENAIDA

Aunque sea milagro puede ser cierto.

PÁNFILO

La herencia de Alejandro será una solución favorable para los problemas de él y los de nuestra familia. (Cariñoso.) Dime, maestrita que todo lo sabe: ¿Tenías tú conocimiento de esa herencia?

ATENAIDA

Lo presumía. Creo que Alejandro supo su buena suerte por la telegrafía sin hilos.

PÁNFILO

¡Ah! ¡La telegrafía sin hilos! Cosa muy buena; pero en muchas ocasiones ese invento defrauda la previsión humana. En fin, el fausto suceso es indudable; lo hemos comprobado en el Consulado de la Argentina... Ahora lo que falta es que tú, Atenaidita simpática y amable, te pongas á nuestro servicio, quiero decir, al servicio de nuestra familia.

ATENAIDA

Ya lo estoy.

PÁNFILO

Me explicaré mejor. (Bajando la voz y llevándola aparte, mientras las chicas charlotean en el fondo.) Ya sabes, Atenaida, cuánto te estimo, ¡ay! Pues te decía que, para secundar nuestros planes, tú, con tu talento sutil y tu arte pedagógico, consigas que mi sobrina Protasia... no sea tonta. (Asombro de Atenaida.) Espérate; verás... ya sé yo

que no es posible alterar la Naturaleza convirtiendo una boba en discreta; pero tú sabes mucho, picarilla; el cielo te ha dado la facultad educativa en su grado más alto. Cierto es que no podrás introducir las luces de la inteligencia en el cerebro de esa infeliz, pero sí algunos chispazos que se manifiesten en momento oportuno.

ATENAIDA

Don Pánfilo, yo no sé si...

PÁNFILO

Bastará que le sugieras dos ó tres ideas sencillas, de aparente agudeza, y se las claveteees en el cerebro, enseñándole el arte de callar para que no suelte una burrada y destruya el efecto de los conceptos bien aprendidos.

ATENAIDA

Lo haré, pero no respondo...

PÁNFILO

Nada, nada, tienes que hacerlo. Estás á nuestro servicio, y mi hermano y yo... (Cariñoso, sonriente.) te recompensaremos como mereces.

ATENAIDA

La chica es dócil, es buena...; pero usted me pide que de un adoquín candoroso saque yo los reflejos de la madre perla.

PÁNFILO

Para ti es cosa fácil. Eres un ser extraordinario, y te sobran luces para iluminar los abismos más tenebrosos. Pruébalo ahora mismo. Hazle algunas preguntas para que podamos apreciar la cantidad de fósforo que hay en ese cerebro.

ATENAIDA

De conocimientos elementales nada le preguntaré, porque no sabría responderme.

PÁNFILO

Trata de descubrir sus aspiraciones en el terreno de la vida social, de la vida corriente.

ATENAIDA

Protasia, ven aquí. (Se acercan las tres muchachas.) ¿Qué es lo que tú más deseas?

PROTASIA

¿Yo?, qué risa. ¿Lo que más deseo? Me da vergüenza decirlo.

PÁNFILO

Dilo, mujer, sea lo que fuere.

PROTASIA

Pues lo que yo quiero, es parecer tonta y no serlo.

PÁNFILO

(Jocoso.) ¿De modo que tú te haces más tonta de lo que eres? ¿Con qué fin? ¿Qué te propones?

CALIXTA

(Riendo.) Pescar un novio.

TEÓFILA

Apañado estaría el tal.

PÁNFILO

No se rían, que vuestra hermana ha respondido con mucha agudeza.

ATENAIDA

¿Y qué cualidades quieres tú encontrar en ese novio?

PROTASIA

(Después de pensar.) Que fuera muy guapito. (Risotadas de las dos hermanas.)

CALIXTA

Y si además de guapo fuera rico, te casarías con él.

PROTASIA

(Riendo desaforadamente.) ¡Vaya si me casaría!... ji, ji... Y le quitaría todo el dinero... pa guardarlo aquí. (Golpeándose el bolsillo.)

PÁNFILO

Muy bien.

PROTASIA

Ji, ji, y no le daría más que una peseta por semana para tabaco; ji, ji, mucho cuidado con él, no se me vaya por ahí de picos pardos. (Siguen riendo las hermanas.)

PÁNFILO

No os riáis, que ésta, bajo la corteza de su simplicidad, esconde un talento... sólido, práctico.

CALIXTA

¡Qué cosas tiene el tío!

PÁNFILO

Atenaida, ¿qué te parece?

ATENAIDA

Chispazos de picardía; de una cabeza menguada no espere usted otra cosa.

PÁNFILO

Pues estoy satisfecho. Creo que la chica, aleccionada por tal maestra, será lo que deseamos.

ATENAIDA

(Con gran curiosidad.) Pero ¿qué...? No adivino...

PÁNFILO

(Viendo entrar á Dióscoro y Alejandro por el jardín.) Ya lo sabrás. (Empalagoso.) Tú y yo nos entenderemos.

ESCENA XIV

LOS MISMOS.—DIÓSCORO, ALEJANDRO

PÁNFILO

(A Dióscoro, mientras Alejandro habla con Atenaida y las muchachas.) Estoy en ascuas. ¿Se hizo efectiva la entrega del dinero?

DIÓSCORO

Sí, hombre.

PÁNFILO

¿Has visto tú el dinero?

DIÓSCORO

Claro que sí; lo hemos depositado en el Banco de España. Aquí tienes el resguardo. (Le muestra el documento.)

PÁNFILO

(Leyendo con avidez.) Es cierto, sí; es un hecho... Yo dudaba... Yo siempre dudo de las cosas que no he previsto. Pues ahora, cuídate tú de atrapar la voluntad de Alejandro para que...

DIÓSCORO

Ya estoy en ello. Pues no faltaba más. Alejandro tiene que imponer su capital en nuestra Filantrópica.

PÁNFILO

El es todo corazón; es un buenazo...

DIÓSCORO

Y no podrá olvidar los favores que en otros tiempos le hemos hecho.

PÁNFILO

Pero no hay que descuidarse.

DIÓSCORO

Ahora mismo. En casa está Hiperbolos. (Llamando á Alejandro.) Alejandro, ven.

PÁNFILO

(En voz baja, aparte á Dióscoro.) Un momento. Lo que me dijiste de Protasia, paréceme que no será tan difícil como crees.

ALEJANDRO

(Acercándose á ellos.) Estoy á vuestras órdenes.

DIÓSCORO

Vamos adentro.

PÁNFILO

(Abrazando á Alejandro.) Queridísimo, puedes creer que tu felicidad me colma de satisfacción. ¡Ay, qué alegría!

DIÓSCORO

Pero esa felicidad no es aún completa.

PÁNFILO

Trataremos de completarla, de redondearla...

DIOSCORO

Ven, ven. (Le coge por un brazo y Pánfilo por el otro, y se lo llevan.)

ALEJANDRO

(Dejándose llevar.) Amigos del alma, soy todo vuestro. (Entran los tres en la casa.)

ESCENA XV

ATENAIDA, PROTASIA, CALIXTA, TEÓFILA

ATENAIDA

(Creyendo interpretar, por algo que ha oído, las intenciones de Dióscoro y Pánfilo.) ¡Ah, solapados egoístas! ¡Maestros de la cuquería insidiosa! Ya os entiendo; ya sé por qué infame camino queréis completar la felicidad de Alejandro. (Con calor y excitación nerviosa.) Pero eso no puede ser; eso no será. No faltará quien desbarate vuestros artilugios.

CALIXTA

Maestra: ¿Qué dices?

TEÓFILA

¿Por qué estás tan incomodada? ¿Tienes queja de nosotras?

PROTASIA

¿Te has enfadado conmigo?

ATENAIDA

No, pobrecillas. (Se sienta como si temiera un desvanecimiento.) Tengo mi cabeza... desvanecida... trastornada.

CALIXTA

(Acariciándola.) Descansa.

TEÓFILA

¿Quieres irte á tu casa?

PROTASIA

Ven á mi cuarto, y acuéstate un ratito en mi cama.

ATENAIDA

(Recobrándose.) No, no. (Llevándose la mano á la frente.) Ya pasa. Ya recobro mi serenidad... Guardad silencio, niñas... Esos ruidos...

CALIXTA

¡Si no hay ruido!

TEÓFILA

Todo está en silencio.

CALIXTA

Aquel ventarrón que tanto nos asustó, ha pasado.

TEÓFILA

Los árboles no se mueven.

PROTASIA

Ni una hoja se mueve. Y lo que es más raro, mis grillos están calladitos... Yo sé por qué no cantan ahora.

ATENAIDA

¿Por qué no cantan tus grillos?

PROTASIA

Están pensando las cosas buenas que me han de decir luego, luego...

TEÓFILA

¡Ay, qué risa!

CALIXTA

¡Qué tonta eres!

ATENAIDA

(Levantándose.) No os burléis de vuestra hermana, que en algunos casos tiene más sentido que vosotras.

CALIXTA

¿Qué oyes, maestra?

ATENAIDA

El graznido siniestro de las aves rapaces que se disputan la víctima inocente, el hombre bueno y generoso.

CALIXTA

Y eso, ¿dónde está?

ATENAIDA

(Con exaltación.) En vuestra casa, en vuestra familia. Esa caverna elegante está invadida por la Sinrazón. Respiráis el ambiente insano de la mentira, de la burla, de esa tremenda ironía que cae como un diluvio de cieno sobre estos pueblos degenerados.

FIN DE LA JORNADA PRIMERA

JORNADA SEGUNDA

CUADRO PRIMERO

Aposento destartalado en el sotabanco, donde habita la bruja Celeste. En los muebles se observa gran desbarajuste y revoltijo. Hay piezas buenas, como adquiridas de ocasión, y otras viejísimas, rotas y casi deshechas. De una percha cuelgan vestidos de señora lujosos, casi nuevos, junto á otros ordinarios y sucios. En el suelo, arrimados á la pared, se ven montones de libros, cajas vacías y llenas, cestas rotas con restos de comida, cáscaras de fruta, barreduras y desperdicios. En un testero, estante desvencijado, donde se ven cacharros, redomas, paquetes ó envoltorios conteniendo diferentes substancias; manojos de hierbas, filtros, huesos para sortilegios y maleficios. Junto al estante, una hornilla portátil. En una ventana, abierta sobre el tejado, un plato, donde comen como buenos amigos un gato negro muy lucido y *Cachano*, el cuervo familiar de Celeste.

ESCENA ÚNICA

CELESTE, ARIMÁN

La bruja, terminado su trabajo de alquimia burda, se enjuga las manos en un trapo de arpillera, cuando entra el doctor Arimán, vestido de obrero, y sin ceremonia se sienta en un sillón de cuero.

CELESTE

No te esperaba tan pronto, Príncipe.

ARIMÁN

(Displicente.) Hay poco que hacer. Los negocios, adormecidos, dejan correr lentas las horas. Hoy me sobra tiempo, y vengo á que me cuentes si has adelantado algo en la conquista de Atenaida.

CELESTE

Poco tengo que contarte, y ese poco no es bueno. La maestrilla, remilgada y finústica, sin respetar mis canas venerables, me ha llamado con lindas palabras embaucadora. La embaucadora es ella, que presume de enseñar la Filosofía á las niñas de don Dióscoro y no les enseña más que á corretear y jugar... ¡Cualquiera sabe los juegos libidinosos en que andará ella!

ARIMÁN

Pero tú le ofreciste...

CELESTE

Sí; le llevé el Diccionario ciclopédico de parte de don Pánfilo, que pretende...

ARIMÁN

Ya lo sé.

CELESTE

Pues ¿sabes lo que me contestó cuando le presenté los sesenta tomos? Digo, sesenta no, que faltan cuatro y otros están estropeados... y

cómo pesan los malditos. Tuve que tomar un mozo de cuerda para que me los llevara, y me gasté dos reales.

ARIMÁN

¿Pero aceptó el regalo?

CELESTE

No. La muy bestia me dijo que los guardara yo y los hiciera picadillo para dar de comer á Cachano...; y dijo también que el Diccionario histérico, biográfico, geodésico y palontológico es un almacén de vaciedades, y que ella sabe más que todo lo que rezan esos librachos.

ARIMÁN

¿Y no le ofreciste galas femeninas, vestidos?...

CELESTE

Le llevé ese traje azul casi nuevo, que fué de altísima persona, y me dijo que ella sabe cortar y coser vestidos mejores que ese. También le llevé un aderezo de brillantes y zafiros... que hay que verlo, Príncipe...

ARIMÁN

Basta, basta. No la rendirás ni con librotes de sabiduría pedantesca, ni con vestidos, ni con alhajas... La conozco bien. Atenaida es mujer excepcional, que se destaca, que se despega de esta

sociedad en que imperamos los prosélitos de Satán. A veces la encuentro en la calle; trato de hablar con ella, de dominarla, y ella me domina á mí.

CELESTE

Eso sí que es raro, Príncipe. ¿Pues qué tiene esa hembra sabidilla y remilgada para dominarte á ti? ¿Es, por ventura, filósofa, maestra en nigromancia ó en artes hechiceras, como la tal Medea ó la tal Circe, de quien nos hablan las historias gentílicas?

ARIMÁN

No es nada de eso. Del detenido estudio que de Atenaida hice, resulta que es una conciencia purísima, moldeada en las leyes tiránicas del llamado Padre Universal, y contra esto poco podemos. Completa su aparente perfección con el hábito de un trabajo constante, sin perder hora ni minuto.

CELESTE

(Alelada.) ¿Y dices que contra tal perfección nada podemos los que laboramos en la milicia satánica?

ARIMÁN

Podemos, sí, procediendo con cautela sutil; no hay perfección que no esconda algo imperfecto. Atenaida tiene un flaco que tú no has podido ver; yo sí.

CELESTE

Ya, ya. ¿Es que flaquea por el corazón? ¿Tiene algún enredijo amoroso?...

ARIMÁN

Enredijo, no. Siente amor vivísimo por el gallardo caballero Marqués de Rodas. Y como ahora los *Filantrópicos* quieren casar á don Alejandro con la boba Protasita, esperamos que los celos, el despecho y la ira perturben la serena conciencia de Atenaida, y ésta se lance al terreno del mal, que es el nuestro.

CELESTE

¡Cuánto sabes tú, maestro insigne! Ya entiendo cómo he de conquistarla: encendiendo en ella fuego bastante para que se arroje en el laberinto de los siete pecados capitales.

ARIMÁN

Pero no hagas nada sin oir antes mis instrucciones, y ni hables de esto á Nadir y Zafranio para que no se nos anticipen. Me consta que Nadir, disfrazado de negociante cubano, se ha hecho amigo del Marqués de Rodas para sugerirle... no sé qué. Pronto espero saberlo. (Diciendo esto, Arimán desaparece.)

CELESTE

El Príncipe se ha desvanecido como un soplo, como una ilusión, y no me ha dejado las instrucciones para...; pero yo me doy cuenta de sus altos pensamientos, y los secundaré con las artes en que soy maestra. Atizaré el fuego de la hornilla. (Ejecuta pausadamente lo que dice.) Pongo sobre las brasas el perolito...; saco de esta gaveta los rabos de lagartija, la quinta esencia de la hiel de la raposa en celo; añado el zumo de la hierba sanguinaria cogida en la luna de Enero, y, por último, la saliva del murciélago rabioso. (La bruja revuelve su menjurje en el perolito; luego llama al cuervo, que ha concluído de comer con el gato; éste se lanza al tejado.) *Cachano*, ven aquí. (El cuervo se le posa en el hombro.) Ahora, hijo mío, blasfema... Más fuerte, *Cachano*, más fuerte. (El cuervo profiere graznidos estentóreos. La repugnante bruja estira su cuerpo flácido y esquelético, cual si quisiera horadar el techo con su cráneo.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

DECORACIÓN

Jardín de Dióscoro, como en la jornada segunda.

ESCENA PRIMERA

ATENAIDA, PROTASIA, UN SECRETARIO. La primera está en el cenador escribiendo cartas á máquina, y Protasia le ayuda metiendo las cartas en los sobres.

ATENAIDA

Con esta carta termino las veinticinco que me encargó tu padre.

PROTASIA

(Mirando algunos sobres.) Ayer le escribiste doscientas.

ATENAIDA

Todas dicen lo mismo. Tu padre es un sabio, un profesor eminente.

PROTASIA

¿De qué es profesor mi papá? Dímelo, que ya no me acuerdo.

ATENAIDA

Profesor de inercia. Se comunica con medio mundo por el conducto epistolar. Tratando de política ó de negocios, á sus amigos y á los que no lo son los entretiene con promesas y esperanzas envueltas en alambicadas fórmulas de cortesía. Cuando no le bastan sus tres secretarios, acude á mí para lanzar su pensamiento á los cuatro puntos cardinales. Cuantos lean esto se quedarán maravillados de las bonitas palabras con que tu padre les entretiene. Yo te aseguro que todos los asuntos que tu padre maneja, y son muchos, quedarán como están hoy hasta la consumación de los siglos. (Sale un Secretario del palacio.)

SECRETARIO

Si están las cartas, vengan para la firma.

ATENAIDA

Ahí van. (Protasia da las cartas al Secretario, que se va. Atenaida extiende sobre la mesa una pieza de percal blanco, disponiéndose á cortar.)

PROTASIA

Atenaida, tú no descansas ni un momento; acabas un trabajo y empiezas otro.

ATENAIDA

(Comenzando su labor.) Ese es mi destino. Desde que tuve uso de razón aprendí á emplear mi

actividad en labores diferentes, todas útiles, todas provechosas para mis semejantes. Manipulando sin descanso la materia para transformarla ó embellecerla, se adquiere el conocimiento de todos los secretos de la existencia humana, y de la proyección de lo divino sobre lo humano.

PROTASIA

¡Ay, maestra mía!, por eso sabes tanto. Yo, como soy boba, todo lo ignoro y me contento con admirarte.

ATENAIDA

Voy creyendo, Protasita, que no eres tan boba como parece. Yo te veo como un ser obscuro, como una luz apagada, que puede encenderse y brillar cuando menos se piense.

PROTASIA

Sí, sí, eso soy. Yo me tenía por una criatura dormilona, aletargada en los ensueños; me embobaba con el canto de los grillos, con la charla de las cotorras; odiaba el estudio, me repugnaba toda ocupación. Pero desde ayer me sentí otra; esa luz que tú creías apagada, se encendió en mi almita de repente.

ATENAIDA

(Atendiendo sin suspender su labor.) En efecto; hoy noto en ti...

PROTASIA

¿Quieres que te lo cuente? Pues...

ATENAIDA

(Con gran interés.) Acaba.

PROTASIA

Me sentí otra. Creí salir de las tinieblas de la imbecilidad cuando mi padre me dijo que piensa casarme con Alejandro.

ATENAIDA

¡Oh, sí! Alejandro; el perfecto tipo de gentileza y gallardía. (Cortando tela con mucho brío.)

PROTASIA

Atenaida de mi corazón, enséñame todo lo que sabes. Ya tengo más talento que mis hermanas.

ATENAIDA

Observa lo que hago, y poquito á poco irás aprendiendo.

ESCENA II

LAS MISMAS.—CALIXTA, TEÓFILA, que salen del palacio; después DIÓSCORO, con un SECRETARIO.

TEÓFILA

Atenaida, papá te llama.

ATENAIDA

¿Qué ocurre? ¿Querrá que le escriba más cartas?

CALIXTA

No; se ha descompuesto el teléfono. Ven á arreglarlo.

ATENAIDA

(Recogiendo su labor.) Allá voy. Tengo que estar en todo.

PROTASIA

¿Quieres que lleve arriba tu labor?

ATENAIDA

No, déjala ahí; ven conmigo.

DIÓSCORO

(Que sale del palacio con un Secretario, que trae un montón de cartas.) ¿Por qué no te llevas á éstas que son más listas?

ATENAIDA

Protasia es ahora la más despierta, la más diligente.

DIOSCORO

¡Ah! Puede que tengas razón. ¡Que me place oirte! Anda, anda, arréglame pronto el teléfono. (Vase Atenaida al palacio; tras ella Protasia, muy gozosa, agarrándose á la falda de la maestra.)

ESCENA III

DIOSCORO, CALIXTA, TEÓFILA; después BASILIO

DIÓSCORO

¿Qué hacéis aquí, holgazanas?

CALIXTA

Estábamos repasando la Geografía mientras Atenaida te escribía las cartas.

DIÓSCORO

(Al Secretario.) No te detengas; lleva pronto esas cartas á la estafeta del Senado. (Las dos muchachas detienen al Secretario, y con cierto sigilo le dan cada una una carta.)

TEÓFILA

(En voz baja.) Lleva también éstas.

DIÓSCORO

¿Qué es eso, niñas...? Ya, las esquelitas para los novios. Bueno, bueno, adelante. (Vase el Secretario.)

CALIXTA

Papá, ¿por qué no nos dejas dar un paseíto? Estamos muy aburridas de tanto estudio.

TEÓFILA

Un paseíto largo fuera de casa.

DIÓSCORO

No, no; sois muy traviesas, y...

TEÓFILA

(Con zalamería.) Déjanos, papaíto.

CALIXTA

Seremos muy formales.

DIÓSCORO

Bueno; podéis esparciros por la Gran Avenida, pero... cuidado... Que vaya Basilio con vosotras.

TEÓFILA

(Corre hacia el fondo y llama por señas á Basilio.) Basilio, ven.

DIÓSCORO

Podéis llegar hasta la casa de Pánfilo.

BASILIO

¿Qué manda, señor?

DIÓSCORO

Lleva las niñas á dar un paseo por la Gran Avenida... Paréceme que siento pasos en el jardín.

BASILIO

Son dos señores que han llegado hace un momento. El señor de... no me acuerdo. De esos que llaman hombres públicos, prohombres ó cosa tal.

CALIXTA

(Mirando al foro.) El señor de Cucúrbitas, papá.

TEÓFILA

Y don Eliodoro Cylandros.

DIÓSCORO

Que pasen, que pasen... Y tú, Basilio, cuida de estas cabecitas locas.

BASILIO

Quédese tranquilo, señor. Sé conducir mi ganado. Venid, corderas mías.

CALIXTA

Entraremos en casa del tío Pánfilo, y nos divertiremos hablando con su cotorra. (Las dos muchachas cogen á Basilio cada una por un brazo, y se lo llevan.—Entran Cucúrbitas y Cylandros.)

ESCENA IV

DIOSCORO, CUCÚRBITAS, CYLANDROS

DIOSCORO

(Afectuoso.) Amigos, venís muy oportunamente.

CUCÚRBITAS

Hemos sabido que ha terminado usted la reorganización de nuestra Filantrópica.

CYLANDROS

Con nuevos moldes y amplísima base.

DIOSCORO

Ya he comunicado á los imponentes y á los acreedores la nueva organización de la Sociedad. De ayer á hoy he lanzado al correo mil doscientas cartas. A los morosos les estimulo con hábiles apremios; á los escamones les tranquilizo con halagüeñas esperanzas, y á todos les entretengo persuadiéndoles de mi gran influencia política...

CUCÚRBITAS

Está muy bien, querido Dióscoro; pero lo más urgente es traer nuevas imposiciones.

DIÓSCORO

En ello estoy, amigos. Gracias á mis constantes diligencias tenemos nuevos ingresos, alguno de verdadera importancia.

CYLANDROS

Ya sabemos que Alejandro ha tenido una herencia.

CUCÚRBITAS

Un millón doscientos mil pesos, según creo.

DIÓSCORO

Que tardarán poco en venir de las cajas del Banco á la nuestra. Alejandro es un amigo fiel, y tengo motivos para contar con él incondicionalmente.

CYLANDROS

Pues si menudean las fuertes imposiciones, habremos puesto una pica en Flandes, siempre que conservemos nuestra influencia política con el actual Gobierno ó con el que le suceda.

DIÓSCORO

La fracción que llaman Dioscórida es poderosa dentro y fuera del Parlamento. Nuestro es el presente y el porvenir.

CUCÚRBITAS

No nos entreguemos á un optimismo ciego, querido Dióscoro. Hoy he sabido por buen conducto que es inevitable la crisis en plazo breve.

DIOSCORO

¿Crisis total ó parcial?

CYLANDROS

Parcial, por el momento; pero malo es que se descomponga el armadijo ministerial.

DIOSCORO

Mis noticias son que en caso de crisis ésta se limitará á una ó dos carteras. ¿Usted, querido Cucúrbitas, aceptaría...?

CUCÚRBITAS

(Vivamente.) No; estoy muy á mis anchas en la Presidencia de la Inspección General de Monopolios, plaza inamovible...

CYLANDROS

Por mi parte, no me siento hoy con bastante representación política para desempeñar una cartera.

DIOSCORO

Excesiva modestia, amigo Cylandros.

CYLANDROS

No es modestia, es táctica; aplazamiento de mis aspiraciones para una ocasión oportuna.

DIÓSCORO

Pues yo, si la crisis se plantea pronto, tengo un candidato para Fomento, que representaría cumplidamente la fracción Dioscórida en el Gabinete.

CUCÚRBITAS

Lo adivino. Pánfilo...

DIÓSCORO

No. A mi hermano le sobran méritos, naturalmente, pero no quiere sacrificar su libertad. El y yo deseamos consagrarnos al desarrollo de nuestra Filantrópica... Mi candidato es otro: persona de excepcionales condiciones para el cargo, exquisita prestancia ministerial, palabra fácil y persuasiva.

CUCÚRBITAS

¿Será...? (Oyese dos veces el timbre del teléfono.)

CYLANDROS

¿Podríamos saber...?

DIÓSCORO

No he dicho nada. Permítanme mis queridos amigos que reserve por el momento...

ESCENA V

LOS MISMOS.—ATENAIDA

ATENAIDA

Señor, arreglado está el teléfono.

DIÓSCORO

He oído llamar. ¿Quién era?

ATENAIDA

Primero llamó Alejandro. Después una voz desconocida habló de crisis...

CUCÚRBITAS

¡Oh, crisis!

CYLANDROS

Desde esta mañana circulan rumores...

CUCÚRBITAS

Corramos á enterarnos.

DIÓSCORO

Aguarden un poco. ¿No venían ustedes á recoger la nota de los créditos de la Filantrópica? Aquí traigo el detalle en un sin fin de guarismos; falta sumarlos.

CUCÚRBITAS

(Impaciente.) La recogeremos luego.

DIÓSCORO

Y si no quieren molestarse, yo la mandaré con mi primo Hiperbolos, que ha quedado en venir.

CYLANDROS

Está muy bien. Vámonos, amigo Cucúrbitas, á ver qué hay de crisis.

CUCÚRBITAS

En cuanto suena esa palabra mágica ¡crisis!, todos los españoles andamos de cabeza.

DIÓSCORO

Hasta luego, amigos. (Cucúrbitas y Cylandros estrechan la mano de Dióscoro, y haciendo á Atenaida una reverencia, se van por el jardín.) Oye, tú, Atenaida: toma estas notas de cifras, y súmamelas con exactitud, como tú sabes hacerlo...

ATENAIDA

(Cogiendo los papeles.) Está bien, señor.

DIÓSCORO

Otra cosa: si viene Alejandro, entretenle hasta que yo salga. (Vase por el palacio.)

ESCENA VI

ATENAIDA, ALEJANDRO

ATENAIDA

(Mirando los papeles que le ha dado Dióscoro.) Menuda sarta de números me ha traído ese farolón. Ya tengo para rato. (Empieza á sumar entre dientes.)

ALEJANDRO

¿Está Dióscoro?

ATENAIDA

Hace un momento ha entrado en su despacho. Está perfeccionando el aparato para cazar incautos; ya sabes, la Filantrópica.

ALEJANDRO

Y tú, ¿qué haces?

ATENAIDA

Mucho y nada; sumar, sumar...

ALEJANDRO

Prodigiosa mujer; reducir tantas cifras á una sola sin equivocarse, es tarea reservada á quien como tú lleva en su alma todo el saber humano...: y también el divino.

ATENAIDA

(*Interrumpiendo brevemente la suma.*) Lisonjero, casquivano; siempre que me llamas divinidad, es para burlarte de mí y acentuar más el desprecio en que me tienes.

ALEJANDRO

¿Despreciarte yo? Di que te adoro.

ATENAIDA

Tu adoración es mofa, que ya no debo tolerarte.

ALEJANDRO

¿Pones en duda la pureza y la sinceridad de mis afectos? Pues muy pronto espero darte la mejor prueba de que soy tuyo en cuerpo y alma.

ATENAIDA

Sí; en buena ocasión dejas caer sobre mí tus requiebros falaces. ¿Crees que ignoro á qué vienes aquí? Ya sé que Dióscoro y Pánfilo se proponen casarte con mi discípula Protasia, la más boba de la familia.

ALEJANDRO

Quieren casarme con la boba, sí; pero ya tengo pensado el arbitrio que debo emplear para formular mi negativa sin indisponerme con esos amigos, que podrían hacerme mucho daño.

ATENAIDA

Ya veo tu intención. Sales del paso con un formidable embuste.

ALEJANDRO

El embuste gobierna el mundo; es una idea que se ha posesionado de mí, y que me está dando resultados admirables. Practico el dogma de la Sinrazón.

ATENAIDA

Te has entregado á los espíritus burlones que hoy gobiernan esta sociedad dislocada; pero ten cuidado, Alejandro; mira lo que haces. (Oyese rumor del viento.) ¡Ah!, ya vienen, ya están aquí tus amigos.

ALEJANDRO

Vengan, vengan en buen hora. (Arrecia el viento; suena la fronda movible de los árboles.)

ATENAIDA

¡Ay, ay! Viento maligno, no te lleves mis papeles. El viento quiere llevarse los números. Estos números quizás te pertenecen, viento infame, pero no quiero que te los lleves. (Coge un pisa-papeles y lo pone encima.) Ya tengo los números bien sujetos.

ESCENA VII

LOS MISMOS.—DIÓSCORO, que sale del palacio.

DIOSCORO

Te esperaba, querido Alejandro.

ALEJANDRO

Pues aquí me tienes.

DIÓSCORO

¿Te ha enterado Pánfilo del proyecto de agregarte á nuestra familia?

ALEJANDRO

Sí, enterado y agradecido vengo á decirte...

DIÓSCORO

¿Qué? (Atenaida permanece en el cenador sumando, sin dejar de atender á lo que hablan.)

ALEJANDRO

Que es muy honroso para mí ser esposo de tu hija Protasia, tan bella y candorosa.

DIÓSCORO

Protasia vale mucho, pero su cortedad de genio anubla un tanto sus preciosas facultades.

ALEJANDRO

Así es; su inocencia nativa encubre toda la agudeza del mundo... Mas para que yo tenga el gusto y el honor de ser tu yerno, ha surgido un obstáculo insuperable.

DIÓSCORO

¿Qué obstáculo es ese? Dímelo.

ATENAIDA

(Sumando.) Cero, y van nueve.

ALEJANDRO

Que ya no soy viudo, como creía; mi esposa Helena, á quien yo daba por muerta... Me aseguraron, ya lo sabes, que había perecido en el naufragio del vapor *Perseo,* cuando iba á la Isla de Cuba para reunirse con su madrina.

DIÓSCORO

(Atónito.) ¿Y ahora resulta que está viva?

ALEJANDRO

Sí.

DIÓSCORO

¿Qué me cuentas? Es inaudito.

ALEJANDRO

Helena se salvó en una balsa con otros náufragos, y fué á parar á la Isla del Salvador. De allí la llevaron á Tampa; y como en la travesía de la balsa perdió la razón, la encerraron en un manicomio, donde estuvo más de un año, sin que nadie pudiera saber su nombre ni el mío. Por fin, hace cosa de un mes se aclaró su entendimiento, y pudieron identificar su persona.

ATENAIDA

Cincuenta y cuatro mil trescientos treinta y tres.

DIÓSCORO

(Muy nervioso.) ¿Pero eso es novela, cuento, ó qué demonios es?

ALEJANDRO

Es la pura verdad. Lo he sabido por una carta en inglés que recibí esta mañana.

DIÓSCORO

¿Sabes tú inglés? ¿Estás seguro de que dice...?

ALEJANDRO

Sé lo bastante para entender el sentido...

DIÓSCORO

Dame la carta para que nos la traduzca Atenaida, que sabe todas las lenguas vivas.

ALEJANDRO

Si no he leído mal, la carta dice que Helena continúa trastornada, y que tiene la manía de volver á España para reunirse conmigo; pero yo pienso que no la dejarán venir hasta que recobre su equilibrio mental.

ESCENA VIII

LOS MISMOS.—CALIXTA y TEOFILA, que aparecen por el foro seguidas de BASILIO.

CALIXTA

Papá, papá.

DIOSCORO

¿Qué?

CALIXTA

Hemos llegado, como nos dijiste, hasta la casa de Pánfilo.

DIÓSCORO

Ya, ya; y entraríais para charlar con la cotorra sabia de mi hermano.

TEOFILA

Hablamos con la cotorrita.

BASILIO

Pero no fué la cotorrita, sino don Hiperbolos, quien enteró á las niñas de la gran novedad.

DIOSCORO

¿Qué novedad es esa?

TEOFILA

Papá: milagro, milagro.

CALIXTA

Cosa de magia. Que ha resucitado doña Helena, la mujer de Alejandro.

ALEJANDRO

No ha resucitado; es que no había muerto. Helena está en Tampa.

TEOFILA

Buena Tampa nos dé Dios; está aquí. Protasia se ha quedado compuesta y sin novio.

DIOSCORO

Pero ¿esto es un delirio, ó es burla de mal género? Basilio, ¿te has enterado tú de lo que dicen las niñas?

BASILIO

Señor, yo no he visto nada; pero don Hiperbolos me dijo en la portería que la señora Helena acababa de llegar del otro mundo.

DIÓSCORO

Es inaudito, es para volverse loco. (Aléjase hacia el foro para hablar con las niñas y Basilio.)

CALIXTA

Papá, ¿quieres que volvamos allá?

TEÓFILA

Para enterarnos bien...

DIOSCORO

Esperad un poco.

ATENAIDA

(En el proscenio, con Alejandro.) Los genios burlones se han excedido en favorecerte; no sólo te han resucitado á la mujer, sino que te la traen acá para colmar tu felicidad.

ALEJANDRO

(Caviloso.) No sé, no sé. ¿Qué me aconsejas tú?

ATENAIDA

¿Aconsejarte yo? Te has entregado á la Sinrazón; entiéndete con ella. (Óyese tenue rumor del viento.) ¿Oyes?

ALEJANDRO

(Inquieto, asustado.) ¿Qué es eso?

ATENAIDA

(Jocosa.) Es la carcajada universal. El mundo se ríe de ti. ¡Pobre Alejandro! Disponte á recibir á tu amada esposa.

ALEJANDRO

No puede ser; será un fantasma, un ente de razón.

ATENAIDA

(Riendo.) Cuéntaselo á los mensajeros de la Sinrazón. Ellos se ríen de ti y yo también.

DIOSCORO

(A las muchachas.) Sí, volved allá para que os enteréis bien. Tú, Basilio, hombre de seso, mira bien si se trata de una superchería fantástica ó de un hecho real.

BASILIO

Vamos, niñas. (Vanse los tres.)

DIOSCORO

(Volviendo al proscenio.) Atenaida, la suma.

ATENAIDA

Aquí está, señor. (Mostrándole el papel.) Ochocientas cincuenta y cuatro mil doscientas cuarenta y dos, con siete céntimos.

DIÓSCORO

¿Te habrás equivocado?

ATENAIDA

Es la cifra exacta.

DIÓSCORO

Vete á mi despacho, y mi Secretario te dará otra suma, que agregarás á ésta, y el total se lo entregaremos á Hiperbolos para que lo lleve á su destino.

ATENAIDA

Voy, señor.

DIÓSCORO

Aguarda un momento. Toma esta carta en inglés, y tradúcela al pie de la letra como tú sabes hacerlo; anda, anda. (Vase Atenaida.)

ESCENA IX

ALEJANDRO, DIÓSCORO; después PANFILO

DIOSCORO

¡Ay, Alejandro! Me ha dejado atónito la reaparición de tu mujer, que sale por escotillón como el demonio en las comedias de magia.

ALEJANDRO

Yo no sé qué pensar. Sin duda, en el mismo vapor que trajo la carta que te dí se embarcó

Helena, inducida tal vez por los parientes de su madrina, con la intención aviesa de crearme conflictos.

DIÓSCORO

Aquí viene Pánfilo; él nos dirá...

PÁNFILO

(Entrando presuroso.) En la Gran Avenida me crucé con tus niñas, que vuelven á mi casa... Querido Alejandro, vengo á prevenirte, vengo á prepararte...

ALEJANDRO

Preparado estoy. Las niñas nos trajeron el notición del resurgimiento de mi cara esposa.

DIÓSCORO

Pusimos en cuarentena la especie hasta que tú la confirmaras.

PÁNFILO

Pues la confirmo: Helena está en mi casa.

ALEJANDRO

Es realmente extraordinario.

DIÓSCORO

Nunca pudimos prever...

PÁNFILO

Yo sí; yo lo había previsto. Yo soy la previsión. Tiempo hacía que me rondaba por el ma-

gín la idea de que Helena no había muerto. En resolución, ya es un hecho, y ante los hechos no hay más remedio que afrontar los males que la realidad nos ocasiona.

ALEJANDRO

(Con ansiedad.) ¿Tú has visto á Helena? ¿Cómo está? ¿Cómo viene?

PÁNFILO

Por efecto del naufragio y de su locura, se ha vuelto agria, displicente. Querido amigo, revístete de paciencia y abnegación para soportarla.

ALEJANDRO

¡Buena me ha caído!

DIOSCORO

Según eso, ¿no es aquel carácter bondadoso, angelical, que á todos nos encantaba?

PÁNFILO

Es todo lo contrario: impertinente, irascible. Sus ojos, que antes reflejaban la gracia y la ternura, ahora despiden relámpagos de cólera y rayos de furor. En su labio superior ha crecido el vello, dándole aspecto varonil; gesticula y manotea, y sus dedos crispados son como garras que amenazan fieramente el rostro de los que tienen la desgracia de hablar con ella.

ALEJANDRO

(Anonadado.) ¡Oh, qué desdicha!

DIÓSCORO

¡Es horrible!

ALEJANDRO

¿Y por qué no vino á mi casa?

PÁNFILO

Se equivocó de piso, y llamó á mi puerta.

ALEJANDRO

¿Y qué te dijo?

PÁNFILO

Con frase incoherente, echó pestes contra ti. Del barullo de sus ideas, saqué en limpio esta pretensión: que le entregues, en concepto de gananciales, la mitad de lo que has heredado de tu hermano.

DIÓSCORO

(Irritado.) Eso no puede ser. ¡Qué desatino!

ALEJANDRO

Pues eso me faltaba...

PÁNFILO

No te apures, Alejandro; afortunadamente, tus intereses están ya en manos del prudente

Dióscoro; es decir, en las bien guardadas cajas de nuestra Filantrópica. Ya que no hemos podido labrar tu felicidad casándote con la bella Protasia, seremos fieles custodios de tu capital. Yo poseo, gracias á Dios, todas las cualidades de que tú careces: la previsión, el método, el orden. Yo todo lo había previsto; la venida de esta fiera con objeto de aburrirte y espoliarte. Impuesto tu dinero en nuestra Sociedad, Dióscoro te dará un lucido dividendo para tus gastos personales...

DIÓSCORO

Te sujetaremos, señor manirroto, á un plan metódico y dietético.

ALEJANDRO

(Malhumorado, resignándose.) Está bien... muy bien... yo...

DIOSCORO

Iremos anotándote...

PÁNFILO

(Sacando un libro.) Oye, fíjate. En este libro te abro tu cuenta corriente. Aquí los ingresos, aquí los gastos. Antes de gastar una cantidad, me pides consejo; yo te diré si debes hacer ese dispendio, ó si debes evitarlo. En el primer caso, aunque se trate de una corta suma, yo cuidaré

de anotarlo en tu Debe; en cuanto á los ingresos, iré apuntándote las cantidades que Dióscoro te dé por el cupón de la Filantrópica.

DIOSCORO

Eres un hombre tan distraído y atolondrado, que no podemos dejarte solo.

PÁNFILO

Careces en absoluto de la preciosa cualidad que denominamos previsión. Yo preveré por ti; yo guiaré tus pasos; yo te señalaré la hora á que debes acostarte y levantarte, la extensión que has de dar á tus paseos, ni un metro más ni un metro menos, cada día; las amistades que debes frecuentar...; mucho cuidado con esto; los platos que has de poner en tu mesa, y que yo vigilaré para que no te haga daño la comida; la ropa, las visitas...

DIOSCORO

Eso, eso; cerrar la puerta á los pedigüeños y gorrones.

ALEJANDRO

(Apartándose de ellos se lleva las manos á la cabeza, significando su desesperación y queriendo disimularla.) Está muy bien, amigos; fijadme también los bostezos, estornudos y otros desahogos de aburrimiento que puedo permitirme cada día.

DIÓSCORO

Pero ¿tienes algo que oponer á nuestra desinteresada protección?

PÁNFILO

Te aseguramos una existencia tranquila y decorosa.

ALEJANDRO

(En el colmo de la irritabilidad nerviosa.) ¡Ah! Ya tenemos aquí á la fiera conducida por Hiperbolos. ¡Dios sea conmigo!

ESCENA X

LOS MISMOS.—CALIXTA, TEÓFILA, BASILIO, HIPERBOLOS, HELENA; después ATENAIDA y PROTASIA.

CALIXTA

(Presurosa.) Aquí viene. A mí me arañó esta mano.

TEÓFILA

Y á mí me quiso morder.

DIÓSCORO

(A Basilio.) Tú, mientras esté aquí doña Helena que no pase nadie. (Vase Basilio. Entra Hiperbolos, trayendo cogida del brazo á Helena. Esta es desgarbada, mal vestida, revelando en su figura y empaque su estado mental. Su mirada es siniestra, y su rostro barbado y tostado por el sol.)

HIPERBOLOS

(En estilo campanudo, con pretensiones oratorias.) Aquí tienes, ¡oh Alejandro!, á tu cara mitad. Acógela con benignidad ya que no con amor, y procura que tus palabras no sean acicate de su demencia, sino antes bien, bálsamo que la suavice y atenúe.

ALEJANDRO

¡Oh cara esposa! Quien te vió tierna y apacible, ahora te ve repulsiva, iracunda.

HELENA

(Que desde que entró está como el toro al salir del toril, mirando á todos, dudando á quién embestir primero. Al distinguir á su marido, que se ha retirado hacia la izquierda, corre hacia él furiosa y amenazante.) Ya te veo, pillastre, mal hombre, harto de vicios, que me has abandonado... (Intenta clavarle las uñas en la cara.)

ALEJANDRO

(Defendiéndose.) Por Dios, Helena, repórtate; no me trates así; yo deseo tu bien. (Hiperbolos y las niñas acuden á sujetar á Helena. Aparece Atenaida por el palacio, trayendo á Protasia abrazada por la cintura; éstas se mantienen en discreta expectación.)

HIPERBOLOS

Noble señora, Alejandro y todos los presentes os creímos anegada en la eterna sombra.

HELENA

De la eterna sombra me sacó Dios, para que pueda venir á pedir cuentas á este miserable.

ALEJANDRO

(Con donosa ironía.) Helena, encanto mío, halago de mis días venturosos, rosa temprana; dame tu delicado aroma y guarda tus espinas. (Atenaida con Protasia bajan al proscenio, y se unen á las dos niñas que sujetan á Helena.)

HELENA

Dejadme, soltadme; quiero castigar á ese bandido que me abandonó... Las olas me vomitaron sobre una playa desierta... ¡Ay! En aquellas agonías olvidé mi nombre...; dije que me llamaba Diana, y que mi marido iría en globo á buscarme. Yo miraba al cielo esperando á este tunante, pero el globo no parecía. (Fijándose en Atenaida.) ¡Ah! ya te conozco, embaucadora; no recuerdo tu nombre; lo que sí recuerdo bien es que Alejandro te amó. Durante mi ausencia te has amancebado con mi marido.

ATENAIDA

Señora, ¿qué dice usted?

DIÓSCORO

No la contradigas.

HIPERBOLOS

Asintamos á cuantos disparates diga.

HELENA

(Alelada, mirando en derredor.) ¡Cosa más rara! Por ninguna parte veo al opulento cubano, doctor Nadir, que me trajo desde Tampa...; hombre tan bondadoso, que parece un ángel... En el vapor le vi... ¿Dónde estará?

DIOSCORO

¿Qué dice? (Todos se miran atónitos.)

HIPERBOLOS

No hagáis caso. En esa cabeza no hay una chispa de discernimiento.

ALEJANDRO

(Confuso.) ¿Qué doctor será ese?

PÁNFILO

Debemos recluirla inmediatamente en el sanatorio de Madame de la Pilongue, muy cerca de aquí.

HELENA

Estoy fatigada, quiero descansar.

TEÓFILA

Venga usted á casa, señora.

HIPERBOLOS

El sueño es pausa reparadora en el tormento de las almas.

HELENA

(Medrosa.) ¿Pero esta casa es segura? ¿No habrá en ella... animales dañinos ó materias explosivas?

PROTASIA

Lástima que mis grillos no fueran caimanes ó panteras.

HIPERBOLOS

Explosiones hay, señora, pero son de caridad, de amor al prójimo. Venga usted tranquila. (La llevan hacia la casa; delante va Calixta; sigue Helena conducida del brazo por Hiperbolos y Teófila. Protasia se dirige al cenador, donde está Alejandro sentado, los codos apoyados en la mesa y las manos en la frente.)

HELENA

(Balbuciente, extraviados los ojos.) Nadir, doctor mío, ¿dónde estás? (Sigue hacia la casa.)

PÁNFILO

Llevadla con cuidado. Voy yo también con vosotras. (Entran en el palacio.)

ESCENA XI

DIOSCORO y ATENAIDA, en el proscenio; ALEJANDRO y PROTASIA, en el cenador.

ATENAIDA

Ya dejé en la secretaría la nota de las cantidades sumadas.

DIÓSCORO

Está bien.

ATENAIDA

Y aquí está la traducción de la carta en inglés que usted me dió.

DIÓSCORO

¡Ah! ¿Qué dice? Léenosla. Alejandro, ven.

ATENAIDA

Después de lo que ya saben ustedes, la única advertencia interesante es que cuando la sedación se manifiesta en la enferma, sus instintos homicidas se truecan en monomanía suicida.

DIÓSCORO

¿Y quién firma?

ATENAIDA

Ene.

ALEJANDRO

¿Y quién es ene?

ATENAIDA

Tú sabrás.

DIÓSCORO

¡Qué laberinto! ¡Qué confusión nos ha traído esa mujer!

ESCENA XII

LOS MISMOS.—PÁNFILO é HIPERBOLOS, que salen de la casa; después BASILIO.

PÁNFILO

Ahora está tranquila.

DIÓSCORO

Pues aprovechad esta ocasión, y pongámosla sin demora en manos de Madame de la Pilongue, la gran profesora de Psiquiatría.

ALEJANDRO

Pronto, pronto.

PÁNFILO

Yo me encargo del transporte de la fierecilla. La sacaremos por el patio de las cocheras. (Óyese el silbato de un automóvil, que se detiene en la puerta del jardín.) ¿Quién viene?

DIÓSCORO

Ya he dicho á Basilio que no recibo á nadie.

BASILIO

(Presuroso, por el foro.) Señor, el automóvil del Presidente del Consejo.

DIOSCORO

¿Pero es él?

BASILIO

No; es el Secretario... Trae para usted esta carta urgentísima.

DIOSCORO

(Cogiendo el papel.) ¿Y se ha ido?

BASILIO

No, señor; dice que viene á llevársele á usted.

HIPERBOLOS

¡Crisis! Se ha confirmado el rumor de esta mañana.

DIOSCORO

(Leyendo rápidamente la carta.) Me llaman para consultarme.

PÁNFILO

Naturalmente, como jefe que eres de la fracción Dioscórida en el Parlamento. Vete pronto.

DIOSCORO

¿Vienes tú?

PÁNFILO

No; yo me quedo para conducir á Helena...

DIOSCORO

Atenaida: mi sombrero, mi bastón; hazme el favor... (Entra Atenaida en el palacio rápidamente; Protasia trata de irse también, asida á la falda de Atenaida.) Protasia, ven; óyeme. (Cogiendo de la mano á su hija.) Fíjate en lo que te digo. Mientras yo esté ausente, entretienes á Alejandro; dile palabras cariñosas, y... ten cuidado de que no se te escape alguna tontería. (Vuelve Atenaida con el sombrero y el bastón.) Tú, Hiperbolos, quédate aquí, y que cuando yo vuelva no esté en mi casa esa mujer.

HIPERBOLOS

Hoy no se sabrá nada; la crisis será laboriosa; hay muchas ambiciones, pero la fracción Dioscórida es la más fuerte.

DIOSCORO

Aquí nos veremos luego. (Vase por el foro.)

PÁNFILO

(Muy zalamero.) Atenaidita, primorosa maestra, no te me muevas de aquí, que tengo que hablar contigo y esta es la mejor ocasión... (Vase con Hiperbolos por el palacio.)

ESCENA XIII

ATENAIDA, ALEJANDRO, PROTASIA

PROTASIA

Pues no da poco que hacer esa fantasmona. ¡Qué bien nos vendría que se suicidara ella misma!

ATENAIDA

Protasia, ¿por qué no vas á ver si se la llevan ya?

PROTASIA

Déjame aquí.

ATENAIDA

Haz lo que te mando. Ya me parece que salen. Vete á ver...

PROTASIA

(De mala gana.) Voy corriendo. (Vase por el foro derecha.)

ATENAIDA

Alejandro, ¿estás contento? ¿Te satisface la situación en que te han puesto tus amigos los espíritus burlones?

ALEJANDRO

(Confuso y caviloso.) No sé qué decirte; ilumíname tú, amiga del alma.

ATENAIDA

¿Que yo te ilumine? Pues óyeme. Te encuentras amenazado por tres figuras monstruosas. La fiera menos temible es tu pobre mujer. Los monstruos que han de devorarte son: el Cocodrilo de insaciable voracidad...

ALEJANDRO

Dióscoro.

ATENAIDA

Y el Rinoceronte de la previsión, que con sus armas formidables te vencen, te subyugan, y apoderándose de tu riqueza, quieren hacer de ti un ser abúlico, un maniquí. (Óyese el ruido del ventarrón, que comienza suavemente.)

ALEJANDRO

No, eso no será.

ATENAIDA

Pues para que no sea, para que recobres tu albedrío, acógete al fuero de la Razón y la Verdad.

ALEJANDRO

No me pidas que vuelva al terreno que abandoné, escarmentado por crueles y reiteradas desdichas. Se ha metido en mi cerebro la idea de que el mundo actual está gobernado por la in-

visible fuerza de la mentira provechosa, del derecho irónico. Si la Sinrazón es hoy dueña de los humanos destinos, al amparo de esta fuerza me pongo, y con ella me libraré del Cocodrilo y del Rinoceronte, y buscaré un arbitrio legal para romper mis lazos con la desdichada Helena y... (Atenaida prorrumpe en risa.) Qué, ¿te ríes?

ATENAIDA

Sí; me río de tu ceguera, de tu obstinación. (Óyese más fuerte el ruido del viento, y empiezan á agitarse las ramas de los árboles.) Ya los tienes aquí.

ALEJANDRO

¿Qué?

ATENAIDA

Tus amigos. Es la onda de los seres burlones que, según tú, gobiernan la humanidad en esta minúscula parte del Universo. Invócalos; pídeles lo que anhelas, para enmendar las desdichas que ellos mismos te han traído. Mereces que te atiendan.

ALEJANDRO

No te burles. No me aparto de mi creencia; lo absurdo impera. (Arrecia el viento; óyense diferentes rumores misteriosos en la plenitud atmosférica. Alejandro recorre la escena muy excitado y nervioso, mirando al cielo; eleva sus brazos, se golpea el cráneo.)

ATENAIDA

Y qué. ¿Has hecho ya tu invocación á la falange burlona?

ALEJANDRO

(Con firmeza.) Sí, y de ello no me arrepiento. Voy resueltamente por la vereda que me señala mi destino; persigo mi bienestar, mi felicidad, que al término de esta carrera ha de ser también la tuya... No me riñas; no muestres desconfianza ni enojo.

ATENAIDA

(Con serenidad.) Si estoy tranquila y confiada. Ya lo sabes.

ALEJANDRO

Veo que te encierras en una ironía dulce, y oponiéndote á mis designios, me aplicas el correctivo bondadoso que suele aplicarse á los niños traviesos. ¿Por qué te opones sistemáticamente á mis designios antes de conocerlos?

ATENAIDA

Si ya los conozco. ¿Crees tú que esta pobre mujer no sabe lo que has pedido á tus divinidades tutelares? Tus pensamientos determinan acción refleja en tu corazón, y los latidos de tu corazón repercuten en el mío. (Llevándose la mano al corazón.) Y esta entraña que es todo mi ser,

bien lo sabes, Alejandro, me ha dicho que lo que has pedido es ser ministro en la próxima crisis.

ALEJANDRO

(Pasmado.) Es verdad. (Estrechándola las manos.) Y pues eres tú la personificación de la humana sabiduría, dime ahora si obtendré lo que pido.

ATENAIDA

Sí. Reconozco en ti al hombre de corazón generoso, de clara inteligencia, pero que no atesora en su carácter la energía indispensable para gobernar á los pueblos. Es absurdo, querido Alejandro, es contrario á toda lógica y al sentido común que tú seas ministro; pero por eso mismo, porque ello es absurdo, porque es ilógico y desatinado, tus protectores te darán la cartera.

ALEJANDRO

(Con alegría.) ¡Oh! Que la tenga yo, y veremos.

ATENAIDA

Falta saber si podrás resolver los problemas inmediatos; librarte del Cocodrilo y del Rinoceronte, y anular de algún modo la funesta resurrección de tu mujer.

ALEJANDRO

Todo eso haré y mucho más; pero oye, Atenaida de mi alma: si quieres darme aliento para

salir airoso, dime que estarás á mi lado en la lucha que me espera.

ATENAIDA

Estaré á tu lado; me pasaré... temporalmente, fíjate bien, al bando de la Sinrazón.

ALEJANDRO

(Muy gozoso, estrechándola las manos.) ¡Ay, qué alegría me das!

ATENAIDA

Espérate un poco. No sacrifico yo la solidez de mis ideas á la fragilidad de las tuyas sin imponerte una condición.

ALEJANDRO

¿Cuál? Dímelo pronto.

ATENAIDA

Que no consagres exclusivamente tu vida ministerial á las menudencias burocráticas en interés tuyo y de tus amigos, y que hagas algo, Alejandro..., algo que ilustre tu nombre y...

ALEJANDRO

Ya te entiendo, sí: algún proyecto de interés general, nacional. ¡Oh, sí; la patria...! La patria es lo primero... Eso lo hacen todos; es cosa fácil. Yo tengo aquí (con el índice en la frente) ideas her-

mosas, planes de regeneración, de cultura; y si á ti se te ocurre algo, mujer superior, si tu estro divino te sugiere alguna idea deslumbrante, dímela... Desde luego puedes dármela explanada en un proyecto de ley...

ATENAIDA

Está bien; y si es razonable lo que yo te sugiera, has de hacerlo tuyo. Es la condición que has de cumplir si quieres tenerme á tu lado.

ALEJANDRO

Conforme; adelante. (Se suaviza lentamente el ruido del ventarrón. Aparece Protasia brincando por el foro derecha.)

PROTASIA

(Jadeante.) Atenaida, Alejandro. ¿No sabéis lo que pasa?

ALEJANDRO y ATENAIDA

¿Qué?

PROTASIA

Que doña Helena se ha escapado... En el fuerte huracán salió disparada...; sus faldas eran como alas...; no corría, volaba... Hiperbolos y mis hermanas fueron tras ella, sin poder alcanzarla.

ATENAIDA

¿Qué dices, niña?

PROTASIA

Que desapareció en las excavaciones. Hiperbolos, mi tío y mis hermanas, zarandeados por el huracán, vuelven hacia acá. Allá quedan Basilio y los demás criados buscando á la tarasca.

ESCENA XIV

ALEJANDRO, ATENAÏDA, PROTASIA, PÁNFILO, HIPERBOLOS, CALIXTA, TEÓFILA

CALIXTA

(Sin aliento, del mucho correr.) Desapareció.

HIPERBOLOS

Se perdió en las hondonadas de donde sacan el sulfato de cal, vulgarmente llamado yeso.

CALIXTA

(Mostrando sus vestidos destrozados.) Miren cómo me he puesto.

TEÓFILA

Yo metí las dos piernas hasta las rodillas en un fangal.

PÁNFILO

(Respirando con dificultad.) Se perdió en las hondonadas. Yo no he podido seguir. Allá quedan los criados buscándola. Desde que empezó á so-

plar el huracán y noté lo descompuesta que iba la señora, comprendí que se nos escaparía.

ATENAIDA

(Dulcemente irónica.) Don Pánfilo: díganos todo lo que usted ha previsto, para que podamos prepararnos...

ALEJANDRO

Para que los acontecimientos próximos no nos cojan desprevenidos.

PÁNFILO

Os daré cuenta de mis previsiones en el momento actual. Lo primero que debo anticiparos es que estoy decidido á sacrificarme aceptando una cartera en la próxima crisis.

ALEJANDRO

Te felicitamos cordialmente.

CALIXTA

¡Viva el tío Pánfilo, ministro!

TEÓFILA y PROTASIA

¡¡Vivaaa!!

ATENAIDA

(Aparte á Alejandro.) No hagas caso de ese imbécil; el ministro eres tú.

CALIXTA

(Mostrando sus vestidos desgarrados.) Vamos á mudarnos de ropa.

TEÓFILA

Estamos indecentes.

PROTASIA

Me caí por un talud y estoy perdida de fango.

CALIXTA

Atenaida, ven con nosotras.

PÁNFILO

No, no; Atenaida se queda aquí; yo se lo mando... Alejandro, Hiperbolos, bien podríais llegaros á la Presidencia y enteraros del resultado de la crisis; Dióscoro tarda.

ALEJANDRO

Aunque es seguro que serás ministro, iremos á ver...

HIPERBOLOS

Entiendo yo que aunque la crisis tarde en resolverse, tu candidatura flotará sobre el revuelto piélago de las ambiciones.

PÁNFILO

Preveo mi sacrificio en aras de la patria.

ALEJANDRO

A la Presidencia.

HIPERBOLOS

Pronto sabrás lo que hubiere. (Vanse Alejandro é Hiperbolos por el jardín.)

ESCENA XV

ATENAIDA, PÁNFILO

PÁNFILO

Ya estamos solos... Quiero decirte... Tú, que eres tan lista, habrás comprendido...

ATENAIDA

Sí, señor, lo he comprendido.

PÁNFILO

Aunque soy la misma reserva, no he podido ocultar el dulce afecto que siento por ti. Admiro tus virtudes, tu soberano talento y agudeza...

ATENAIDA

Lisonjero, meloso...

PÁNFILO

Mis sentimientos hacia ti van ahora más lejos de lo que tú podrías suponer. Tiempo ha

que batallo con la idea de complicar tu existencia con la mía; es, á saber: concertar, armonizar mejor dicho, nuestras voluntades de un modo permanente... Esto lo sabías tú, picarilla.

ATENAIDA

Lo sabía, sí, señor.

PÁNFILO

Y á propósito. ¿Recibiste un magnífico Diccionario enciclopédico, histórico, biográfico, etcétera, etc., que te ofrecí por conducto de una diligente mandadera?

ATENAIDA

Sí lo recibí. Es una obra sumamente instructiva, y pienso aprendérmela de memoria para dar extensión á mis conocimientos.

PÁNFILO

(Satisfecho.) Ajajá. Bien decía yo que el mejor obsequio para ti era esa pirámide de la ciencia humana. Pues bien, encantadora mujer: quiero que desde hoy me consagres tu existencia, que seas mía, resueltamente mía.

ATENAIDA

(Risueña.) Esto que usted me dice ya lo había yo previsto.

PÁNFILO

Previsores los dos; eso me gusta. Si estamos de acuerdo, te diré que, terminada la educación de las niñas, que pronto se casarán, la gran maestra, la infatigable trabajadora, se dedicará exclusivamente á ser Pánfila de este Pánfilo.

ATENAIDA

(Vivamente, riendo.) Pues dígame en qué condiciones voy á ser yo doña Pánfila.

PÁNFILO

Quiero poner las cosas en su punto, y no prometer más de lo que puedo dar. En tu elevado criterio te harás cargo de que yo no puedo casarme contigo.

ATENAIDA

¡Claro! Un señor de alta posición, que será ministro mañana ó pasado, ¿cómo ha de casarse con una mujer desvalida que vive de su trabajo?

PÁNFILO

(Vivamente.) Si nos entendemos, tu subsistencia corre de mi cuenta. Junto á mí tendrás un bienestar tranquilo y modesto. Tú me conoces.

ATENAIDA

(Con sorna.) Ya lo creo que le conozco. Es usted el método, la previsión, el orden...

PÁNFILO

Justo, eso soy. Vivirás en mi casa; cuidarás de mi ropa, de mi comida...; tendrás la casa limpia y resplandeciente como los chorros del oro.

ATENAIDA

Muy bien, muy bien. ¡Qué vida tan deliciosa!

PÁNFILO

Deliciosa; bien puedes decirlo. Serás libre, sometiéndote, naturalmente, al régimen metódico y reglamentario que es el ser de mi ser.

ATENAIDA

Ya sé, ya sé. Tendré que llevar en un libro el Debe y Haber del gasto doméstico; mediré los pasos, contaré los minutos...

PÁNFILO

Justo, justo. No saldrás de casa sin mi permiso, y tus salidas han de ser motivadas por alguna diligencia necesaria. De antemano fijarás las calles que has de recorrer y el tiempo que has de tardar.

ATENAIDA

Para eso no he de violentarme; pues ya sabe usted, señor don Pánfilo, que en método y reglamentación de la vida, allá nos vamos usted

y yo. También me será fácil medir el compás que hemos de llevar cuando comamos: cucharada usted, cucharada yo; los pasos que he de dar desde el gabinete á la cocina...

PÁNFILO

No; á la cocina no tienes que ir más que á dar órdenes. Los servicios de cocinera, planchadora y demás, serán desempeñados por mujeres que yo mismo designaré, y á las cuales les impongo la rigurosa disciplina de no hablar dentro de las paredes de mi casa.

ATENAIDA

Sólo usted y yo tendremos derecho al uso de la palabra. Y á la cotorra charlatana que tiene usted en su casa, ¿cómo la reduciremos al silencio?

PÁNFILO

A mi primo Hiperbolos, que fué quien me la dió, se la devolveré para que la perfeccione en el arte oratorio. Conque ya sabes: á mi casa no traigas visitas, ni á ninguna persona de tu familia. Como he de pasar gran parte del día en el Ministerio, te prohibo que durante mi ausencia entre nadie en casa. Rompe toda clase de relaciones con tus parientes; todos tus cariños han de ser ya para mí. ¿Estamos conformes?

ATENAIDA

Sí, señor.

PÁNFILO

Pues ya sabrás quién es Pánfilo.

ATENAIDA

Y ya sabrá usted quién es Atenaida. (Entra por el foro Hiperbolos.)

ESCENA XVI

LOS MISMOS.—HIPERBOLOS

HIPERBOLOS

Aunque la crisis no está resuelta, ya se sabe quién será ministro.

PÁNFILO

Me sacrifico, me sacrifico...

HIPERBOLOS

Nò necesitas sacrificarte, querido Pánfilo, porque el ministro será Alejandro. No viene conmigo, porque le dejé en la Presidencia.

PÁNFILO

(Estupefacto al principio; luego se rehace.) ¡Oh! Alejandro... Sí, sí; yo lo había previsto. Ya dije á Dióscoro que no me conviene sacrificarme (diri-

giéndose á Atenaida); quiero conservar mi libertad. Ese pobre Alejandro no hará más que lo que queramos nosotros.

ATENAIDA

Alejandro es materia blanda y generosa.

PÁNFILO

Tomará la forma que queramos darle. Tú nos ayudarás en esto.

ATENAIDA

Ya lo creo que ayudaré.

PÁNFILO

Y todo lo arreglaremos á nuestro gusto. Cuento contigo. (Dirígese á Hiperbolos.)

ATENAIDA

(Aparte.) Y esta pobre Atenaida cuenta con la divina justicia. Necios, villanos; temblad. ¡Ahora yo soy la ministra, yo, yo!

TELÓN

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA

JORNADA TERCERA

CUADRO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

ATENAIDA, que, meditabunda, sale de su casa en las primeras horas del día, llevando un saquito en la mano.

ATENAIDA

Hoy salgo de mi casa con la inflexible determinación de que no se prolongue un día más la ansiedad en que vivo. En mi mente llevo grabadas con caracteres de fuego estas palabras: Ó vida ó muerte. Muerte, querrá decir que todo ha concluído para mí en este mundo; y si la vida prevalece sobre la muerte, significará, ¡oh Alejandro mío!, que habré logrado sacarte de la vorágine tenebrosa de la Sinrazón. Resuelta voy á lograr este fin supremo. (Detiénese y contempla su casa con melancólica ternura.) ¡Adiós, generosa familia que me has dado albergue! ¡Humilde casa, mansión de paz, ni muerta ni viva he de volver á ti! (Sigue andando lentamente sin apartar su mirada del suelo.) Alejandro, amado mío, voy en tu busca. ¿Te encontraré en el Ministerio? ¿Estarás

en tu casa, ó en la de don Dióscoro? No sé..., no sé. (Indecisa, acorta su paso y llega á una encrucijada, donde se le ofrecen dos distintos caminos. Decidiéndose al fin, se mete por una callejuela.) Por aquí llegaré más pronto á la casa de Alejandro. (Encuéntrase en una plazoleta solitaria, donde se ven las ruinas de un caserón destruído por el fuego veinte años ha, y que aún espera su reedificación. Detiénese por súbita inmovilidad de todos sus miembros, cual si estuviera bajo la influencia de una voluntad misteriosa. Hacia ella avanza una mujer.)

ESCENA II

ATENAIDA, DOÑA REBECA; después NADIR, ZAFRANIO, ARIMÁN

ATENAIDA

(Tratando de recobrar su movilidad.) ¿Quién es usted? Déjeme seguir.

REBECA

(Levantando el velo de ala de mosca, que cubre su rostro mofletudo y herpético.) ¿No me conoces, hija mía?

ATENAIDA

Yo no soy hija de usted. Déjeme libre el paso.

REBECA

Aguarda. No quiero hacerte daño. Te he visto salir de tu casa, y ya sabía que tus pasos te

traerían hacia aquí. Óyeme; nada temas. Lo que tengo que decirte ha de serte muy grato... Ya sé que vas á casa de Alejandro... Él y tú estáis de norabuena. Ya podréis casaros. Serás ministra.

ATENAIDA

Cállese, embustera.

REBECA

Podrás casarte, porque Alejandro sigue tan viudo como antes estaba. Doña Helena no ha resucitado. Todo ha sido una broma. (Atenaida siente rebullicio de pasos y risas entre las ruinas. Aparecen dos hombres, que se acercan haciendo eses como los borrachos.) Si no crees mi palabra honrada, te la confirmarán estos dos amigos, Nadir y Zafranio, autores de la farsa graciosa que has podido aplaudir en la casa de don Dióscoro, el papá de tus discípulas.

ATENAIDA

(Consternada.) Nadir, Zafranio. ¡Dios de la verdad! ¡Ampárame contra tus enemigos!

NADIR

(Con frase dulzona.) No reniegues de nosotros, que te queremos bien, Atenaidita, y nos interesamos por tu felicidad. Yo armé la donosa ficción de resucitar á doña Helena. Yo puse los telegramas y redacté las cartas que anunciaban la

locura de la Marquesa de Rodas, y mi compañero Zafranio, queriendo dar al bromazo caracteres de mayor verosimilitud, inventó la comedia de llevar á Ursaria en figura carnal la persona de doña Helena...

ZAFRANIO

Yo soy imaginero, y construyo figuras de aparente vitalidad carnal; las pinto, las arreglo y las visto, dándoles además el suficiente don de palabra para que hablen como las almas del otro mundo.

NADIR

Este fué el que trajo á Ursaria el mascarón que viste.

ZAFRANIO

Y cuando la llevaban al sanatorio la arrastramos á las excavaciones, y allí la puedes ver arrojada en el suelo, medio deshecha.

NADIR

No es ya más que un montón de carne putrefacta, cartón, caña y trapos.

REBECA

¿Lo que has oído no te satisface? Aunque estás calladita, tu interior se transparenta; veo tu alegría...

ATENAIDA

(Con supremo esfuerzo, se sobrepone á la sugestión que la enmudece.) Alegría, no: desprecio, repugnancia.

NADIR

Maestrita juiciosa, no respondas con vituperios á la simpatía que tenemos por ti.

REBECA

Sé agradecida. Vente á nuestro campo. Te elevaremos al tálamo del ministro.

ZAFRANIO

Ó á lugar más alto.

ATENAIDA

(Oprimiéndose el pecho y aspirando fuertemente quiere hablar; mas sólo consigue articular monosílabos.) No... no. (Preséntase de súbito Arimán, que cae junto al grupo como si se lanzara del paredón más elevado de las ruinas. Al verle Nadir y Zafranio se apartan medrosos.)

ARIMÁN

Bellacos, traidores; buscándoos vengo desde el amanecer para castigar vuestras travesuras.

NADIR

No somos tus inferiores; somos tus iguales.

ARIMÁN

Iguales, no. En este círculo infernal mando yo.

ZAFRANIO

Mandamos los tres.

ARIMÁN

¡Miserables! Habéis roto la unidad del poder demoníaco. (Con mayor furia.) Largaos de aquí, y no salgáis de vuestras guaridas hasta que yo os lo ordene.

NADIR

Nos iremos cuando nos acomode.

ARIMÁN

(Acometiéndoles.) ¡Fuera, fuera! (Se cruzan entre ambos chispazos de un fuego lívido, restallante. Huyen Nadir y Zafranio.) Y tú, vieja leprosa, ¿qué haces aquí atormentando á esta pobre mujer? (Le da un fuerte puntapié, y desaparece Rebeca como pelota lanzada muy lejos.)

ATENAIDA

(Respirando fuerte como quien despierta de una pesadilla.) ¡Ay!

ARIMÁN

(Muy solícito y amable.) Maestra insigne: esos bribones te han atormentado, pero aquí estoy yo para defenderte y ponerme á tu servicio. Te han privado del uso de la palabra.

ATENAIDA

Sí.

ARIMÁN

Te han impedido todo movimiento.

ATENAIDA

Sí, sí.

ARIMÁN

Pues ya eres libre, ya puedes andar.

ATENAIDA

(Dando algunos pasos.) Ya puedo andar.

ARIMÁN

(Siguiéndola.) Óyeme.

ATENAIDA

(Deteniéndose.) Dispénseme, doctor; voy á mis obligaciones.

ARIMÁN

Un momento... Yo te he salvado de la ignominia, de la muerte quizá. Podría yo retenerte aquí, mas no lo haré. Te doy libertad.

ATENAIDA

Gracias.

ARIMÁN

Libertad á condición de que me adores, de que reconozcas mi poder absoluto en el círculo de Ursaria.

ATENAIDA

No reconozco aquí ni en ninguna parte más poder que el de Dios omnipotente.

ARIMÁN

Pero Dios omnipotente no te dará lo que yo te daré. Yo te estimo, reconozco tus singulares méritos; yo los recompensaré haciéndote reina.

ATENAIDA

¿Reina?

ARIMÁN

Reina de Ursaria. Te casaré con Dióscoro. La voluntad del Patriarca Filantrópico es mía; ya la tengo bien segura.

ATENAIDA

(Tímidamente, queriendo eludir la terrible fascinación de los ojos de Arimán.) ¿Puedo seguir?... Voy á mis quehaceres.

ARIMÁN

No quiero ni debo retenerte más tiempo. Soy tu amigo; anhelo mirar por ti, engrandecerte, hacerte dichosa... Ya lo ves: al tutearte, te doy la mejor prueba de estimación. Confía en mí.

ATENAIDA

(Temblorosa, deseando escapar.) Sí, sí; pero déjeme seguir.

ARIMÁN

Un momento no más para decirte, insigne mujer, que á las altas cualidades que te adornan debes añadir la que te falta... ¿No lo entiendes? Para ser perfecta te falta una noble ambición.

ATENAIDA

(Que en su sobresalto se decide á formular un tímido asentimiento para poner término al angustioso asedio.) Bueno, bueno, doctor; lo pensaré. (Advirtiendo que disminuye la fatal atracción, evoca toda su firmeza, y con pies ligeros emprende su camino.)

ARIMÁN

(Sin moverse, viéndola partir.) Atenaida. Ya te tengo. Tú serás reina. (Atenaida, á medida que se aleja redobla el paso. Sin mirar hacia atrás, oye de nuevo, muy lejano, el fatídico presagio.) Tú serás reina. (Y sintiéndose dueña de su voluntad y de su locomoción, corre gozosa como el pajarillo que logra escapar á la fascinación de la serpiente.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Jardín de Dióscoro, como en las jornadas segunda y tercera.

ESCENA PRIMERA

PROTASIA, que sale del palacio cautelosa. BASILIO, en el jardín; después el SANTO PAJÓN.

PROTASIA

¿Le has encontrado? ¿Viene ya?

BASILIO

Sí, niña; ya llega.

PROTASIA

Ábrele pronto.

BASILIO

La verja dejé abierta. (Mirando hacia el foro.) Ya le tenemos aquí. Santo Pajón, adelante.

PAJÓN

(Entrando.) Alabado sea Dios. ¿Qué quiere mi niña?

PROTASIA

(Sacando un puñado de perras.) Pajoncito, mira todo lo que voy á dar hoy á tu Niño para que me conceda una cosa. (Va echando monedas por la abertura del cepillo.) Esto no lo esperabas tú.

PAJÓN

(Gozoso.) Bendito sea el ángel de esta casa.

BASILIO

Ande la órdiga.

PAJÓN

El Niño te concederá lo que le pides si ello es cosa buena. Por ejemplo, que se cure un enfermo, que parezca una cosa perdida...

BASILIO

(Con sorna.) Ó que no parezca...

PROTASIA

Cállate la boca, tonto... En fin, si me lo concede, le daré un duro cambiado en pesetas para que entren por el agujerito.

PAJÓN

Está bien, hija de mi alma, y si me das licencia me voy; tengo que recorrer todo este barrio.

BASILIO

(Empujándole.) Hala, Pajón; vete ya, y que te siga la buena sombra.

PAJÓN

Adiós, adiós. (Vase.)

PROTASIA

(Que mira hacia el foro.) Alguien viene.

BASILIO

El señor de Hiperbolos.

PROTASIA

(Vivamente.) Me vuelvo á casa. (Vase corriendo por el palacio.)

ESCENA II

BASILIO, HIPERBOLOS

HIPERBOLOS

Dime: ¿se ha sabido algo más de la desaparición de doña Helena?

BASILIO

Es positivo que se cayó en una cisterna que hay en las excavaciones. Esta mañana bajaron Dionisio y otro criado, y hallaron...

HIPERBOLOS

¿Un cadáver?

BASILIO

Más que cadáver verídico, era un muñeco de cañas, cartón y trapos...

HIPERBOLOS

¡Cosa más rara!

BASILIO

Yo digo que es como función de magia ó brujería.

HIPERBOLOS

¿Está Dióscoro arriba?

BASILIO

No, señor; creo que ha ido á la junta de accionistas Filantrópicos.

HIPERBOLOS

Y á don Alejandro, ¿le viste por aquí esta mañana?

BASILIO

Sí, señor; estuvo muy temprano, y aquí mismo entregó á don Dióscoro un documento para que lo leyera. Debe de ser cosa gorda... cosa del Gobierno. (Mirando por el fondo.) Aquí vuelve ya don Alejandro.

HIPERBOLOS

Me alegro. Déjanos solos. (Vase Basilio y entra Alejandro.)

ESCENA III

HIPERBOLOS, ALEJANDRO

ALEJANDRO

Ya sé por Basilio que Dióscoro no está en casa.

HIPERBOLOS

Creo que no tardará. Esperémosle aquí. (Se sientan.) Veo, querido Alejandro, que la vida ministerial le causa á usted enorme fatiga.

ALEJANDRO

(Con muestras de cansancio y aburrimiento.) Sí, estoy fatigado... de no hacer nada. En los días que llevo de este ajetreo, mi única labor ha sido atender al cúmulo de recomendaciones que llueven sobre mí. Sólo Dióscoro y Pánfilo me llevan diariamente unas notas verdaderamente aterradoras. Que ascienda á fulanito; que conceda tal prórroga á un contratista; que modifique el reglamento A, para que pueda hacerse el chanchullo B. Pero no hay más remedio que complacer á los amigos que nos sostienen en el Ministerio contra viento y marea.

HIPERBOLOS

Para contentar á la plana mayor del partido, ha tenido usted que promulgar Reales

órdenes que anulan el espíritu y la letra de las leyes.

ALEJANDRO

Á esa martingala damos el nombre ampuloso de reorganización de servicios. Hoy mismo he mandado á la *Gaceta* una Real orden modificando las bases de ingreso en no sé qué plazas. Eso he tenido que hacer para que el niño segundo del Marqués de Casatrolas entre en plantilla sin oposición. En Obras públicas, en Ferrocarriles, en servicio Agronómico y en Minas, estoy prodigando cuantas mercedes, prórrogas y tolerancias me pide el interés particular. Es un mareo, una vida imposible.

HIPERBOLOS

Conozco esa vida. Tan enfadosa era para mí, que me consideré muy dichoso el día en que salí del Ministerio.

ALEJANDRO

Pero usted, querido Hiperbolos, al abandonar el Gobierno, cuidó de fortalecerse y redondearse en su vida ulterior.

HIPERBOLOS

Naturalmente. Yo goberné con manos harto limpias y con acrisoladísima conciencia. Antes

que terminara mi gestión ministerial admití el cargo de Consejero de administración en diferentes organismos industriales, y hoy gozo honradamente diez y ocho sueldos, que son merecido galardón de una vida laboriosa.

ALEJANDRO

Muy bien, querido Hiperbolos; con esas diez y ocho brevas, la vida es una delicia.

HIPERBOLOS

Buen tonto será usted si no sigue mi ejemplo: mirar por la casa propia antes que por las ajenas. Estas brevitas son la compensación de los favores que usted hace hoy á las poderosas Compañías.

ALEJANDRO

No echaré en saco roto esa lección.

HIPERBOLOS

Y otro consejo daré á usted.

ALEJANDRO

Venga.

HIPERBOLOS

Que en el torbellino de gobernar y legislar para los amigos, no olvide, mi querido Alejandro, que está usted obligado al engendro de un

proyecto de ley, de esos que deslumbran á la opinión y embelesan á las muchedumbres.

ALEJANDRO

No me descuido en eso; ya tengo mi aparato deslumbrante y...

HIPERBOLOS

Mucho cuidado, amigo mío; esos proyectos de puro relumbrón son casi siempre estériles en la práctica; el país mismo resulta indiferente á estas innovaciones de pura bambolla; de ellas sólo queda la refulgente aureola del que las concibe y se retira del Gobierno sin ejecutarlas.

ALEJANDRO

No me contentaré yo con la aureola: aspiro á que mis elevadas concepciones en beneficio de mi patria sean una realidad en el presente y en el porvenir.

HIPERBOLOS

Pero no se lanzará usted á tales aventuras sin consultar antes con Dióscoro, jefe indiscutible de nuestra fracción.

ALEJANDRO

Dióscoro tiene ya conocimiento de mi plan.

ESCENA IV

LOS MISMOS.—DIÓSCORO y BASILIO, que entran por el foro.

DIÓSCORO

(Aparte á Basilio, en el foro.) Ya sé; ya estoy bien enterado. Falta averiguar quién ha puesto allí ese muñeco.

BASILIO

Bien, señor. (Vase Basilio. Dióscoro avanza al proscenio.)

ALEJANDRO

Te estamos esperando hace rato.

DIÓSCORO

He leído tu proyecto agrario, que me parece admirable; admirable como cosa teórica, como anticipación ó profecía de un porvenir remoto.

ALEJANDRO

Remoto, no. ¿Hasta cuándo hemos de aplazar la salvación de un país desdichado?

HIPERBOLOS

La política es el arte de la oportunidad.

DIÓSCORO

Tu proyecto es materia de Academias y Ateneos, ó bien plato sabroso en esas revistas que sólo sirven para distracción de los ilusos y soñadores. Por el momento guárdalo en el cajón de las hermosuras, cuya realización corresponde á las generaciones venideras.

ALEJANDRO

Pero eso es jugar con el país. Yo necesito hacer algo, justificar mi paso por el Gobierno...

DIÓSCORO

Algo has de hacer; algo importantísimo, inaplazable...

ALEJANDRO

(Vivamente.) Dímelo.

DIÓSCORO

Aguarda un momento.

ALEJANDRO

¿Pero te vas otra vez?

DIÓSCORO

Sí. Hiperbolos y yo tenemos que irnos á mi despacho para ultimar un asunto de la Filantrópica. (Vanse Hiperbolos y Dióscoro por el palacio. Entra Atenaida por el foro.)

ESCENA V

ALEJANDRO, ATENAIDA

ALEJANDRO

(Corriendo al encuentro de su amiga.) Vienes muy sofocada. ¿Te ha ocurrido algo?

ATENAIDA

He pasado un susto horroroso.

ALEJANDRO

(Con vivo interés.) ¿Qué? Cuéntame.

ATENAIDA

No es cosa de importancia. Luego lo sabrás. Y tú, Alejandrito de mi vida, ¿estás de mal temple porque tus amigos te abandonan?

ALEJANDRO

Ya ves: este hombre, este maldito Cocodrilo me manda que venga..., que vaya..., como si fuera yo un criado, un ordenanza.

ATENAIDA

Debes armarte de paciencia y soportar todas las humillaciones que tu amo te imponga.

ALEJANDRO

Pues estoy aviado. ¿Y no te parece mejor que me rebele, que me insubordine?...

ATENAIDA

Por el momento hemos de permanecer tú y yo en indecorosa subordinación.

ALEJANDRO

¿También tú?

ATENAIDA

¡Claro! Yo soy media ministra; comparto contigo el papel sainetesco de instrumento ministerial.

ALEJANDRO

(Confuso.) Pero...

ATENAIDA

(Saca un papel del saquito de mano, lo desdobla risueña y lo pone en manos de Alejandro.) Entérate.

ALEJANDRO

(Leyendo.) «Una plaza de temporero para Ezequiel Gazapo, el chico de mi portera, en la Papelera, en la Azucarera ó en la Vinagrera.» «Plaza de ordenanza en una oficina para mi zapatero, que ya está harto de trabajar en el oficio sin ganancias.»

ATENAIDA

Sigue...

ALEJANDRO

¿Hay más todavía? (Leyendo.) «El suegro de la hermana de mi primo Zacarías pide una plaza de Inspector de Ferrocarriles...» Pero ese hombre ¿está en condiciones? ¿Es jefe retirado del Ejército?

ATENAIDA

Ha servido en consumos; es tartamudo y cojo; escribe hijos sin hache y yegua con elle.

ALEJANDRO

Lo que me pides es absurdo.

ATENAIDA

Pues pór absurdo te lo pido. ¿Crees que me he pasado al bando de la Sinrazón para proponerte cosas lógicas y razonables? Yo inspiro tus actos, que han de ser incongruentes, disparatados, contrarios á toda ley de buen gobierno.

ALEJANDRO

(Risueño, vacilando.) Sí; pero... con tal sistema me pones en ridículo.

ATENAIDA

Justamente, á eso voy: á ponerte en ridículo para que salgas del Gobierno ignominiosamen-

te, en situación tal que yo pueda redimirte y traerte á mi reino.

ALEJANDRO

Pero tu reino es la Razón, el sentido común...; no te entiendo.

ATENAIDA

Debes suponer que en mi reino la vida es áspera, dura; pero está iluminada por la claridad purísima de la Justicia.

ALEJANDRO

Muy bien, muy bien; pero la invisible legión de los seres superiores que representan la Verdad pura está lejos, muy lejos, y no llega nunca á este mundillo miserable.

ATENAIDA

Tontaina; está tu entendimiento tan compenetrado con las tinieblas, que ha de costarme mucho trabajo traerte á la luz.

ALEJANDRO

¡Ay Atenaida, mi dulce amiga! Comunícame, al contacto de tus manos, tu sublime espíritu. Cuéntame lo que te dice el ritmo Universal.

ATENAIDA

¿Crees tú que á los oídos de esta pobre mujer obscura, mortal, puede llegar la sublime armonía de los mundos lejanos?

ALEJANDRO

Si no la oyes, de algún modo la conoces.

ATENAIDA

Tengo de esa armonía mecánica y silenciosa un vago conocimiento, porque alguna vez se reproduce en un espejo brillantísimo que tengo en mi alma.

ALEJANDRO

Tu conciencia.

ATENAIDA

Y mi conciencia es pensamiento y acción. Yo vivo proyectando mi ser sobre todo lo que me rodea. El trabajo continuo que ves en mí, es creación, radiación de energías. Yo estudio y enseño á los que no saben; yo produzco elementos de vida. A esta acción continua añade un sentimiento poderoso, el amor que te tengo, que sobrevive inalterable á todos los desengaños que he sufrido por ti y á todas tus inconsecuencias y frialdades. Ya ves el grande espacio que ocupa esta conciencia mía.

ALEJANDRO

Te reconozco como mujer extraordinaria, y quiero ser tuyo para siempre. ¿Por qué no te conocí antes en toda tu grandeza espiritual?

ATENAIDA

Tú, como otros muchos, me has tenido por una trota-cielos que se pasea por los espacios, saltando desde las Pléyades á la Osa Mayor, dando la vuelta por la Cruz del Cisne ó la Corona Boreal... Desecha esa idea ridícula. Yo no me muevo de este mundillo miserable en que vivimos. Desde aquí oigo, no el ritmo Universal lejano, sino la algarabía de los espíritus burlones que gobiernan este terruño de Ursaria, dejado de la mano de Dios.

ALEJANDRO

Ya, ya; el kri-kri de los grillos, el ladrido de los perros, las cotorras, los pájaros, el graznar de los cuervos, el ruido del viento en la fronda...

ATENAIDA

Sí, eso, eso; toda la cencerrada inarmónica que acompaña la monserga de tus embustes cuando...

ALEJANDRO

Pero eso que dices, amada mía, ¿es verdad ó es broma, ensoñación...?

ATENAIDA

Ya verás la broma que te espera. Los genios burlones que te han favorecido dando realidad á tus ficciones, se han dividido en dos bandos, que pronto andarán á la greña en esta zona rastrera.

ALEJANDRO

Pero ¿cómo sabes tú...?

ATENAIDA

Conozco vagamente lo que ocurre de tejas arriba en un término cercano.

ALEJANDRO

Sí, está muy bien; pero ello es un tanto fantástico, ilusorio. Volvamos á la realidad.

ATENAIDA

En la realidad estoy bien firme. ¿Qué quieres?

ALEJANDRO

Ahora se me ocurre que de la ley Agraria que me hiciste tú, y que yo dí á Dióscoro para su examen, debimos dejar copia.

ATENAIDA

¿Realidad pides? Pues toma. Cuando tú vas yo estoy de vuelta: tengo la copia; es decir, la tuve,

porque acabo de lanzarla... así, así, como el sembrador, á los vientos de la publicidad.

ALEJANDRO

(Asustado.) ¿Qué dices? Es muy pronto; no me comprometas.

ATENAIDA

Precisamente trato de eso, de comprometerte, de lanzarte á una guerra implacable con tus compañeros de Gobierno.

ALEJANDRO

¿Pero no ves que con esa publicación prematura se producirá un gran revuelo...?

ATENAIDA

¿Qué revuelo? Voy más allá. Voy al cataclismo. El cataclismo es necesario para sacarte del oprobio en que vives.

ALEJANDRO

Pues venga de una vez ese cataclismo regenerador. Dime ahora lo que debo hacer para...

ATENAIDA

Por el momento, sigue desempeñando tu desairado papel en la farándula política. Cuando llegue la ocasión oportuna de tronar abiertamente con tus opresores, tu maestra te inspirará.

ESCENA VI

LOS MISMOS.—DIÓSCORO, HIPERBOLOS, que salen del palacio; después PROTASIA.

DIÓSCORO

(Aparte á Hiperbolos.) Vete en seguida á la Presidencia. Temo alguna novedad inesperada.

HIPERBOLOS

Pero ¿no me has dicho antes que debo ir á las excavaciones á enterarme de...?

DIÓSCORO

Deja eso, que nos interesa poco.

HIPERBOLOS

Pues á la Presidencia. (Vase por el foro.)

PROTASIA

(Que sale rápidamente del palacio.) Papá, papá. ¿Sabes lo que me han dicho Calixta y Teófila? Que de las excavaciones ha desaparecido el espantajo.

DIÓSCORO

Chiquilla, no te ocupes de eso; lo que fuere sonará.

ALEJANDRO

(Adelantándose á Dióscoro.) Ya no puedo esperarte más; tengo que ir al Consejo.

DIÓSCORO

Un momento. Repito lo que antes te dije de la ley Agraria: que es un lindo juego para que los ociosos maten el tiempo y amenicen la existencia. Ocúpate sin demora de una cuestión práctica y oportunísima. En el Consejo de hoy plantearás la cuestión del Catastro. Real orden suspendiendo las operaciones catastrales hasta que se reunan los informes pedidos á los Ayuntamientos y Diputaciones.

ALEJANDRO

Comprendido. (Mirando su reloj.) Es hora del Consejo.

DIÓSCORO

Vete ya.

ATENAIDA

(Aparte á Alejandro, despidiéndole.) Despacha hoy mismo ese escandaloso chanchullo del aplazamiento del Catastro, y si te sobra tiempo, empléalo en llevar á la *Gaceta* los mayores absurdos y desatinos.

ALEJANDRO

¿Y...?

ATENAIDA

Ten confianza en mí. Triunfaremos. (Vase Alejandro por el foro.)

ESCENA VII

ATENAIDA, DIÓSCORO, PROTASIA

DIÓSCORO

(Que en el final de la anterior escena ha estado hablando aparte con Protasia.) Hija mía: si huyó el espantajo ó se lo han llevado, ya se averiguará.

ATENAIDA

No se cansen en averiguaciones innecesarias. Doña Helena no existe; doña Helena no ha resucitado. Aquella mujer que se presentó aquí espantando á todos por su fealdad y su fiereza, no era más que una figura compuesta y amañada por las potencias invisibles que constituyen el imperio de lo absurdo, y que nos traen acá imágenes y sensaciones que pueden considerarse como las bromas del carnaval de la Sinrazón.

DIÓSCORO

(Atónito.) ¿Qué dices, Atenaida? Tú sabes mucho, pero en esta ocasión me parece que te vas del seguro.

ATENAIDA

(Con firmeza.) Sé lo que digo.

PROTASIA

Pues si doña Helena no ha resucitado, Alejandro es viudo. ¡Ay qué alegría!

ATENAIDA

Protasita, déjanos ya.

DIÓSCORO

Sí, sí; ve á vestirte, y que tus hermanas se vistan también. Hoy tendré en casa convidados, y...

PROTASIA

Pero ¿qué? ¿Os estorbo?

ATENAIDA

Sí nos estorbas. Tu padre tiene que hablar conmigo.

PROTASIA

Pues sí, me voy. Voy á vestirme, á ponerme muy guapita. (Dirígese rápidamente al palacio.)

ESCENA VIII

ATENAIDA, DIÓSCORO; después CALIXTA y TEÓFILA, en la ventana.

DIÓSCORO

Has dicho que yo tengo que hablar contigo; pues es verdad. Veo que no hay nada secreto para ti. Acércate y escucha.

ATENAIDA

Soy toda oídos.

DIÓSCORO

Casadas las tres niñas, me quedo solo. Ya ves que estoy todavía en buena edad.

ATENAIDA

Sí, señor; todavía puede usted volver á casarse.

DIÓSCORO

Por de pronto, tú y yo podríamos entendernos. Vivirás conmigo, serás la reina de mi casa...

ATENAIDA

(Con sorna.) ¿Reina yo? Esa idea no es nueva para mí.

DIÓSCORO

¿Lo presentías?

ATENAIDA

Tal vez.

DIÓSCORO

¿Te lo había dicho tu corazón? ¿Te lo había dicho algún ángel?

ATENAIDA

(Sofocando la risa.) No me trato con ángeles precisamente.

DIÓSCORO

Pues si no te lo han dicho los ángeles, te lo digo yo. Serás reina de mi casa; y si, como creo, me conquistan absolutamente tus virtudes y tu alta inteligencia, me casaré contigo y serás reina de Ursaria.

ATENAIDA

(Con afectado asombro y alegría un tanto burlesca.) ¡Oh!...

DIÓSCORO

Ya sabes que soy el amo de Ursaria. (Suena el timbre del teléfono. Aparecen en la ventana Calixta y Teófila.)

CALIXTA

Papá, te llaman de la Presidencia del Consejo.

DIÓSCORO

¿Qué será esto? Voy.

ATENAIDA

No se detenga. Luego seguiremos tratando de mi coronación como reina de Ursaria.

DIÓSCORO

Volveré pronto. **(Entra en el palacio. Desaparecen Teófila y Calixta.)**

ESCENA IX

ATENAIDA, PÁNFILO

PÁNFILO

Adorable maestrita. Me alegro de encontrarte sola. Dime de una vez cuándo vienes á vivir conmigo.

ATENAIDA

Don Pánfilo, ha surgido una dificultad que usted no había previsto.

PÁNFILO

¿Cuál?

ATENAIDA

Que su hermano don Dióscoro, en vísperas de quedarse solo, también quiere llevarme consigo para que le acompañe y le cuide.

PÁNFILO

¿Mi hermano? No, no lo consiento. Tú debes preferirme á mí, que fuí el primero que te propuso...

ATENAIDA

La verdad, don Pánfilo, yo no sé qué hacer; me encuentro indecisa. Dispénseme si para expresar mi turbación y mis dudas empleo una frase popular vulgarísima.

PÁNFILO

Dila; yo no me ofendo.

ATENAIDA

Pues estoy como un burro entre dos piensos.

PÁNFILO

Pero mi pienso debe ser preferido. ¡Para convencerte, te diré que hoy nos vemos precisados á descalificar políticamente al amigo Alejandro.

ATENAIDA

(Con vivo interés.) ¡Ah! ¿Qué ha hecho?

PÁNFILO

Una increíble atrocidad.

ATENAIDA

Esa dichosa ley Agraria.

PÁNFILO

Dichosa no, desdichada. Ha cometido la torpeza de hacerla pública, añadiendo el propósito firme de darle realidad contra viento y marea.

ATENAIDA

(Sin disimular su alegría.) Y ustedes le echarán del Gobierno á cajas destempladas.

PÁNFILO

Y como yo soy el llamado á sustituirle...

ATENAIDA

Pues mire usted, don Pánfilo, todo eso lo había yo previsto: que Alejandro saldría del Gobierno y usted se sentaría en la poltrona.

PÁNFILO

¡Oh divina previsora, mi gran discípula! Pues bien: viéndome precisado á sacrificarme aceptando el cargo de ministro, ahora más que nunca te necesito para que estés al frente de mi casa mientras yo desempeño las arduas funciones administrativas. Decídete pronto á venir conmigo.

ATENAIDA

(Con solemnidad burlesca.) Óigame, don Pánfilo: yo preveo en el día de hoy acontecimientos muy graves; un trastorno inaudito.

PÁNFILO

(Asustado.) ¿De dónde viene?

ATENAIDA

De los cielos más altos y de las honduras de la tierra...

PÁNFILO

¿Bromeas, maestrita?

ATENAIDA

No lo tomará usted á broma cuando se vea lanzado á los aires como un bólido.

PÁNFILO

Si vienes conmigo, yo de bólido y tú de bólida, iré muy á gusto por los espacios.

ESCENA X

LOS MISMOS.—HIPERBOLOS, que entra por el jardín; después DIÓSCORO.

HIPERBOLOS

(Sofocado, con un periódico en la mano.) Se ha lucido nuestro amigo Alejandro. ¿Han visto ustedes?

PÁNFILO

Ya lo he visto. A mí no me ha causado extrañeza que ese loquinario abochorne su partido con un ridículo acto de vanagloria.

ATENAIDA

Lo habíamos previsto.

PÁNFILO

Eso, eso. Nada se escapa á nuestra previsión.

HIPERBOLOS

Es enorme, es monstruoso, apocalíptico. Después de incubar este proyecto, puramente ideológico y abstracto, lo lanza al vértigo de la publicidad con el carácter de manifiesto al país, y asegura que por sí y ante sí ha de llevarlo á la práctica, cueste lo que cueste y caiga el que caiga.

PÁNFILO

Valiente revolucionario nos ha salido.

ATENAIDA

Valiente ha sido. Os ha traído la catástrofe.

DIOSCORO

(Saliendo del palacio, muy inquieto.) No sé si llamar á esto horrible y criminal, ó ridículo y pueril.

PÁNFILO

¿Has hablado con el Presidente?

DIÓSCORO

Sí. (A Hiperbolos, que le alarga el periódico.) Ya conozco el proyecto. Establece la expropiación forzosa de los latifundios; el reparto de tierras entre los labradores pobres; la reversión al Estado de los predios que no se cultivan. Esto es legislar en sueños. Y lo más grave es que lanza su proyecto al público sin dar cuenta al Consejo de Ministros ni al Parlamento, y se declara árbitro de la voluntad nacional.

PÁNFILO

(Dirigiéndose á Hiperbolos.) Y en la Presidencia, ¿no se indica ya quién será el sucesor de Alejandro? Porque creo que...

DIÓSCORO

(Pasando á la izquierda y hablando aparte con Atenaida.) Alejandro, al marcharse, ¿dijo que volvería por aquí?

ATENAIDA

Naturalmente: tendrá que venir á liquidar sus cuentas con la triunfante familia dioscórida.

DIÓSCORO

Es hombre acabado, hombre perdido... Y ahora dime: ¿accedes á lo que te propuse?

ATENAIDA

Pero señor mío, fíjese bien: ya no está usted solo, porque ahora no puede usted casar á Protasita.

DIÓSCORO

Tú me has dicho que doña Helena no ha resucitado; que la figura que aquí vimos es algo como una broma carnavalesca.

ATENAIDA

Y broma carnavalesca es también la herencia de Alejandro.

DIOSCORO

Broma no, porque el dinero lo tengo yo en mi caja.

ATENAIDA

Ese dinero es absurdo, y lo absurdo se pierde, se extingue, se volatiliza.

DIÓSCORO

En resolución: que no casaré á mi hija con Alejandro...; pero no importa. La colocaremos con mi hermano Pánfilo.

ESCENA XI

LOS MISMOS.—ALEJANDRO; después CALIXTA, TEÓFILA, PROTASIA y BASILIO

ALEJANDRO

(Que entra gozoso por el jardín.) ¿Qué tal, amigos? ¿Qué ocurre por aquí?

DIÓSCORO

(Con sequedad.) Acabemos pronto.

HIPERBOLOS

(Enfático.) No diré yo que el acto de usted sea una traición política; pero sí aseguro que es una incorrección harto pueril.

ALEJANDRO

(Remedando el estilo campanudo de Hiperbolos.) Ora lo considere usted política traidora, ora lo vea

como candorosa puerilidad, la opinión de usted, señor Hiperbolos, me importa menos que un ardite.

DIÓSCORO

¡Qué impertinente fatuidad!

HIPERBOLOS

Esto no puede tolerarse.

PÁNFILO

Si no has presentado tu dimisión, preséntala sin demora.

DIÓSCORO

Al instante; yo la extenderé.

ALEJANDRO

Para mayor rapidez, que la extienda Atenaida.

ATENAIDA

(Corriendo á la mesa del cenador.) Yo, yo. (Coge pluma y papel, y escribe.) «Excelentísimo señor Presidente del...» ¿Pongo por motivos de salud, ó por dignidad política?

ALEJANDRO

Pon esto: «Creyendo que Vuecencia y sus compañeros son indignos de estar á mi lado...»

DIÓSCORO

Pero ¿qué insolencia es esa?

ALEJANDRO

(A Atenaida.) Sigue, sigue. (Iníciase el ruido del viento muy suave, y al propio tiempo disminución gradual de la luz solar.)

DIÓSCORO

¿Qué es esto? ¿Hay eclipse?

HIPERBOLOS

Los almanaques no anuncian eclipse.

ALEJANDRO

(A Atenaida.) Acaba, acaba y firmaré. (Aumenta rápidamente el ruido del viento y la obscuridad.)

PÁNFILO

(Consternado.) Se obscurece el sol. Atenaida: ¿qué cuerpo se interpone entre nuestros ojos y la esfera solar?

ATENAIDA

Ya he concluído. Alejandro, firma. (Sale del cenador.)

DIOSCORO

Seguramente es eclipse, aunque no lo digan los almanaques. (Aumenta la obscuridad; se inicia el cambio de luz blanca en luz verde. Óyese tronío lejano. Las tres niñas salen consternadas del palacio.)

CALIXTA

Papá: ¿qué es esto?

TEÓFILA

Tenemos mucho miedo.

PROTASIA

¡Ay, ay! (Los truenos suenan más cerca. La luz es completamente verde. Entran por el jardín Basilio y dos criados, asustadísimos.)

DIÓSCORO

Atenaida, por Dios, explícanos este fenómeno.

ATENAIDA

Eclipse hay. El eclipse de las mentiras y ruindades en que vivís.

ALEJANDRO

(Saliendo del cenador.) El mundo se desquicia. (La luz verde se trueca súbitamente en roja, muy intensa.)

CALIXTA

Papá: ¿dónde estás?

TEÓFILA

El suelo tiembla.

PROTASIA

Yo me caigo. (Todos vacilan y se agarran unos á otros. Los truenos suenan muy próximos.)

PÁNFILO

Atenaida, ¿estás aquí?

DIÓSCORO

Atenaida, socórreme.

BASILIO

Señor: esto es la fin del mundo. (Caen rayos, y se inicia el incendio del palacio.)

HIPERBOLOS

Atenaida, sabia maestra, dinos qué es esto.

ATENAIDA

(En medio de la escena, dominando el tumulto.) Los dos bandos de la Sinrazón se despedazan entre sí. Imperará de nuevo la Verdad Suprema. ¡Miserables! Vuestro falaz imperio ha concluído. (Las llamas salen por las ventanas del palacio.)

PÁNFILO

(Abrazándose con Protasia, creyendo que es Atenaida.) Atenaida, ven conmigo.

DIÓSCORO

(Abrazándose con Basilio, tomándole por Atenaida.) Atenaida, sálvame. (Confundiéndose unos con otros, tropiezan y van cayendo al suelo.)

ALEJANDRO

(Que cae de rodillas junto á Atenaida.) Divina mujer, cuando estés en tu cielo acuérdate de quien tanto te amó.

ATENAIDA

Amor mío, nada temas. Ven á mí.

FIN DE LA JORNADA TERCERA

JORNADA CUARTA

CUADRO PRIMERO

ESCENA ÚNICA

Campo ligeramente ondulado y seco; vegetación de monte bajo y algunas encinas esporádicas. Noche obscurísima. A ratos fuertes exhalaciones eléctricas iluminan la tierra, dando apariencias de movimiento á los objetos próximos y lejanos; creyérase que las encinas avanzaban y retrocedían simulando los pasos de un rigodón silencioso. Por la izquierda entran con paso cauteloso Atenaida y Alejandro cogidos de la mano, conservando aún los trajes que vestían en la jornada tercera.

ALEJANDRO

¿Hacia dónde vamos? He perdido la noción del tiempo y la distancia. ¿Es media noche?

ATENAIDA

Es mucho más; próxima está la aurora. Vamos hacia Occidente. Mira: por aquella parte los nubarrones se rasgan dejando ver un trozo de cielo.

ALEJANDRO

Y en aquel pedacito de cielo fulgura una estrella.

ATENAIDA

Si no me engaño, es la Espiga de la Virgen. Descansemos. Aquí veo unas piedras que nos brindan á un reposo breve. (Se sientan.)

ALEJANDRO

La fuerza del cataclismo ha pasado ya; pero aún se ven resplandores lejanos de la lluvia de fuego que cayó sobre la populosa Ursaria.

ATENAIDA

Y del terremoto han quedado grietas, por donde sale un calor asfixiante y vapores sulfúreos.

ALEJANDRO

¿No puedes tú calcular dónde estamos? ¿No habremos llegado á la Sagra?

ATENAIDA

Tal vez; pero no puedo asegurártelo. Cuando avancemos más, por los edificios y el perfil del paisaje reconoceremos á la luz del día si estamos en la Sagra ó cerca de ella.

ALEJANDRO

Pues sigamos en busca de mejor descanso y orientación segura.

ATENAIDA

Adelante. Si la catástrofe no ha destruído todo, pronto hemos de encontrar una posada, donde tendremos albergue y podremos cambiar de ropa, pues la que llevamos puesta nos estorba para confundirnos con la población rural.

ALEJANDRO

(Confuso.) ¿Cambiar de traje has dicho? Para eso necesitamos dinero, y no lo tengo.

ATENAIDA

Tontín: ¿no recuerdas que al huir de Ursaria me dijiste que traías en la cartera un fajo de billetes?...

ALEJANDRO

¡Ah, sí! Ya no me acordaba. En la turbación de esta horrible noche, también mi memoria participó del cataclismo. (Tocándose el pecho.) En el bolsillo interior de mi chaleco está la cartera.

ATENAIDA

Yo también llevo un poquito. No han de faltarnos medios para vivir honradamente.

ALEJANDRO

(Cariñoso.) Tú confías en la armonía universal.

ATENAIDA

Claro que sí; y para que te convenzas de ello, caminando paso á paso hacia Occidente, encontraremos la Verdad.

ALEJANDRO

Pues adelante. (Señalando al cielo.) La naciente aurora nos guía. (Continúan su marcha.)

CUADRO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Amanece. Exterior de una posada. Llegan las partidas de maranchoneros que venden mulas. Las recuas de aceiteros, choriceros y portadores de lanas y bayetas. Con gran algazara van entrando en los patios; desenganchan las caballerías para llevarlas á las cuadras y darles pienso. Espantosa es la bullanga; óyense comentarios ardientes del cataclismo, y recuento de los hombres y caballerías que se han perdido en el camino. Entre la confusa multitud se deslizan Atenaida y Alejandro, que llaman la atención por sus trajes de señorío. Dirígense al posadero, para pedirle habitaciones altas donde descansar.

POSADERO

(Sujeto gordiflón y comunicativo, que oye afectuosamente la petición de Atenaida.) ¿Aónde les cogió á ustés el cataclís?

ALEJANDRO

No sabemos de dónde venimos ni adónde vamos. Se nos ha trastornado el sentido. Queremos dar descanso á estos pobres huesos.

POSADERO

Señalando la escalera.) Pues suban, que arriba está la Melitona y serán servidos.

ATENAIDA

(A la posadera, que sale á su encuentro en el peldaño más alto de la escalera.) Queremos dos habitaciones.

MELITONA

(Hombruna y más gorda que su marido.) ¿Dos cuartos para dos? ¿No tendrán bastante con uno?

ALEJANDRO

(Secamente.) No, señora. Dos se le han pedido; díganos si los tiene.

MELITONA

No es por eso, ¡contra!; manque sean veinte. Vengan por aquí.

ATENAIDA

(Entrando en la habitación.) Y además, queremos cambiar de vestido.

MELITONA

Ya entiendo. Son ustés señores, y vienen huyendo de la tremolina. ¿Es que quieren disfrazarse?

ATENAIDA

Somos pueblo, y á uso de pueblo queremos vestir. Necesitamos dos trajes: uno de paleto, para este señor; otro de aldeana, para mí.

MELITONA

Aquí hay un traje de paño pardo muy bueno: calzón corto, chaleco, faja, sombrero redondo, que le caerá como pintado á este señor; y para usted, señora, fácil será buscarle un traje de pueblo. ¿Y qué me darán ustedes por estas prendas?

ATENAIDA

Le daremos lo que llevamos puesto, que vale mucho más.

MELITONA

Bueno; ese traje de usté, tan elegante, me servirá para ponérselo á mi hija Usebia el día de la fiesta mayor.

ALEJANDRO

Y este mío podrá servirle al alcalde del pueblo para lucirlo el día del santo patrón.

ATENAIDA

Y si algo falta para cerrar trato, lo daremos en dinero. (Con pocas palabras más quedan de acuerdo.)

MELITONA

(*Retirándose cavilosa.*) Estos son marqueses..., gente gorda..., y hay que servirles de cabeza.

ESCENA II

Atenaida y Alejandro entran en las habitaciones, y media hora después salen en empaque de labradores acomodados, y bajan al patio á tomar algún alimento. Una moza les sirve café, y mientras lo toman, oyen las conversaciones de los maranchoneros, recueros y aceiteros.

UN ARRIERO

En la fuerza del cataclismo, yo vi dos culebrones de fuego que bajaron de las nubes y se metieron dentro de la tierra.

UN MARANCHONERO

Sobre nosotros descargó una granizada; cada piedra era como bala de cañón. Nos mataron dos mulas y perdimos el compañero Zancudo, que se cayó por un despeñadero.

UN ACEITERO

El cura del pueblo onde paramos dijo que una estrella había chocao con otra, y que de los piazos salió esta tremolina, y que ello ha sido para castigar á los hombres malos que apandaban las riquezas y burlaban á la nación.

UN MAESTRO DE ESCUELA

(Que desayuna con pan y queso y habla en tono de gran autoridad.) Para escarmiento de los ociosos que no miran por el procomún. Ha sido un barrido desde el cielo, pues los que se hacen desde la tierra no resultan con la debida eficacia.

ATENAIDA

(A un maranchonero, que está próximo á ella.) Paisano, ¿qué tal va el negocio de mulas?

MARANCHONERO

No iba mal; pero con el catastrofio se nos ha torcío. Las mulas que nosotros llevamos son de primera. Por la vestimenta parece que son ustedes de tierra de...

ATENAIDA

Somos de la Vera.

MARANCHONERO

Bonita tierra. Allí tengo yo un primo que es albeitar y se llama Lonisio Valtierra.

ALEJANDRO

En aquel pueblo tengo yo un pariente cercano que se llama don Juan de Valtierra.

MARANCHONERO

Pues á ese señor le conozco; tiene mucha labranza y va pa tres años que mus compró dos pares de mulas.

ATENAIDA

Amigo, si ustedes van hacia allá puede que nos encontremos.

ALEJANDRO

En buena hora sea dicho. (Entra en el mesón nuevo tropel de gente. Caravana heterogénea, en que se ven arrieros, gitanas, paisanos de diferentes edades y una pareja de la Guardia civil.)

ESCENA III

Movidos de curiosidad, acuden los huéspedes de la posada á ver á los que llegan, y todos se mezclan en bulliciosa confusión. Sobre la multitud flotan preguntas ansiosas, exclamaciones, carcajadas, frases de consternación ó de alegría.

ATENAIDA

(Fijándose en un pobre viejo que anda penosamente sostenido por dos personas.) O mucho me engaño, ó este ancianito es el Santo Pajón.

ALEJANDRO

Él es. Viene descalzo y con las ropas destrozadas.

ATENAIDA

(Acercándose al viejo y poniéndole cariñosamente la mano en el hombro.) ¿Qué le ha pasado, Pajón?

PAJÓN

(Alelado y medio ciego por la inanición.) ¿Quién me habla?

ALEJANDRO

¿No conoces á la señorita Atenaida, maestra de aquellas niñas...?

PAJÓN

Ay, sí; acérquese, señorita; deme la mano.

ATENAIDA

Y su niño, el Niño Jesús, ¿dónde está?

PAJÓN

(Rompiendo en llanto amarguísimo.) ¡Ay mi Niño de mi alma!... Perdido... robado...

ATENAIDA

¡Robado! Cuéntenos.

ALEJANDRO

El pobre está desfallecido; no puede hablar. Venga, venga. (Le coge por un brazo.)

ATENAIDA

(Cogiéndole por el otro brazo.) Vamos. Le daremos algún alimento. (Le llevan á la mesa más próxima.) Siéntese aquí.

ALEJANDRO

Tomará café con leche.

PAJÓN

(Suspirando.) Ay, ay, el café, cosa muy buena pero... pero... si me hicieran el favor de darme antes una copita de aguardiente... Es costumbre que tengo.

ATENAIDA

(Llamando á la moza.) ¡A ver! Una copa de aguardiente para este amigo. (Después que el desdichado viejo apura la copa, Atenaida y Alejandro le incitan á que refiera lo que le ha pasado.)

PAJÓN

Pues verán. A poco de salir de Ursaria huyendo de la quemazón... Venía yo con esas gitanas... De pronto, ¡pataplúm!, una chispa eléctrica cayó en el árbol cercano... El terror me lanzó á una carrera desesperada: caí, caímos; yo abrazadito con mi Niño... Rodando fuimos á parar á un barranco muy hondo. Perdí el sentido. Cuando lo recobré busqué mi urna y no es-

taba ¡ay! Salí gateando y diciendo: ¡mi Niño! ¡mi Niño! Y una voz desconocida me dijo: «El Niño salió volando.»

ATENAIDA

¿Y qué personas bajaron rodando con usted al precipicio?

PAJÓN

Una gitana ó dos, no estoy seguro; un hombre muy negro, que parecía carbonero, y la seña Rebeca, que es conocida mía.

ATENAIDA

¿Y no sería esa Rebeca la que hizo volar al Niño?

PAJÓN

No, porque doña Rebeca es persona muy pía y devota del Niño.

ATENAIDA

Pues por eso mismo, por ser tan devota de la criatura se lo habrá llevado.

ALEJANDRO

Y esa Rebeca ¿ha venido con usted?

PAJÓN

No, señor. Debió quedarse en el barranco. Yo no sospecho de ella, sino de las gitanas y del hombre negro.

ALEJANDRO

Hablaremos á la Guardia civil para que busquen la urna.

ATENAIDA

Ahora vamos á salir nosotros en un grupo de caminantes, donde van también los guardias civiles. ¿Quiere usted venir con nosotros?

PAJÓN

¡Ay, sí, señora! Con ustedes al fin del mundo.

CUADRO TERCERO

ESCENA Á TRAVÉS DE LOS CAMPOS

Medio día y una noche emplean los viajeros en esta su segunda caminata. Alejandro y Atenaida iban en un carromato de los maranchoneros. En diferentes carros y caballerías seguían el Santo Pajón, un cura con su ama, y en borricos las gitanas y otras muchas personas.

ALEJANDRO

(Despertando de un profundo sueño, al llegar la caravana á un poblado en que se ven míseras casas, y al parecer un convento.) Atenaida, ¿dónde estamos?

ATENAIDA

Esto es un lugar que llaman la Zarza, Zarza ó Zarzalejo. Y no muy lejos de aquí está un célebre monasterio de gran antigüedad.

ALEJANDRO

Aquí descansaremos y comeremos lo que se encuentre en pueblo tan desolado.

ATENAIDA

Por comida no hemos de llorar. (Mostrándole una cesta de provisiones.)

ALEJANDRO

¡Ah, mujer previsora! Eres la gran discípula de don Pánfilo... Y yo te pregunto: ¿Qué habrá sido de toda aquella patulea?

ATENAIDA

Anoche, á poco de salir de la posada, vimos pasar un tren.

ALEJANDRO

En efecto, iba de Norte á Sur. Lo que prueba que la vida regular se ha restablecido después de la catástrofe.

ATENAIDA

Así es. Anoche, cuando tú dormías, llegóse á este carro un guardia civil que había venido en aquel tren, y hablando con los maranchoneros les dijo que Ursaria ha sufrido muy poco. El estrago se reduce al incendio de algunos edificios, entre ellos el hotel de don Dióscoro.

ALEJANDRO

Y de los habitantes de aquella casa, ¿no ha dicho nada?

ATENAIDA

Nada más dijo; pero ya lo sabremos todo. Los efectos de la gran revolución atmosférica se han manifestado en una línea que va de Oriente á Occidente. Por aquí no se ven huellas muy notorias del cataclismo. Bajemos del carro, y vamos á reconocer el pueblo y á comunicarnos con los vecinos y con nuestros compañeros de viaje.

ALEJANDRO

Muy bien, bajemos. Yo cargaré con el cesto. Dame tu mano. (De las primeras palabras cambiadas entre los cuatro viajeros, resultaron entre ellos lazos de simpatía y amistad. El cura y su ama iban á Rosales de Tejada, y la misma dirección llevaban Alejandro y Atenaida. Joven y campechano era el cura, don Hilario de Acuña, bastante ilustrado y sin asomos de intransigencia ó gazmoñería. Notábanse en el ama las formas elementales de la buena educación; se expresaba con soltura, y no carecía de atractivos personales, en cierto modo equivalentes á la belleza. Llamábase Dominga; había sido maestra de labores en una escuela, y de esto venía su conocimiento con Atenaida. A la sombra de corpulentos árboles, sentáronse los cuatro en el suelo; tendió el ama un limpio mantel, y amenizaron el almuerzo con sutiles apreciaciones del reciente cataclismo.)

EL CURA

(Limpiando el gaznate con ligera tosecilla, como para empezar un sermón.) Como testigo presencial del suceso, y como sacerdote, opino que el cataclismo de estos días no es un simple fenómeno atmosférico y telúrico, y que en la apreciación del caso debemos atenernos al criterio del vulgo—*vox populi, vox cœli;*—y el pueblo, desde que sonaron los primeros espantosos ruidos, dijo y proclamó que asistíamos á un castigo impuesto por el Supremo Hacedor á sus criaturas, desviadas de la eterna ley que rige á la Humanidad.

EL AMA

Atenaida nos dice que ello fué como un barrido de los que vivían aferrados á la mentira y á la Sinrazón.

EL CURA

Así es. Un limpión de toda la gentuza farsante y corrompida, quedando libres y sin daño los que cumplen la ley sacrosanta, aunque caigan en alguna debilidad (mirando al ama) propia de la flaqueza humana. (Nueva tosecita, que indica la terminación del exordio.)

EL AMA

Señor cura, deje la plática para después que hayamos comido. (Pone sobre el mantel tajadas de solomillo, aceitunas y queso manchego.) Mi amiga

Atenaida es la que sabe más de estas cosas. Ha dicho que se salvan los de conciencia pura que no hacen daño á nadie y viven de su trabajo.

EL CURA

Explíquenos la señorita Atenaida su tesis.

ATENAIDA

Yo no tengo tesis, señor cura; soy una mujer vulgar que aprecia las cosas por el sentido común. Alejandro sabe de esto más que yo. (Pausa. El ama les sirve un vino blanco muy rico.) Dinos, Alejandro, en qué consiste la verdadera virtud. (Fija sus ojos en el rostro de Alejandro, como si quisiera grabar en el pensamiento de éste lo que ha de decir.)

ALEJANDRO

(Después de apurar una copa de vino.) La virtud verdadera y permanente consiste no sólo en el cumplimiento estricto de los deberes sociales, sino en la diligencia, en la actividad, en el trabajo constante, sin perder días, horas ni minutos; en la creación de energías y en irradiarlas sobre los demás seres, contribuyendo á la florescencia de la vida humana.

EL CURA

(Bebiendo.) Eso está muy bien dicho. ¡La vida humana! En fomentarla y purificarla consiste la verdadera virtud.

EL AMA

Eso, eso. (Saca de la cesta onzas de chocolate, bizcochos y dos paquetes de puros.)

ALEJANDRO

Pero, señor cura, en esta Dominga tiene usted un repostero incomparable.

EL CURA

(Embelesado.) Sí, nada se le olvida. Ha traído hasta los puros; el paquete pequeño es el de los días comunes, y estos grandes son para los domingos y días festivos. (Ofreciendo á don Alejandro un habano riquísimo.) Hoy hacemos día festivo. Fumaremos de lo caro. (Encienden los puros y fuman, mientras las señoras toman pastillas de chocolate. Acércase á ellos un guardia civil, y les dice que ha parecido el Niño Jesús. Ofreciendo un puro de los buenos al guardia.) Guardia: por la buena noticia que usted nos trae, tome este puro, y haga cuenta de que se lo regala el Niño Jesús.

ATENAIDA

¿Y dónde ha parecido?

GUARDIA

En un pueblo cercano que se llama Peñas Rojas.

ALEJANDRO

¿Quién lo tenía?

GUARDIA

Una vejancona gorda, granujienta.

ATENAIDA

No diga usted más; la tía Rebeca, que ejerce la mendicidad y la brujería. ¿Y el Santo Pajón ya sabe...?

GUARDIA

Sí; se lo hemos dicho, y hacia Peñas Rojas va jadeante por el atajo.

EL AMA

Pues nosotros también vamos hacia allá; los aceiteros que nos han traído saldrán dentro de media hora.

ALEJANDRO

(A un maranchonero que pasa.) Amigo, ¿salen ustedes pronto?

MARANCHONERO

Ahora mismo. Suban al carro si quieren venir con nosotros.

CUADRO CUARTO

ESCENA ÚNICA

Lugar de Peñas Rojas, país rocoso y triste, sin otro edificio que una venta ó parador para trajinantes y caballerías. Cae la tarde. En un poyo, á la entrada de la venta, está doña Rebeca entre dos guardias, uno de los cuales tiene á su lado la urna rescatada. Frente á ellos un grupo de curiosos, en el cual se destaca la figura macilenta del Santo Pajón, que no pudiendo tenerse en pie se deja caer al suelo, y sollozando, oculta su cabeza entre las manos. Llegan las caravanas de los aceiteros y de los maranchoneros. Alejandro y Atenaida, el cura y su ama, con gran golpe de caminantes, se añaden al grupo estacionado junto á la venta.

REBECA

(Con extraordinario aplomo y frescura.) Afortunadamente para mí llega la gente buena, y aquí veo personas que pueden acreditar que Rebeca Toronji no ha sido nunca ladrona, sino una señora de principios que, por haber venido á menos, tiene que vivir implorando la caridad pú-

blica. (Murmullos en el auditorio.) En la huída de Ursaria caímos por un despeñadero el Santo Pajón y una servidora. Rodaron también por la pendiente algunas que hablaban á lo gitano, y un hombre negro y larguirucho, que á mi parecer tenía parentesco con los demonios. Del golpe que recibí en la cabeza perdí el conocimiento, y al recobrarle mis manos tropezaron con un objeto duro; era la urna. Pajón había desaparecido, y al oído me llegaba el parloteo de las gitanas y del hombre negro. Cogí yo el Niño, no para robarlo, sino para salvarlo de las uñas rapaces, y aquí me lo traje muy agasajadito, esperando encontrar al buen Pajón para devolvérselo. (Murmullos de incredulidad.) ¿Qué tienen que decir? Rebeca no es ladrona... Venerable Pajón, ahí tienes el divino chiquitín con que te ganas la vida.

PAJÓN

Está bien, señá Rabieca... Ahora me toca examinarlo bien para ver si... (Arrodillándose ante la urna, juntando las manos.) ¡Ay, Niño mío! Te encuentro flaquito, descoloridito; ¡no has pasado mal susto!

ATENAIDA

(Aparte á los que están junto á ella: el cura, el ama y Alejandro.) No creáis nada de lo que ha dicho esta bruja; lo mejor será que se dé por terminado el juicio, mandando noramala á la Rebeca, para

que nos veamos libres de su odiosa presencia. Alejandro, habla tú.

ALEJANDRO

Guardias, esto ha concluído. Devuélvase al santero su urna, y quede en libertad la Rabieca ó Rebeca, para que siga practicando la mendicidad donde encuentre almas caritativas... Y ahora nosotros seguiremos nuestro camino.

CUADRO QUINTO

ESCENA PRIMERA

Desfiladero en lo más intrincado de Peñas Rojas.

REBECA

(Meditabunda, arrastrando sus miradas por el suelo.) A las almas caritativas me encomendó aquel señor... Bien pudo socorrerme...; pero no lo hará, porque la sutil Atenaida le tiene sorbido el seso... Y ahora, pasada la tremolina entre los cielos y la tierra, parece que la encopetada señora Razón vuelve á gobernar este mundillo... Lucidos estamos los que hemos hecho méritos con tantas hambres y desnudeces en el bando contrario... Buen pago nos da ese perro de Satán, que se pasa la vida en el infierno rascándose la barriga en brazos de esa golfa que llaman Astarté. (Pausa.) Nada, nada, me paso al vencedor; quiero vivir, quiero comer. (Acelera el paso, y se mete por un terreno pedregoso y volcánico, con grietas que arrojan bocanadas de aire cálido y vapores sulfúreos.) Aquí encontraré á Nadir. (Alzando la voz.) Nadir, ¿dónde estás?

ESCENA II

REBECA, NADIR; después ZAFRANIO

NADIR

(Negro y escueto, destacándose de la sombría boca de una caverna.) Aquí me tienes esperándote... Ya creí que no venías.

REBECA

Hubiera llegado sin la peripecia que te contaré. Me detuvo la Guardia civil...

NADIR

(Riendo.) Por lo de la urna. Menudo bromazo le dimos al Santo Pajón. Con mis uñas y las tuyas abrimos el cepillo y sacamos las perras, poniendo en su lugar clavos.

REBECA

Yo entregué la urna, y la verdad, me dolió la ofensa que hicimos al Niño Jesús.

NADIR

Para el Niño no hay ofensa.

REBECA

En buen hora lo digas. La intención es lo que salva. ¿No hemos convenido en cambiar de vida, pasándonos al campo del Dios triunfante, reconociéndole como el único verdadero?

NADIR

Sí; pero advierte que nos han de exigir duras y largas penitencias. De otro modo no podrían admitirnos.

REBECA

Pues las haremos, disciplinándonos con zurriagos de algodón y ayunando los siete reviernes...

NADIR

Todo ha de ser verdad, pues la farsa no vale; así lo ha dicho Zafranio, que entiende mucho de estas cosas.

REBECA

Y Zafranio, ¿no anda por aquí?

NADIR

Ha ido al monasterio de los Jerónimos á revolver la biblioteca buscando el texto de aquel filósofo cristiano que dijo: «Al fin, hasta el Diablo se ha de salvar.»

REBECA

¡Ah, sí! Ese filósofo se llama algo así como...

NADIR

Orígenes, Orígenes. Que anunció nuestra salvación es indudable. La duda está en que no sabemos si para nuestra salvación debemos esperar ó no al Juicio Final.

REBECA

¿Y para poner en claro esa cuestión, ha ido Zafranio á examinar las palabras mismas del filósofo cristiano?

NADIR

Justamente, á eso ha ido; pero pronto estará de vuelta. Sigamos hacia abajo. Agárrate á mí que ya anochece, y por estos vericuetos hay que andar con mucha precaución. Aquel día, funesto para nuestra causa, en el suelo de Peñas Rojas se abrieron las bocas de los antiguos cráteres, escupiendo fuego y exhalando vapores asfixiantes...

REBECA

(Medrosa.) Y ahora parece que se repite la función; yo siento temblar el suelo bajo mis pies. ¿Habrá llegado nuestra última hora? (Oyense voces iracundas.) ¿Es esa la voz de Zafranio?

NADIR

Zafranio es el que grita; pero no está solo: oigo también el grito ronco de Arimán.

REBECA

(Poseída de pánico.) Y un graznido de cuervo que se confunde con la chillería de Celeste. (Fogonazo lívido ilumina las rocas.) Yo me muero de miedo, Nadir. Vámonos por otro lado. (Dan algunos pasos hacia la izquierda, y se encuentran en el mismo sitio; ante ellos aparecen dos figuras siniestras: son Zafranio y Arimán.)

ESCENA III

REBECA, NADIR, ZAFRANIO, ARIMÁN, CELESTE

ZAFRANIO

(Disputando con Arimán.) Sí, sí. He leído lo que dijo el gran Orígenes: que una contrición sincera nos salvará.

REBECA

(En un arrebato de desesperación.) Yo quiero salvarme. Yo confieso al Dios Omnipotente. (Trata de huir, y no puede moverse.)

NADIR

Yo también.

ARIMÁN

(Con voz de trueno, adquiriendo proporciones gigantescas.) Reptiles, miserables sabandijas, renegáis de vuestra estirpe satánica. Arimán es siempre Arimán. (Rebeca, Nadir y Zafranio caen al suelo.)

ZAFRANIO

Orígenes, á tu doctrina nos amparamos.

ARIMÁN

(Con grito estentóreo.) Abrete tierra. (De una profundidad cercana salen llamaradas crugientes.) Celeste, amiga leal, ven conmigo. (Recoge del suelo un bulto, que más bien parece guiñapo inmundo. Celeste, estrangulada por Arimán, lanza un bramido gutural; de su boca chorrean asquerosas babas.) Los renegados... quédense aquí revolcándose en su propia ignominia. Nosotros, los leales, al reino de nuestro padre Satán. (Precipítanse en el cráter.)

CUADRO SEXTO

ESCENA PRIMERA

Calle principal en el pueblo de Rosales de Tejada. Primeras horas de la mañana. Llegan las caravanas de los aceiteros y los maranchoneros. De un carro descienden el cura y su ama; de otro Atenaida y Alejandro. Estos, invitados por don Hilario, entran en la casa rectoral, donde se les aposenta y agasaja cumplidamente. Como primera providencia acudieron á reparar los cuerpos desmayados con sendos tazones de chocolate ó café, y de añadidura lonchas de jamón pasadas ligeramente por la sartén. Después de esto, no tardó el ama en desplegar con febril diligencia sus cualidades de mujer hacendosa, y tan pronto se la veía en la despensa como en el comedor ó en la cocina, dando órdenes á las mandaderas para el acopio de carnes y hortalizas. En estas domésticas funciones brindóle Atenaida su ayuda, y ambas andaban trajinando sin darse punto de reposo, mientras don Hilario, divagando por la huerta con Alejandro, informaba á éste del estado de las cosechas. Durante estas pláticas oían el campaneo del almirez en la cocina, y observaban el presuroso ajetreo de las mandaderas desplumando pollos y escamando truchas. Al filo de las doce se sirvió la comida, que correspondió á la campechana largueza del

cura y á la calidad de sus huéspedes. No se relata la muchedumbre de platos servidos ni el sazonado condimento de ellos, porque las crónicas de que se ha extraído esta Fábula Teatral mencionan muy á la ligera los manjares, y sólo nos cuentan extensamente lo que entre bocado y bocado y con buen apetito, hablaron los comensales.

ALEJANDRO

(Al terminar el tercer plato.) Señor cura; aunque usted no sea un santo, y en esto no hay ofensa, porque los santos ya no se usan, declaro y sostengo que posee usted en grado sublime la virtud de la hospitalidad.

EL CURA

(Sonriente.) La religión me ordena dar posada al peregrino, y la cortesía me impone el deber de obsequiar al amigo. Virtudes tengo del orden social y del religioso, aunque no todas las que constituyen el perfecto sacerdote. La perfección sólo se encuentra en el Año Cristiano, y yo, por designio inexorable de mi naturaleza, no puedo aspirar á la canonización. Como cura de almas cumplo cuanto la Iglesia me ordena. Soy el mejor amigo de mis feligreses; yo les quiero á todos, y ellos me quieren y me reverencian. Cierto que hay un punto de conciencia en el cual he dejado á un lado los escrúpulos...

ALEJANDRO

Comprendido, señor don Hilario. ¿Quiere usted que yo pronuncie el *ego te absolvo?* (Las dos mujeres se miran sonrientes.)

EL CURA

Hagamos los honores debidos á estos pollos con tomate. (Siguen comiendo. Al llegar á los postres óyese rumor de voces en la estancia próxima.)

ATENAIDA

Ahí tenemos al Santo Pajón.

EL AMA

Le convidaremos á tomar café.

EL CURA

Sí, sí; que pase el asendereado viejo.

ATENAIDA

Voy á llamarle.

ESCENA II

LOS MISMOS.—EL SANTO PAJÓN, que entra con su urna colgada del pescuezo. Recíbenle todos afablemente, y le sirven una copa de coñac.

PAJÓN

(Contestando á las preguntas que le dirigen.) Pues, señor, cuando la Guardia civil de Peñas Rojas me devolvió la urna, noté que mi Niño estaba flaquito y con la cara muy triste.

EL AMA

Eso sería del susto que pasó.

ATENAIDA

Pero ya se ha repuesto. Mírenle: es el mismo de siempre.

PAJÓN

La urna pesaba mucho... y yo me dije: menuda colecta de perras me traes, Niño mío. Al encontrarme solo abrí el cepillo, y me quedé anonadado y compungido viendo que estaba lleno de clavos. (Ríen los comensales.)

ATENAIDA

No podía usted esperar otra cosa de aquella bribona de Rebeca... ó de los diablos que venían con ella.

EL CURA

¿Y qué hizo de aquella metralla?

PAJÓN

Los clavos eran nuevos y buenos, de esos que sirven para herrar las caballerías. Como debemos mirar siempre al negocio, fuí á casa de un albeitar que está en la carretera y le vendí los clavos por dos reales.

ALEJANDRO

Vaya, amigo, que usted no pierde ripio, y sabe sacar partido hasta de los timos que le dan.

EL CURA

Es usted un hombre aprovechado. Minga, sírvele café y otra copita de coñac.

PAJÓN

Mil gracias, señor cura y la compañía. Y ya que son tan corteses conmigo, les diré que he cumplido los ochenta y dos años, y que ya me cansa esta vida errante por caminos y andurriales. Quisiera pasar los pocos días que me restan de vida en una ocupación sedentaria, tranquila.

ATENAIDA

Usted me ha dicho que en su mocedad fué pasante en la escuela de su pueblo.

PAJÓN

Sí, señora. Antes de meterme en el petitorio tomaba la lección á unos chiquillos, que me hacían burla y no aprendian nada. Lo que entonces sabía yo se me ha ido olvidando. Sólo me acuerdo de algunas cosas de Geografía, por ejemplo: cuántas son las partes del mundo y cómo se llaman. De la Gramática recuerdo del masculino, femenino, neutro, común, epiceno y ambiguo, con aquello de con, por, sin, de, etcétera, etc.

ATENAIDA

Con esos conocimientos bien podría usted desempeñar una plaza en cualquier escuela pública, *verbi gratia:* llevar y traer los niños de sus casas al colegio.

PAJÓN

Señorita Atenaida, eso sería el colmo de la felicidad en mis últimos años. Mas antes de aceptar esa prebenda, tengo que presentar mi dimisión de santero á las señoras monjas de mi pueblo, rendir cuentas de mi recaudación en los últimos meses y entregarles el Niño, que aunque no esté á mi lado, espero que me proteja en mis últimos años y en la hora de mi muerte, amén.

EL AMA

Pues todo eso lo arreglaremos por acá. Se entregará la urna á las dominicas placentinas, que son muy amigas nuestras, y no tendrá usted ninguna dificultad para rendir sus cuentas.

PAJÓN

¡Ay! Lo agradezco mucho, señora; pero el traslado del Niño á esas monjas dominicas que usted dice, no se puede hacer sin que lo apruebe el patrono de esa comunidad.

ATENAIDA

(Vivamente.) El patrono de la comunidad es don Juan de Valtierra.

ALEJANDRO

Mi tío, hermano de mi madre.

EL CURA

¡Oh, Valtierra! Rico propietario y labrador del Campo de la Vera, grande amigo mío. Ya está muy viejo el pobre.

ATENAIDA

A ese santo varón, apóstol de la verdad y amparador de los humildes, debí yo la primera escuela que regenté en este país.

ALEJANDRO

Y yo le debí un cariño entrañable que nunca olvidaré.

EL CURA

Pues si van ustedes hacia allá mandaré á Valtierra un propio avisándole su visita.

ALEJANDRO

Atenaida le habrá prevenido por los maranchoneros.

ATENAIDA

Qué maranchoneros; días ha que lo sabe y nos está esperando.

PAJÓN

Y si fuera menester otro recado, yo lo llevaría.

ATENAIDA

No es preciso. Mañana, víspera de San Juan, llegaremos allá.

EL CURA

Sí, porque hemos convenido que esta noche la pasarán ustedes con nosotros.

CUADRO SÉPTIMO

ESCENA ÚNICA

Solsticio de verano. Noche de San Juan. Feraz campiña; paisaje espléndido; los árboles cargados de fruto; el suelo tapizado de florecillas silvestres; cielo espléndido, sin nubes; brillan las estrellas con extraordinario fulgor; la Vía Láctea semeja un río de polvo luminoso. En la tierra, hogueras próximas y lejanas; rumor de rondallas y cánticos alegres. ALEJANDRO y ATENAIDA avanzan, contemplando embelesados la ideal hermosura de la tierra y del cielo.

ALEJANDRO

¿Hemos llegado, amada mía?

ATENAIDA

Estamos frente al Campo de la Vera; tocamos al término de nuestra caminata fatigosa, y no tardaremos en llegar á la granja que habita el patriarca Valtierra.

ALEJANDRO

(Con alegría.) ¿Estás segura de lo que dices?

ATENAIDA

Tan segura que ya veo la casa.

ALEJANDRO

Dios bendiga tu boca; bendiga también tus ojos que todo lo ven.

ATENAIDA

Tanto alcanza mi vista, que desde que salimos de Ursaria estoy viendo este suelo fecundo donde tu existencia y la mía alcanzarán la paz y la felicidad.

ALEJANDRO

Cierto que esos bienes se hallan vinculados en esta Arcadia feliz. Pero ¿cómo sabes que serán para nosotros?

ATENAIDA

Porque es lógico y natural que así sea. Se ha restablecido la armonía universal, y ésta sería una nueva ficción si los que fuimos arrojados de aquí no volvieran á ser lo que fueron y á poseer lo que poseían.

ALEJANDRO

Amada mía, está muy bien... en principio...; pero falta que los hechos se acomoden á esa lu-

minosa idea. Tú no has visto al patriarca don Juan de Valtierra, no has hablado con él.

ATENAIDA

Mi conciencia purísima es espejo reluciente donde la voluntad divina proyecta la dirección que quiere dar á los hechos humanos.

ALEJANDRO

Hermosa idea es esa; mas para que yo la admita debo reconocerte como santa.

ATENAIDA

(Con naturalidad, sin jactancia.) La santidad, Alejandro mío, es cosa vulgar, vista y apreciada con el criterio común de las gentes; y yo, mujer vulgar, no tengo reparo en sostener que debo ser santa para ti, aunque no lo sea para los demás.

ALEJANDRO

(Con grande efusión.) Sí, y en mi corazón tienes tu altar. Eres la perfección humana; por tu constante actividad y tu labor infatigable vives irradiando energía y comunicándola á todos los seres que te rodean. Ejemplo soy de los efectos de tu santidad. Tú me sacaste del pantano de la mentira y de los convencionalismos sociales... Tú me trajiste del laberinto de Ursaria á la paz

de este Campo de la Vera, donde nacimos y donde santamente moriremos.

ATENAIDA

Aquí practicaremos la verdadera santidad, que consiste en cultivar la tierra para extraer de ella los elementos de vida, y cultivar los cerebros vírgenes, plantel de las inteligencias que en su madurez han de ser redentoras.

ALEJANDRO

Has hablado, Atenaida, como la propia sabiduría. Dos campos igualmente feraces nos ofrece la existencia humana: el campo físico y el campo espiritual. Laboremos. (Avanzan despacio hasta encontrarse entre las turbas alegres que celebran la festividad del solsticio, practicando, con abandono temporal del sentido común, las poéticas supersticiones y los absurdos disfrazados de milagros; consultando el rumor de los arroyos parleros, la estructura del huevo escarchado en un vaso de agua; recogiendo capullos de flores silvestres y atándolos con la liga de la doncella que busca novio, y otros mil sortilegios, como el poner en vinagre siete pelos de cabra negra para saber si el novio ha de morir aquel año; poner diferentes flores en un barreño de agua para lavarse con ella y curar todas las enfermedades que afean el cutis de las muchachas; guardar el agua serenada de la verbena, que las esposas dan de beber á sus maridos para curar el mal de celos; y, por último, la su-

blime extravagancia del sol, que al amanecer siguiente aparece bailando en el horizonte. Se aproximan al pueblo y distinguen la casona en que mora el patriarca Valtierra; pero aplazan su entrada en ella hasta el día próximo. Se van extinguiendo las hogueras; se amortigua el bullicio de las risas y cánticos; se aproxima el alba. Recostados al amparo de un castaño corpulento se quedan dormidos. La aurora asoma su rostro por los collados de Oriente. El sol aparece, como de costumbre, sin ninguna demostración coreográfica.)

ALEJANDRO

(Despertando.) ¡Ay, Atenaida, qué sueño he tenido!

ATENAIDA

Cuéntamelo.

ALEJANDRO

Lo que vi y oí en sueños ha sido como la misma realidad. Llegamos tú y yo juntos á nuestro patriarca... La estancia era la misma que conocí en mi niñez; ningún cambio noté en los muebles ni en los cuadros de santos y vírgenes... Don Juan de Valtierra, viejecito avellanado y fuerte, se levantó del sillón de vaqueta, y llegándose á nosotros risueño nos abrazó cariñosamente. Luego me dijo: «Las tierras de la Vera y de Jaraiz, que fueron de tu hermano Demetrio y que éste me legó á mí en usufructo, pasan hoy á ser tuyas. Como mi fin está próximo,

el cortijo mío de Jarándula, las huertas de Talaveruela, la dehesa de Santiuste, donde pastan quinientas merinas y más de mil manchegas; el Collado de Torremangas de Aldea Vieja de la Vera, también son de tu propiedad, como consta en el testamento que otorgué dos días ha. Y á ti, Atenaida, te doy posesión de la magnífica escuela que he construído frente á esta casa. Nada te digo de tu participación en los bienes de Alejandro, pues ya sé que os casó mi grande amigo el cura bonachón de Rosales de Tejada». Figúrate mi asombro al oir de los labios de mi ilustre pariente la halagüeña notificación de mi patrimonio agrario, la noticia de nuestro casamiento...

ATENAIDA

(Interrumpiéndole con entusiasmo y firme convicción.) No es sueño, Alejandro. Todo es verdad. Verdad la posesión de tus tierras; verdad mi grandiosa escuela; verdad nuestro casamiento. Y ahora, si no te has convencido, entremos en la morada de nuestro patriarca tutelar. (Al decir esto, Atenaida se representa á los ojos de Alejandro como una belleza sublime: el cuerpo estatuario y arrogante la actitud; imperioso el gesto; circuida la hermosa cabeza con un resplandeciente nimbo de plata.)

CUADRO OCTAVO

ESCENA PRIMERA

Equinoccio de verano. ATENAIDA, EL CURA, SANTO PAJÓN. Muchedumbre de niños de ambos sexos. Extensa planicie frente á la casona de Valtierra; á la derecha la escuela, rodeada de frondosos árboles frutales y de amenos boscajes de mirto y laurel. Todo el segundo término, que abarca una gran extensión, es campo de labrantío, que ha dado abundante cosecha y se prepara para sembrarlo de nuevo. En el fondo un collado, cubierto en parte de espesa vegetación forestal. Es pleno día. Terminada una serie de estudios elementales, Atenaida da libertad á los niños para que se solacen en los amenos vergeles que rodean la escuela. Salen las criaturas marcando el compás con ritmo bullanguero y docente. El Santo Pajón les conduce, y contiene con suaves amonestaciones á los que se desmandan. Del ramaje florido se desprende sonata rumorosa de pájaros que charlan y niños que trinan. Entra por la izquierda el cura don Hilario, y se dirige al pórtico de la escuela, donde Atenaida contempla gozosa la infantil algazara.

EL CURA

Hola, maestra insigne. ¿Qué tal? Veo que esto va muy bien.

ATENAIDA

Sí, estamos en plena prosperidad. Ya pasan de trescientas las criaturas que tengo en mi escuela. Lástima que no pueda ver esta maravilla nuestro patriarca fundador.

EL CURA

El pobre Valtierra abandonó este mundo en cuanto pudo entregar á los seres queridos este suelo fecundo y el vivero de las futuras generaciones.

ATENAIDA

Sabrá usted que los niños comen y meriendan aquí y se van á dormir á sus casas, después de haber recibido la enseñanza elemental y el conocimiento práctico de cuanto constituye la vida humana. Presencian la siembra del grano, la recolección; ven el trigo en las eras, en el molino; y como tenemos tahona en la casa, se hacen cargo de las transformaciones de la mies hasta convertirse en pan. Saben cómo se hace el vino, el aceite, los quesos, el carbón, y conocen las manipulaciones del lino desde que se arranca de la tierra hasta que se convierte en la tela que visten.

EL CURA

¡Prodigiosa enseñanza!

ATENAIDA

A así, sin sentirlo, sin que se les sujete á una compostura impropia de la infancia, aprenden los chiquillos la Aritmética, nociones de Física, Historia Natural, Geografía, y cuanto es menester para la preparación de los distintos oficios ó carreras á que han de dedicarse, según la vocación de cada cual.

EL CURA

Y el gran labrador, don Alejandro, ¿dónde está? No le veo.

ATENAIDA

(Señalando al primer término del fondo.) Mírele, don Hilario, allí viene. (Aparece Alejandro arando con una yunta de bueyes; delante va el sembrador esparciendo el trigo.)

EL CURA

(Alzando la voz.) ¡Eh, amigo! Muy bien, muy bien, con la mano en la esteva; parece que toda la vida no ha hecho usted otra cosa. Ya veo: lleva usted la reja por el lomo del surco para cubrir la simiente.

ALEJANDRO

(Alzando la voz.) Hola, pastor curiambro. ¡Qué caro se vende usted! Allá voy. (Entrega la esteva á un mozo, y avanza hacia el proscenio.)

ESCENA FINAL

ATENAIDA, EL CURA, ALEJANDRO

EL CURA

(Estrechando la mano de Alejandro.) He venido á contemplar y admirar á mis nobles amigos en su laboriosa existencia.

ALEJANDRO

Yo cultivo la tierra y Atenaida los cerebros de esas tiernas criaturas.

ATENAIDA

(Avanzando con solemne arrogancia como personificación de una idea sublime.) Ved en esta mujer humilde el símbolo de la Razón triunfante. (Alejandro y el cura la contemplan extáticos; y ella, soberanamente hermosa, pronuncia las últimas palabras.) Somos los creadores del bienestar humano. El raudal de la vida nace en nuestras manos fresco y cristalino; no estamos subordinados á los que lejos de aquí lo enturbian. Somos el manantial que salta bullicioso; ellos la laguna dormida. (El rostro de Atenaida aparece coronado de estrellas.)

Fin de LA RAZÓN DE LA SINRAZÓN

MADRID.—Primavera de 1915.

GUÍA ESPIRITUAL DE ESPAÑA

MADRID

GUÍA ESPIRITUAL DE ESPAÑA

Con este título inauguró la Sección de Literatura del Ateneo, presidida por el ilustre poeta y cultísimo escritor D. Francisco A. de Icaza, una serie de conferencias consagradas á la descripción de ciudades españolas. La primera de estas conferencias, **Madrid,** *escrita por el Sr. Pérez Galdós, fué magistralmente leída por D. Serafín Álvarez Quintero, en el salón de actos del Ateneo, el día 28 de Marzo de 1915.*

GUÍA ESPIRITUAL DE ESPAÑA

MADRID

¡Oh Madrid! ¡Oh corte! ¡Oh confusión y regocijo de las Españas!... La conferencia que me encargasteis, señores y amigos, llega á vuestros oídos con retraso de seis á ocho lustros, porque el triste conferenciante que habéis elegido para esta solemnidad no puede hablaros de lo que ve, sino de lo que vió; y en él se da el caso singular de que la Voluntad y la Inteligencia, ambas rendidas al cansancio, se inhiben totalmente, traspasando sus funciones á la Memoria,

tanto más lozana cuanto más vieja, y siempre atisbadora y charlatana.

Si vosotros oís mi disertación en este suntuoso recinto, erigido para mayor esplendor de la corporación insigne, yo me tomo la licencia de hablaros desde el Ateneo viejo, que es mi Ateneo, mi cuna literaria, el ambiente fecundo donde germinaron y crecieron modestamente las pobres flores que sembró en mi alma la ambición juvenil.

Aquel caserón vetusto, situado en una calle mercantil, empinada, de ruin aspecto y tránsito penoso, permanece tan claro en mi mente como en los días venturosos en que fué altar de mis ensueños, descanso de mis tardes, alegría de mis noches y embeleso de todas mis horas.

El largo y ancho pasillo; la modesta biblioteca; el salón llamado Senado; las salas de lectura, irregulares y destartaladas; la cátedra dificultosa y entorpecida por pies derechos de madera forrados de papel; la Cacharrería y demás gabinetes interiores de tertulia no se pueden olvidar por el que vivió largos años en aquel recinto, aparejado con derribo de tabiques y adherencia de feísimos pegotes, sin más luces que las de la calle y patios lóbregos.

Si en la memoria vive el local, ¿qué decir de los hombres que en un período de veinte ó más años allí moraron espiritualmente, allí disertaron, desde allí dieron luz, fuerza y calor á la sociedad española, encaminándola al estado de cultura en que hoy se encuentra?

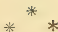
Todos los grandes cerebros españoles del siglo XIX han pasado por aquella madriguera. De oradores, no digamos; recuerdo haber visto á D. Antonio Alcalá Galiano arrimado á las revistas extranjeras en el salón de lectura; en días posteriores vi á Ríos Rosas, Olózaga, á Cánovas....

La mágica elocuencia de Castelar tronaba en la cátedra; Moreno Nieto, Echegaray, Moret, Camús, Giner de los Ríos, Figuerola—que ocupó la presidencia durante el período revolucionario—, vuestro esclarecido presidente actual D. Rafael María de Labra, hacían del Ateneo una Universidad libre, norma y guía de la edad presente.

No quiero hablar de los asiduos lectores, porque no acabaría; citaré tan sólo á D. Justo Pelayo Cuesta, agarrado al *Times* todas las noches; al general de Artillería D. Pedro Lallave; al geólogo Vilanova; á Huelin, á Tubino, á D. Ca-

lixto Bernal; á los pintores Häes, Rosales, Casado del Alisal y Dióscoro Puebla; ni citaré tampoco á los que allí brillaban como tertuliantes de pasmosa erudición y gracia exquisita, como el P. Sánchez, el anciano Sr. Gallardo, D. Félix Márquez, Fernando Fulgosio, Menéndez Rayón, el profesor Sr. Llorente, que daban al Ateneo un tono de amenidad familiar y discreta, que creo no haya tenido semejante en ningún otro Centro científico. Y no cito á nadie más; mi memoria es muy fecunda, pero no quiero cansar á mis oyentes; sólo diré que en aquel antro, que así debo llamarlo, nació la Buena Nueva, y allí tuvo su laboriosa gestación, hasta dar al mundo hispano el fruto bendito de la democracia, del laicismo, de la tolerancia mínima, anuncio cierto de mayores conquistas para tiempos próximos. De allí salió también la energía que pudo erigir el palacio espléndido en que ahora moráis, señores ateneistas. No existiría la magnificencia de este Ateneo, decorado con todas las galas y primores del arte suntuario, si no hubiera existido antes aquel tugurio en cuya obscuridad y pobreza laboraron con sublime apostolado los varones preclaros que os trajeron la Buena Nueva. Vosotros me oís en la grandiosa basílica del

saber moderno. Yo os hablo desde las Catacumbas, que eso es el viejo Ateneo, las sacrosantas Catacumbas.



Como es mi propósito encerrar, dentro de la brevedad de esta conferencia, una total pintura del Madrid mío, inmediato precursor del vuestro, he comenzado por una somera y rápida conmemoración del Ateneo del pasado, y espero decir mis últimas palabras en el Ateneo del porvenir.

Huésped constante del parador literario de la calle de la Montera, mi insignificante persona carecía de representación en la docta Casa; al-

gunas amistades hice allí; á las grandes figuras de aquel tiempo yo no me atrevía ni á dirigirles la palabra.

Difícilmente podría yo contar las innumerables personas que ya no veré más en este mundo. El último de los fenecidos es el patriarca de la Pedagogía: San Francisco Giner... A los pocos que aún quedan por acá les profeso un afecto entrañable.

Mis horas matutinas las pasaba en la Universidad, á la que íbamos los estudiantes de aquella época con capa en invierno y chistera en todo tiempo. Asistía yo con intercadencia á las cátedras de la Facultad de Derecho y con perseverancia á las de Filosofía y Letras, en las cuales brillaban por su gallarda elocuencia y profundo saber profesores como D. Fernando de Castro, D. Francisco de Paula Canalejas, el divino Castelar, el austero Bardón y el amenísimo y encantador Camús.

Pero sin faltar absolutamente á mis deberes escolares, hacía yo frecuentes novillos, movido de un recóndito afán, que llamaré higiene ó meteorización del espíritu. Ello es que no podía resistir la tentación de lanzarme á las calles en busca de una cátedra y enseñanza más am-

plias que las universitarias; las aulas de la vida urbana, el estudio y reconocimiento visual de las calles, callejuelas, angosturas, costanillas, plazuelas y rincones de esta urbe madrileña, que á mi parecer contenían copiosa materia filosófica, jurídica, canónica, económico-política y, sobre todo, literaria. Como para preparar el entendimiento á estas tareas, con un rogocijo musical, empezaba mis andanzas callejeras asistiendo con gravedad ceremoniosa al relevo de la guardia de Palacio, donde se me iba el tiempo embelesado con el militar estruendo de las charangas, tambores y clarines, el rodar de la artillería, el desfile de las tropas á pie y á caballo, y el gentío no exclusivamente popular que presenciaba tan bello espectáculo, entre cuyo bullicio descollaban las graves campanadas del reloj de Palacio. En algunos momentos se me antojaba que veía pasar una ráfaga confusa y vibrante de la historia de España.

Dejando atrás el bello espectáculo del relevo de la guardia, me gustaba correr hacia el Sacramento y penetrar en el interior de la iglesia. Me entretenía viendo altares, las rejas del coro y algunas cosas grotescas que nos ha legado el prosaico siglo XVIII; en cada una de las cua-

tro pechinas de los arcos que sostienen la cúpula hay un santo monumental, pintado al fresco. Son San Bernardo, San Benito y dos santas, Umbelina y Escolástica, hermanas, respectivamente, de los dos fundadores. Debajo de cada figura hay una cuarteta, en caracteres enormes, que fácilmente se leen desde la cancela.

La que está debajo de San Bernardo dice así:

«Lácteos virgíneos candores
gustó Bernardo. ¡Oh portento!
Ya no es extraño lo dulce,
pues tan melifluo fué el premio.»

Esta y las demás endechas deben se obra de alguna monjita Bernarda, que se dedicó á versificar con candor angelical en la decadencia de la Mística y de la Poesía.

Del Sacramento solía precipitarme por la angosta calle donde vivió el maestro López de Hoyos, que enseñó Humanidades á Miguel de Cervantes. Llego á la calle de Segovia, que compite en ancianidad venerable con la Cuesta de la Vega. Sin fijar fecha, yo he visto armar sobre la sobajada calle la pasadera de hierro que ha sido el trampolín de los suicidas.

Subo hacia Puerta Cerrada, y por la calle del Nuncio doy un vistazo á la parroquia de San Pedro y al Madrid de San Isidro. La calle del Almendro tuvo siempre para mí un encanto y un misterio indefinibles: la he conocido sin salida por la calle de Toledo. Ya estamos en San Andrés. ¡Oh venerable antigüedad! La capilla del obispo, con sus hermosos tapices, el palacio de los Lasos de Castilla, vivienda de Isabel la Católica, donde estuvo el balcón en que Cisneros dió á los grandes la respuesta famosa, mirando á la artillería situada allí y sin pedir perdón por el modo de señalar.

* * *

Entro en el laberíntico barrio de Alamillos, subo por la Redondilla, dejo á un lado la calle de los Mancebos, paso á la de Don Pedro, y por Puerta de Moros llego á la bullanguera, á la tumultuosa y vertiginosa plaza de la Cebada, que en su extremo oriental parte por gala en dos la calle de Toledo, arteria pletórica de vida, de sangre, de gracia, de alegría y, ¿por qué no decirlo?, de belleza, pues pienso yo que no hay calle en el mundo más bonita ni más pintoresca que esta de Toledo; calle sin igual por la gracia de los colorines que tremolan en ella de punta á punta, por los tenderetes donde se vende de

cuanto Dios crió, por la algarabía de los pregones y la cháchara del gentío parlero. Además, es calle histórica: por ella pasaron hacia el suplicio el mártir Riego, el caballeroso y arrogante general León, el polizonte Chico, ajusticiado por el pueblo en la Fuentecilla. En ella hirvió la cólera popular en el terrible día de la degollina de los frailes. Por ella entraron con grandiosa pompa cortesana las princesas que vinieron á casarse con nuestros reyes. Por ella corrió mil veces la oleada de los motines, y el empedrado se estremeció mil veces con las cargas que dieron á la policía las cigarreras desmandadas, las verduleras furibundas; cargas no diremos con arma blanca, sino con las uñas y las lenguas, que ponían en grave conflicto á los agentes de la autoridad. Toda la calle es roja, no precisamente por el matadero ni por la sangre revolucionaria, sino por la pintura exterior de las ochenta y ocho tabernas (las he contado) que existen desde la Plaza de la Cebada hasta la Puerta de Toledo.

Es además esta hermosa vía el centro comercial más importante del Madrid antiguo y moderno. Se ha dicho, y vosotros lo habréis oído mil veces, que en Madrid no hay dinero más que

en la calle de Toledo y sus aledaños; el dinero que existe en los demás barrios de esta presumida capital se reduce á un solo billete de mil pesetas, que pasa rápidamente de mano en mano y cambia de dueño en cada minuto. En la calle de Toledo y las inmediatas, las dos Cavas, Colegiata, Concepción Jerónima y otras, descargan diariamente miles de carros y rinden sus cuentas miles de trajineros, de ordinarios, que de toda España traen sin fin de provisiones en cestones, sacos y pellejos con que abastecen á la Villa del Oso y del Madroño. Entiendo que el Oso es el Madrid que vive desde la Plaza Mayor por arriba, y el Madroño lo que llamamos barrios bajos. En éstos, el que os habla, fugitivo de la Universidad, ha hecho un año y otro, con buenas notas, cursos de Literatura Práctica y aun de Psicología Experimental, entablando íntimo trato con personas ó figuras imaginarias, ora en la calle del Almendro, ora en la Cava de San Miguel, ya en el café del Gallo y la inmediata Escalerilla, ya en las calles del Amparo, en la Cava Baja, del Mediodía Grande, Humilladero, Irlandeses, Calatrava y otras muchas.

Los cursos de Derecho Mercantil Comparado los he hecho en la Plaza de la Cebada, café de

Naranjeros, y los gané pisando tronchos de berza y cáscaras de fruta. Descansaba yo de este trabajo contemplando la gótica portada de la Latina, lindísimo monumento que, andando los años, me ha sido destruído por aleve mano municipal, y no sé dónde han ido á parar aquellas piedras venerables.

Mis pasos automáticos de estudiante, tan aplicado como inquieto, me llevan al Rastro. ¡Oh, el Rastro! Academia de los libres estudios que comprenden el conocimiento del despojo social, del último giro de la vida evolucionando hacia la muerte; bazar con toques y vislumbres de basurero empujado por las escobas y recogido por manos míseras y allegadoras, que seleccionan, limpian, ordenan y clasifican los abandonados desechos para imprimirles nueva utilidad y vida nueva. ¡Oh, qué estudio tan provechoso, y cuánto goza el espíritu descubriendo en el examen y el ir y venir de tales trebejos el principio de que si nada muere en la naturaleza, nada muere tampoco en la industria! Cuando veáis que algo acaba, decid que algo comienza.

Mis estudios del Rastro no hubieran sido completos sin añadir á la teoría la práctica. No una vez, sino muchas, visité, revolví y escudriñé el

gran establecimiento de trapería que ocupa uno de los más amplios locales de la Ribera de Curtidores. Es sencillamente grandioso. Causa admiración y maravilla ver los enormes cargamentos de trapos que centenares de mujeres escogen y reparten en las cuatro categorías de lana, algodón, hilo y seda, para ser reexpedidos adonde otras manos labren con ellos nuevas industrias. Viérais en otra zona del Rastro ó Las Américas enormes carros de cuernos, que pasarán á ser botones, peines y diferentes objetos de celuloide. Además de estas industrias, cuya materia prima sale del Rastro, hay otras que allí mismo se desarrollan. En no sé qué república de las Américas vi grandes almacenes de puertas y ventanas procedentes de derribos, que se utilizan luego en nuevas construcciones. De esta república pasé á otra en que me vi sorprendido por un escuadrón de caballería, apestando á pintura reciente: era una fábrica de caballos de cartón, deleite de los chiquillos; también vi muchedumbre de «Peponas» en cueros, muy encarnadas y rollizas. No quiero llevaros conmigo á los talleres de curtidos, desagradables y malolientes, como toda industria que se elabora con los despojos del Matadero; pero sí me acompañaréis á la más pere-

grina industria que existe en aquellos lugares: la fábrica de cuerdas de guitarra y violín. Éstas se hacen, como sabéis, con tripas de cabra, y es de ver al jayán que corta las tripas en delgados hilos y luego los estira y los tuerce. Contemplando aquellos trabajos una y otra vez, me lancé á un estudio extravagante que arrancaba de la brutalidad del matarife y concluía en el taller de Stradivarius. ¡Extraña concomitancia de las tripas de un rumiante y el pentagrama donde Beethoven escribió el delicioso andante con variaciones de la *Sonata de Kreutzer!*

También en aquella demarcación madrileña del Rastro, Inclusa y Embajadores entretuve mis ocios cultivando trato con personas residentes en calles donde moraba el encanto y el misterio de seres imaginarios. Citaré las calles de Rodas, Pasión, Abades, Juanelo, Carnero y otras muchas más que mis amigos conocen.

* * *

Ronda de Embajadores, Lavapiés, las Peñuelas. Continuando por aquí mis estudios, celebro una conferencia histórica con el famoso «Cojo de las Peñuelas», figura imponente de la Milicia Nacional en los tiempos revolucionarios, y disertamos sobre uno de los temas más obscuros de la historia contemporánea: la muerte alevosa que dieron al general Prim en la calle del Turco media docena de hombres atacados de exaltación patriotera. De este mismo asunto terrorista platiqué días antes con Balbona, que antaño despachaba en la calle de Toledo los mejores vinos de Méntrida y Valdepeñas, y años

adelante me ilustró sobre lo mismo, con notas muy eruditas, un mi amigo que en nuestros días ha tenido un acreditado despacho de carnes en la calle de la Ruda.

Pero cierro bruscamente la espita de estos recuerdos lúgubres, y conduzco á mi memoria por derroteros más encaminados al placentero fin de esta conferencia... Déjenme huronear en la vida familiar de la gente del bronce de estos barrios, que he conocido muy de cerca. En mis tiempos de estudiante aplicado, y ansioso de conocimientos demográficos, me hice amigo del administrador de casas de corredor de estos arrabales, con objeto de acompañarle los domingos cuando iba á la cobranza de los míseros alquileres que se exigen á los inquilinos por el reducido espacio de sus viviendas. ¡Oh, qué escenas vi! ¡Qué protestas escuché! ¡Qué repulsas airadas, cuánto dolor silencioso, cuántos gemidos iracundos y qué lastimado quedó mi corazón ante aquel hierro candente que la rigurosa propiedad aplicaba en las carnes desnudas de las clases menesterosas! Hubiera yo querido ser el «buen casero» de la Petra y la Juana, para redimir á todos aquellos infelices del duro tributo del pago de alquileres...

Una tarde, al salir cansado y muy soñoliento de una de aquellas casas en que sometí á tan duras pruebas mis humanitarios sentimientos, encontré junto á la puerta de la calle á un señor que charlaba jovialmente con una vendedora de gallinejas. El lenguaje de ambos me cautivó: era en la boca del caballero una prosa urbana, graciosa, con ligeras inflexiones picantes, y en la boca de la Tía Chiripa un enjuagatorio y escupitajo de sílabas esquinadas mezcladas con guindillas. Agregáronse á la vendedora algunas vejanconas de aspecto famélico y chiquillos desvergonzados; y el caballero, cogiéndome del brazo, me llevó consigo, diciéndome: «Ven conmigo, petimetre: acompáñame un rato; voy á visitar á una tal doña María Estropajo, criada de servir que se ha casado con su amo. Si te gusta estudiar á esta gente, en esa familia encontrarás tipos muy donosos, créeme.» Ayer estaba yo en su casa, cuando entraron los padres de doña María, que son completamente cerriles. El padre se llegó á su yerno y, abrazándole, le dijo: «Ven acá, so burro, hijo mío.» Soltó el caballero la risa, apretándome la mano; la suya era fría como el mármol... Sentí estremecimiento en todos mis huesos, y, como suele

decirse en los cuentos de ensoñación, desperté, encontrándome sentado en un banco de la Plaza de Lavapiés.

No era la primera vez que, trotando por aquellos arrabales, había yo tenido la visión del prodigioso sainetero madrileño D. Ramón de la Cruz, que ha perpetuado la vida de los tiempos majos en sus obras inmortales. Era mi pesadilla: yo le consideraba, no como pintor, sino como creador de la pintoresca humanidad que puebla la zona baja de Madrid, y cuando mis estudios me llevaban á intimar espiritualmente con entes imaginarios de aquel vecindario, evocaba el castizo ingenio de D. Ramón para que me asistiese y amparase, prestándome algunos adarmes de su peregrina realidad y de su saladísimo desenfado.

***

Desde las Vistillas al Hospital, desde las Injurias á las Peñuelas, á los Pozos de la Nieve y desde San Cayetano á San Sebastián, lo que me daba más quebraderos de cabeza era el dominio del lenguaje majo, chulesco ó como se le quiera llamar. La característica del léxico popular de Madrid ha sido la invención continua de voces y modismos. He observado que en la época chulesca la inventiva es más fecunda y el léxico más rico que en el período de la majeza; dijérase que la primera época es castiza y tiende á la conservación de las formas verbales; la segunda, decadentista, con tendencia al desenfreno del

individualismo aplicado al lenguaje. Las modas de hablar cunden prodigiosamente, y luego viene una tercera época, cuya característica es la mutilación de las palabras más usuales: el estilo telegráfico, la economía de saliva. La época intermedia es, á mi juicio, la mejor, la más galana y expresiva.

Ante la parroquia de San Sebastián contemplo un rato la imagen de mi amigo el santo mártir acribillado de saetas, que desde su hornacina parece invitar á sus fieles madrileños á entrar en la iglesia. Obedezco, que es muy de mi gusto escudriñar los templos madrileños, y me voy derecho á echar un vistazo á Nuestra Señora de la Novena, objeto de mi peculiar veneración, como Patrona que es del Teatro y especial guardiana de los que viven de la Farándula. Preciosa estaba la Virgen, ornado su altar de ramos de flores (con que la ofrendan las cómicas en agradecimiento de los aplausos que han recibido); á su lado estaban los simpáticos actores San Ginés y San Juan Bueno, que subieron al cielo después de pisar los escenarios, saboreando el aplauso y soportando las veleidades del público y el escalpelo de los críticos...

Por el patio, que fué cementerio y hoy es un

mercado de flores, salgo á la calle de las Huertas y me encamino al barrio que llaman de Comediantes, por la proximidad del Corral de la Pacheca; paso por lo que fué residencia del Consejo de la Mesta y me detengo delante de la casa del Nuevo Rezado, que ha venido á ser Academia de la Historia; tuerzo á la izquierda para visitar las dos calles que llevan los nombres más excelsos de nuestra literatura, que antaño se llamaban de Francos la una y de Cantarranas la otra; en la primera vivieron Lope de Vega y Cervantes, el primero en casa propia, que todavía existe, morada risueña y coquetona de un prócer de las letras; el segundo en casa de alquiler, que desconocemos, porque fué derribada en tiempo de Fernando VII, dejando su sitio al vulgarísimo edificio de cuatro pisos que hoy lleva el número 2, y sobre su puerta una lápida con el busto de Cervantes y una inscripción, que es, en realidad, como epitafio de un sepulcro vacío.

Si contrastan las dos viviendas, la una real y permanente, la otra figurada y sobrepuesta, no es menor el contraste entre la vida de uno y otro ingenio. Lope gozó hasta su muerte de galardón público, que mereció su numen fecundí-

simo, su invención inagotable, la galanura de sus versos; conoció y saboreó la gloria hasta saciarse de ella, y pudo vislumbrar los reflejos de su fama en la posteridad; vivió aplaudido y celebrado por sus coetáneos, festejado del vulgo, bienquisto de la nobleza; disfrutó plenamente de cuantos placeres ofrece la existencia humana al que sabe buscarlos; ortodoxo, correctísimo y dogmático intachable, fué un amoral decidido en la incierta religión de las costumbres de aquel tiempo; se divirtió, gozó y triunfó cuanto quiso, con indecible donaire y sutileza, pues nadie le igualó en urbanidad, en gracia y elegancia.

Cervantes, por el contrario, poco tuvo que agradecer al Destino, y menos á sus contemporáneos. Mutilado en Lepanto, cautivo en Argel, desdichado en Sevilla, en la Mancha, en Madrid, en Valladolid, y aun en Esquivias, fué siempre pobre, y su jerarquía social no fué más allá de la que goza un triste ejecutor del Fisco. Desestimado de los poetas, no le valió su soberanía incontestable de la prosa para alcanzar el aura popular. No pudo embriagarse de gloria; sí lo hizo de amargores y desengaños, y aunque éstos engendraron en su espíritu la suprema creación

del *Quijote*, no llegó á gustar la vanagloria de esta paternidad sino á medias, como barrunto de la excelsitud que la posteridad había de dar á su nombre.

Con más fervor que en la calle de Francos evocamos la sombra de Cervantes en la próxima calle de Cantarranas, ante el convento de las Trinitarias, donde el príncipe de nuestras letras tuvo su sepultura, por demás ancha y perpetua, como que es la fosa común. La humanitaria fundación de San Pedro Nolasco, que sacó á Cervantes del cautiverio de Argel, acogió los pobres huesos del que fué cautivo y mártir de su asendereada existencia, y si no le dió enterramiento aislado, con el debido epitafio, fué porque tales honores no se concedían entonces sino á personas de altísimo linaje y fuero social ó político. El Fénix de los Ingenios, Lope de Vega, que murió en olor de gloria póstuma, yace en la fosa común de San Sebastián; y si Calderón de la Barca gozó el privilegio de dormir el sueño eterno en cama pròpia, fué debido á su calidad de «presbítero natural de Madrid».

Volviendo á las Trinitarias, me atrevo á sostener que no hay en Madrid un convento más simpático que este de la calle de Cantarranas.

La verja, de torneados barrotes de madera, da ingreso á la iglesia, que rara vez encontraréis abierta. Preferid para visitarla el 23 de Abril, día de la solemnidad religiosa que allí celebran las monjitas académicas. No habéis visto un recinto más apacible ni de más dulce y poética ensoñación. En el centro de la iglesia se eleva un túmulo muy elegante, donde campea un ejemplar lujosamente encuadernado del inmortal *Quijote*. La misa no se parece á ninguna otra misa: danle gravedad los curas en el altar; tras la verja del coro, préstanle dulce poesía los cánticos de las invisibles religiosas. El público es escaso: sólo van los académicos y las personas por ellos invitadas. Terminado el acto pasamos al locutorio, donde toda la comunidad, presidida por la priora, recibe á los señores académicos y se entablan con ellos, al través de las rejas, pláticas donosas y gratas, ajustadas á lo que el lugar exige y á la condición de las personas que allí cambian exquisitas demostraciones de acatamiento. Antes de presenciar aquella hermosa escena, la santa casa me había parecido (y perdónenme sus nobles moradoras) un convento de muñecas, por lo lindo, callado, chiquito, bien apañadito é infantil; pero después del agra-

dable rato del locutorio, mis impresiones variaron totalmente. Los académicos mezclaban en la conversación temas religiosos, y las damas de la Redención de Cautivos devolvían los conceptos, dándoles un gallardo giro literario y académico. Allí se habló del nuevo «Diccionario», de los premios que se adjudicarían en las sesiones de Pascua, de la función solemne que las monjitas preparaban en la festividad de Pentecostés, de las sensibles vacantes ocurridas en la docta corporación por fallecimiento de ilustres personalidades, de la nueva efigie de San Pedro Nolasco que pensaban inaugurar las monjitas en el próximo Enero, y de otros mil deliciosos asuntos tocantes á la vida conventual y al vivir académico... Encantado me dejó el buen tono, entreverado de la rigidez académica y del donaire dulcemente mundano de las esposas del Señor.

¡Adiós, Cervantes mío; buen coro de divinas pastoras guardan tus amados huesos!

* * *

Me voy, me voy; es tarde, señores míos, y temeroso de fatigaros quiero llegar con pie ligero al término de mi conferencia... Corro hacia el Prado. Saludo al Botánico sombrero en mano; para saludar al inmenso Museo necesito quitarme el cráneo, la masa encefálica. Neptuno, Dos de Mayo, fuente de Apolo, no puedo detenerme más: me urge ofrecer mis respetos á la diosa Cibeles, á quien profeso particular afecto y veneración. ¡Oh deidad tutelar de Madrid; tu hermosura no desmerece con los años! Cuando estabas en tu emplazamiento primitivo, un día de Diciembre de 1808, ¿te acuerdas?, pasó junto

á ti Napoleón I, que con brillantísimo séquito venía de Chamartín de la Rosa para visitar á su hermano José. El capitán del siglo se fijó en ti, pasmado de tu belleza, y te piropeó de lo lindo... Desde entonces acá, cuántos requiebros y chicoleos habrás oído, ¡reina honoraria de Madrid! Desde hace poco tiempo has cambiado de sitio, y estás muy bien azuzando á tus leones para que te suban por la calle de Alcalá. Me parece muy bien. Es la caída de la tarde: la calle está intransitable; tranvías, automóviles y coches suben y bajan; por las dos aceras veo dos hinchados ríos de transeuntes... Estoy fatigadísimo: he recorrido en poco tiempo todo el Madrid del Sur de punta á punta. ¿Quieres llevarme contigo?... ¿Dices que sí? Pues me subo de un brinco á la zaga de tu carro. ¡Hala, leoncitos!

Subimos como exhalación. Hermosa, hermosísima es la calle de Alcalá; sus deformidades la embellecen más. Sus jorobas son un nuevo encanto. No hay en el mundo calle más alegre. Todo en ella sonríe. La calle de Alcalá es un florido sumidero donde los madrileños arrojan, paseo arriba paseo abajo, todas las desdichas nacionales. Los buenos burgueses, al regresar de

la Castellana ó el Retiro, vienen, gozosos, saludando á los conocidos, recreándose en el ambiente placentero que les rodea; mas cuando tuercen hacia las calles laterales, camino de sus viviendas, fruncen el ceño; sus miradas se abaten al suelo... Es que salen á su encuentro, aguándoles la fiesta, los cuidados que dejaron en sus casas.

Continuando su veloz carrera hacia arriba la divinidad marmórea se vuelve hacia mí, y con gracioso desgaire me pregunta: «¿Adónde te llevo, hijo?»

—Hágame el favor, señora mía, de llevarme al Ateneo viejo, calle de la Montera... No, no; me he equivocado: al Ateneo nuevo, calle del Prado.

La gallarda divinidad tutelar de Madrid dirigió sus fogosos leones por la calle de Sevilla, siguió á todo galope por la del Príncipe; la muchedumbre nos abría paso, saludándonos con gran alborozo; al llegar frente al Teatro Español era tan nutrida la caterva de chiquillos que nos precedía chillando y brincando, que la diosa tuvo que parar un momento... Entonces advertí que los «golfillos» se habían familiarizado con los leones, tirándoles de las

barbas y acariciándoles las melenas. Los nobles animales apartaban suavemente con hocicadas á la turba angelical. Un momento después parábamos frente á una puerta monumental, en la cual vi muchedumbre de señores mayores y jóvenes impacientes, que al saludarme se quejaron amablemente de mi tardanza, dándome al propio tiempo la bienvenida. Bajé del carro, saludé cortésmente á la diosa, la cual, con su cortejo delantero y lateral de bulliciosos rapaces, siguió velozmente hacia el Prado.

Al entrar en el Ateneo me causó tal maravilla la hermosura del edificio, que se me vinieron á las mientes los versos cervantinos

Vive Dios que me espanta esta grandeza
y que diera un millón por describilla...

Algo más hablé con los que me acompañaban hacia el espléndido salón de actos, pero sólo debo consignar estas lacónicas palabras, que ponen fin á mi conferencia. Señores y amigos, he dicho.

B. PÉREZ GALDÓS.

EDICIONES ESPAÑOLAS

PUBLICADAS EN INGLATERRA Y ESTADOS UNIDOS

Por concesión especial del autor se han hecho estas ediciones, para uso de los escolares ingleses en las cátedras de lengua española. Al texto español, escrupulosamente reproducido, siguen copiosas notas en inglés, que aclaran todos los puntos gramaticales obscuros, así como los modismos y locuciones provinciales.

Trafalgar, edited with notes and introduction, by *F. A. Kirkpatrick. University Press:* Cambridge, 1905.

Marianela, with Introduction, notes and vocabulary, by *J. Geddes:* Boston, 1903.

Doña Perfecta, with Introduction and notes, by *A. R. Marsh:* Boston and London, Ginn and C°, 1900.

Electra, edited with notes and vocabulary, by *Otis Gridley Bunnell. American Brook Company:* New-York, 1902.

El Abuelo: New-York.

TRADUCCIONES

En inglés:

Doña Perfecta, a tale of modern Spain. Traducción de D. P. N.—London, Samuel Tinsley, 1886.

Idem. Clara Bell. New-York, Gottsberger, 1883.

Idem. New-York, 1884.

Idem. Traducción de D. P. W. New-York, George Munro, Publisher, 17 á 27, Vandewater Street, 1883.

Gloria. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11, Murray Street, 1882.

Idem. Traducción de Nathan Wetherell. London, Remington and Co, 5, Arundel Street, Strand, W. C., 1879.

León Roch. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11, Murray Street, 1888.

Marianela. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11 Murray Street, 1883.

Idem. Traducción de Helen W. Lester. Chicago, A. C. Mac-Clurg and Company, 1892.

Trafalgar. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 1884.

Zaragoza. Traducción de Minna Caroline Smith. Boston, Little, Brown and Company, 1899.

La batalla de los Arapiles. Traducción de Rollo Ogden. Filadelfia, J. B. Lippincott Company, 1895.

En francés:

Doña Perfecta. Traducción de L. Lugol. París, Giraud, 1885.

Idem id. id. París, Hachette.

La campaña del Maestrazgo (Le Roman de Sœur Marcela). Traducción de L. de L***. Paris, Calmann-Levy, Editeurs, 3, rue Auber.

Marianela. Traducción de Julien Lugol. Paris, Librairie des publications à 50 centimes, 34, rue de la Montagne-Sainte-Geneviève.

Idem. Traducción de A. Germond de Lavigne. Paris, Librairie Hachette et Cie, 79, Boulevard Saint-Germain, 1884.

El amigo Manso. Traducción de Julien Lugol. Paris, Librairie Hachette et Cie, 79, Boulevard Saint-Germain, 1888.

Misericordia. Traducción de Maurice Bixio. Paris, Librairie Hachette, 1900.

En alemán:

Doña Perfecta. Dos tomos, traducción

de J. Reichell. Dresde y Leipsich, Pierson's Berlag, 1886.

Electra. Traducción de Rudolf Beer. Wiener Verlag, 1901.

Idem. Traducción de Rodolfo Beer, arreglada para la escena alemana por Ricardo Fellner. Berlín, 1901.

Gloria. Traducción del Dr. Augusto Hartmann. Berlín, Verlag von L. Schleiermacher, 1880.

El amigo Manso (Freund Manso). Traducción de E. von Buddenbrock. Berlín, Verlag von Karl Siegesmund, 1894.

Trafalgar. Traducción de Hans Parlow. Dresde y Leipzig, Verlag von Carl Reitzner, 1896.

Marianela. Traducción de E. Plücher. Breslau, Auterhaltungsblatt, 1888.

En sueco:

Doña Perfecta. Traducción de K. A. Hagberg. Stockholm, Skoglunuds Förlag.

León Roch. Traducción de A. P. de la Cruz Frölich. Kjöpenhaun (Copenhague). Forlag. Andr. Schous, 1881.

Torquemada en la hoguera (Torquemada paa baalet). Traducción de Johanne Alleu. Cristianía y Copenhague, Forlag A. Christiansens, 1898.

En italiano:

Nazarín (Sicut-Christus). Traducción de Guido Rubetti y José Leon Pagano. Firenze, G. Nerbini.

Gloria. Traducción de Italo Argenti. Firenze, R. Bemporad & Figlio, 1901.

Marianela. Traducción de G. Demichelis. Bologna, Tipografia Pont. Mareggiani, via Volturno, 3, 1880.

La Fontana de Oro. Traducción de Denuchelis. Milán, Fratelli Treves, 1890.

Doña Perfecta. Traducción de Cunes. Milán, Fratelli Treves, 1897.

En holandés:

Doña Perfecta. Traducción de M. A. de Goeje. Leiden, Brill, 1883.

Electra. Leiden, A. H. Adriani, 1901.

En portugues:

Electra. Traducción de Ramalho Ortigao. Oporto, librería Chardron, de Lello & Irmao, editores, 1901.

En dinamarqués:

Fru Perfecta. Traducción de Gigas. Copenhague, Priors, 1895.



